

A man with light brown hair and a beard, wearing a black button-down shirt, is shown from the chest up. He is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a dark, starry night sky with many small, glowing yellow and orange stars. The text "DETRÁS de la" is overlaid on the image in a white, serif font.

DETRÁS de la

Boullada

A landscape photograph showing a line of trees in the background and a green field in the foreground. The sky is a soft, hazy blue. The text "DULCE MARTÍNEZ" is overlaid on the image in a white, serif font.

DULCE MARTÍNEZ

DETRÁS DE LA BOULLADA

Los Fandiño 2

Dulce Martínez

ÍNDICE

TABLA DE CONTENIDO

[Índice](#)

[TEXTOS LEGALES](#)

[1.BRAIS](#)

[2. MENCÍA](#)

[3. MENCÍA](#)

[4. BRAIS](#)

[5.MENCÍA](#)

[6. MENCÍA](#)

[7. BRAIS](#)

[30/09/2024](#)

[8. MENCÍA](#)

[9. MENCÍA](#)

[7/10/24](#)

[10. BRAIS](#)

[11. MENCÍA](#)

[14/10/2024](#)

[12. BRAIS](#)

[13. MENCÍA](#)

[PEPE](#)

[14. MENCÍA](#)

[21/10/2024](#)

[PEPE](#)

[15. BRAIS](#)

[16. MENCÍA](#)

[pepe](#)

[PEPE](#)

[17. MENCÍA](#)

[Pepe](#)

[PEPE](#)

[04/11/2024](#)

[18. BRAIS](#)

[PEPE](#)

[19. MENCÍA](#)

[20. BRAIS](#)

[Pepe el guapo](#)

[21. MENCÍA](#)

[Pepe](#)

[Pepe](#)

[Pepe](#)

[Pepe](#)

[22. MENCIÓN](#)

[Pepe](#)

[23. BRAIS](#)

[Pepe](#)

[24. MENCIÓN](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

TEXTOS LEGALES

DETRÁS DE LA BOULLADA. LOS FANDIÑO Nº 2

Dulce Martínez

ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

1.BRAIS

—Haz caso de lo que te digo, muchacho, que llevo en esto más de treinta años. Y díselo a tu padre.

Cierro los puños en el interior de los bolsillos intentando mantener la boca cerrada y a la vez advierto a mi hermana pequeña para que haga lo mismo y refrene esa lengua tan mordaz que tiene ya que no es el lugar para contestar a la altura. Asiento un par de veces manteniendo la compostura pensando en lo equivocado que estaba ayer al creer que lo peor del día de hoy iba a ser tener que venir a un funeral por compromiso.

—Ya se lo dijiste tú mismo la semana pasada, Rocha —replico apurando el paso hacia el atrio empedrado de la iglesia para librarme de él.

—Pues recuérdaselo —indica arqueando las cejas a la vez que levanta una mano y saluda a alguien a mi espalda—. Y también que estoy más que dispuesto a igualar cualquier oferta que os hagan.

Levanto la barbilla en su dirección en un gesto que no significa nada y aprovecho para alejarme con Iria pegada a mi costado mientras que el hombre se queda atrás conversando con unos desconocidos.

—Es como un grano en el culo —refunfuña mientras caminamos por el pasillo lateral de la derecha de la iglesia y nos acomodamos en el primer banco con huecos libres que encontramos —, siempre con el temita de «me va tan bien con mi finca que tengo pasta de sobra para hacerme con las vuestras» ¿Por qué no le cierras la boca de una vez?

—Ya sabes por qué, enana. Tiene el dinero y los contactos y nosotros...

—Nosotros tenemos un agujero en el banco, mal carácter y la mejor familia del mundo.

Me agunto la sonrisa y dirijo la mirada hacia el púlpito mientras el cura inicia la ceremonia. La enana ha dado en el clavo en cada una de las cosas. Aunque en la última recogida cosechamos más toneladas de kiwis que en las últimas tres campañas, no ha sido suficiente para mejorar nuestra complicada situación. Lo primero, porque no hemos llegado a los márgenes que mi hermana Uxía se había marcado como objetivo a pesar de los esfuerzos. Y lo segundo, porque el precio de la fruta ha caído ligeramente respecto a otros años, así que a pesar de recolectar más hemos ganado prácticamente lo mismo que el año anterior.

Eso no sería una gran complicación por sí misma si no fuera por los problemas económicos que venimos arrastrando desde hace tiempo, desde bastante antes de que los dos hermanos mayores asumiésemos las riendas de la explotación familiar por la enfermedad de nuestro padre.

Y en los últimos tres meses en los que me ha tocado llevarla a mí solo, me he preguntado prácticamente a diario cómo mi hermana Uxía ha podido asumir tantas tareas todo este tiempo sin quejarse ni mandar al cuerno a todos esos caciques de pueblo venidos a más, porque a mí me está costando llegar a todo y a la vez controlar el famoso mal genio de los Fandiño cada semana

un poco más.

Me remuevo incomodo en el banco de madera y actúo por imitación, levantándome y sentándome cuando percibo de fondo que lo hacen el resto de los parroquianos mientras mi mente se pierde cada vez más lejos sin escuchar ni una de las palabras del párroco.

Pedro Rocha no solo es el presidente de la cooperativa de kiwis a la que estamos adscritos, que es la segunda más importante de Galicia, y uno de nuestros mayores competidores en la comarca del Baixo Miño como propietario de una empresa hortofrutícola con casi la misma antigüedad que nuestros Kiwis Fandiño; también es un verdadero incordio. Desde que Uxía salió del hospital no ha dejado de frecuentar la casa de mi padre para intentar convencerle de que le venda la empresa o en insistirle que le traspase la finca de la Boullada, que es la de mayor extensión y la base de nuestro negocio. Y en las últimas semanas se ha vuelto más y más insistente.

Lo peor es que Rocha no es mi mayor problema ni de lejos.

El codazo de Iria me obliga a espabilar y los dos nos levantamos y seguimos al resto de los asistentes al exterior en un silencio tenso con la mano de mi hermana clavada en mi antebrazo y siento sus dedos apretando con mayor intensidad a través de mi parka en el momento en que rodeamos la iglesia y nos damos cuenta de que vamos directos al cementerio, que está justo detrás.

Los Fandiño no somos muy religiosos. Y como sé que Iria conoce al fallecido todavía menos que yo y que su único motivo para acudir conmigo al funeral de uno de los socios fundadores de la maldita cooperativa en la iglesia de Salcidos de A Guarda ha sido que nuestro padre se quedase en casa descansando, que falta le hace, también sé que se ha puesto así porque se ha acordado de mamá. Como yo.

—Si te agobias, salimos —digo palmeando su mano un par de veces y ella me la devuelve con algo parecido a una sonrisa—. Intenta pensar en otra cosa. A mí me funciona.

Tras detenernos en el punto más alejado posible al que se encuentran Rocha y sus acompañantes nos quedamos callados unos minutos con otros asistentes rodeándonos hasta llenar el escaso sitio libre disponible y en el momento en que se escucha el sonido de una piedra arrastrándose la mano de mi hermana se cuela por el bolsillo retorciéndome un dedo.

—Tranquila —susurro inclinándome hasta su altura—, recuerda lo que te...

Suelta el aire de golpe asintiendo y cuando estoy a punto de enderezarme suelta:

—¿Ya te has decidido con lo de la subvención?

Esta vez soy yo quien crispa los dedos contra los suyos y tras echar un rápido vistazo en derredor niego sutilmente y me pego contra su cabeza.

—No. Y este no es el sitio para hablar de eso.

—Has dicho que pensase en otra cosa.

—Pues en esto no.

Me tira de un dedo antes de sacar la mano del bolsillo y por el modo en el que endereza sus hombros y se recoloca el abrigo de paño castaño estoy convencido de que no va a dejar el tema al menos hasta que lleguemos a Aselas. Solo de pensar en el viaje de regreso me cuesta contener un bufido al imaginarla en modo abogada en el asiento del copiloto disparando una pregunta tras otra para las que no tengo respuestas.

Apenas nos alejamos dos metros de la familia del fallecido y ya vuelve a la carga.

—¿Pero ya has encontrado a alguien a quien preguntar o sigues igual que la semana pasada?

Elevo los hombros y acelero el paso para llegar lo antes posible a la furgoneta. Puede que no me apetezca mucho tener esa conversación en el camino de vuelta, pero no pienso mantenerla en un lugar plagado de nuestros principales competidores para que se enteren de todos nuestros problemas económicos y tecnológicos.

—Deja las preguntitas para cuando seas Fiscal, pesadilla.

—La defensa también interroga, listo. Y lo digo porque creía que el plazo para pedirla terminaba la semana que viene. Pero si a ti te da igual que se te pase...

Me doy la vuelta con los párpados entrecerrados en todo un ejercicio de contención. Si en vez de en una carretera comarcal delante de la entrada de una vieja iglesia románica estuviésemos en el salón de casa ya le hubiese soltado cuatro gritos. Sus labios se curvan desafiantes y estrujo el forro de los bolsillos como si con eso llegase. Solo mi hermana pequeña es capaz de ponerme tan rápidamente de los nervios y salir indemne.

—No me da igual, enana. Es solo que no he encontrado a la persona correcta y no quiero meter la pata. —Por encima de su hombro veo a Rocha aproximándose a donde estamos y me niego a que escuche nuestra discusión para que vuelva a insistir con su oferta—. Anda, vámonos que por ahí viene el pesado. Y si con eso estás más tranquila —añado extendiendo el meñique ante su cara— te prometo que en cuanto encuentre un asesor correcto o me decida te aviso la primera.

Unos ojos castaños claros muy similares a los míos centellean siguiendo el dedo y la sonrisa burlona regresa a su cara a la vez que lo atrapa con el suyo propio doblándolos con saña.

—De acuerdo, pero ya no hace falta, porque acabo de encontrar a la *persona correcta* ahora mismo. Me debes una.

Sin soltar mi meñique señala con la barbilla algún punto tras de mí y cometo el error de girarme sin estar preparado. La veo un poco más adelante, del otro lado de la carretera, despidiéndose de un hombre de unos cincuenta años en la puerta de una tasca rodeada de campos que tiene el aparcamiento lleno de los coches del funeral.

Puedo escuchar la voz de fondo de mi hermana, pero no entiendo ni una sola de sus palabras ya que todos mis sentidos se han quedado presos en ella, que estrecha la mano con una sonrisa forzada sin moverse del sitio. El aire se me queda atascado en los pulmones cuando nuestros ojos se cruzan y su barbilla se arruga ligeramente al darse cuenta de mi presencia.

El manotazo de Iria es de lo más inoportuno, pero sus palabras me sacan del letargo.

—Siempre has confiado en ella, sé que es buena en su trabajo y no existe conflicto de intereses.

Puede que todo eso sea verdad, pero también es la que se me escapó. La que no he podido olvidar. La única por la que lo hubiese dejado todo. Inspiro lentamente intentando controlar mi respiración.

—No... creo que sea buena idea.

«Porque no lo es en absoluto». No creo que pueda trabajar mano a mano con Mencía Rodríguez y volverla a olvidar.

—Pues a mí me parece estupenda —replica con un empujón nada disimulado obligándome a avanzar hacia a ella, casi arrastrándome en su dirección—. Además, un compañero la tuvo como perito de la parte contraria en varios juicios en Arzúa y me aseguró que es buenísima en lo suyo. Le apretó las tuercas de lo lindo.

Cuadro los hombros en cuanto nuestras miradas se vuelven a cruzar y una vocecita resuena en algún lugar lejano de mi cabeza. «Antes yo era lo suyo». Frunzo los labios y tiro de la manga arrugada hacia abajo, como si tener bien puesta la parka fuese a ayudarme a sobrellevar mejor esta situación, que intuyo que será incómoda.

Su mirada no se separa de la mía sin moverse del sitio, como esperándome, y un ciento de recuerdos acuden en masa a su llamada mostrándome el mismo rostro un poco más aniñado, con el cabello más largo y claro y aquel flequillo recto por encima de las cejas que me encantaba despeinar y ahora ha desaparecido. Sin embargo, sus grandes ojos oscuros son exactamente como recuerdo y, por un instante, mientras doy los últimos pasos y me detengo, hasta me parece verlos brillar antes de clavarse helados contra mí.

—¡Cuánto tiempo, Mencía! Se te ve genial, ¿verdad?

El codo flacucho de Iria se clava otra vez en mis costillas recordándome lo molesta que puede llegar a ser y le dirijo una mirada admonitoria para que pare con lo que sea que pretenda hacer, pero me la sostiene sin problemas levantando una ceja antes de regresar a ella y plantarle dos besos y un abrazo. Como si fuese una amiga suya de toda la vida.

—¿Tú también has venido al funeral? —Mencía se limita a negar lo que ya sabemos mirándome de reojo—. Ya me parecía, porque no tienes nada que ver con la cooperativa. Espera, te acuerdas de mí, ¿no?

—Claro. Cada vez te pareces más a tu hermano.

—¿A cuál, a este? ¡Quién le diera! —rezonga entre risas agarrándome por un brazo y a ella con el otro—. Si te refirieses a Xian o Uxía, que al menos se ha ligado a un buenorro...

La sonrisa de Mencía mengua al escuchar su nombre y en el silencio que le sigue nos repasa a los dos con la vista.

—Me enteré por las noticias de lo que le sucedió. ¿Qué tal está?

—Pues imagínate —responde haciendo mil aspavientos con las manos—. Hecha un cuadro. Tiene una cicatriz enorme justo...

—Bien —intervengo con firmeza para evitar que diga nada más—. Está bien.

—Claro. Y por eso lleva casi cuatro meses de baja. Mejor entremos —añade señalando con la barbilla la tasca de la que acaba de salir Mencía, empujándonos hacia allí— y nos ponemos al día con un café rápido.

Nos detenemos ante la puerta para que salgan dos lugareños y nos sentamos en la mesa vacía más alejada de los parroquianos que juegan a las cartas dando golpes y soltando gritos. Igual que en centro cívico de Aselas que tanto frecuenta mi padre. Me levanto para pedir tres bebidas y al regresar mi hermana sostiene el teléfono iluminado en una mano señalando la puerta con la otra.

—Tengo que atenderla, es de un abogado *muy* pesado con el que estoy intentando cerrar un acuerdo y... Bueno, que os da igual. Ahora vuelvo. Y pregúntale eso.

El camarero deja las consumiciones en una esquina de la mesa de madera para pasar a

recoger la siguiente a la vez que mi hermana sale del local poniendo los ojos en blanco paseando sin rumbo por el asfalto al otro lado de la puerta. Alargo el brazo para agarrar mi café solo y su mano dorada y cálida tropieza con la mía sin esperármelo. Es solo una décima de segundo, pero siento como si un rayo me atravesase la columna vertebral. Otra vez. Como si mi cuerpo no se hubiese enterado todavía de que ya no estamos juntos desde hace más de una década. La miro fugazmente y tras colocar el pocillo ante mí revuelvo con insistencia echando de menos el desparpajo de mi hermana menor para romper el denso silencio que ahora nos rodea y poder quitarme esta comezón de la boca.

—¿A qué se refería tu hermana? —pregunta con tono irritado y un poco distante.

«¿No lo ha sentido?». Arrugo las cejas examinando su rostro sin encontrar nada, así que me bajo el café de un solo trago y carraspeo un par de veces para asegurarme de no quedar como un idiota cuando vaya a abrir la boca.

—No sé si lo sabes, pero ahora Kiwis Fandiño lo llevamos entre Uxía y yo por los problemas de salud de mi padre.

—Algo había escuchado— replica arrugando levemente el entrecejo y echa mano de su taza. Puede que no hayamos tenido apenas trato en la última década, pero todavía puedo leer sus gestos bajo esa capa de indiferencia y sé que algo de lo que he dicho no le ha gustado. Un teléfono suena, ella mete la mano en el bolsillo de su americana gris y lo sostiene con seriedad.

—Si quieres contesta, que no tenemos prisa.

—En realidad, prefiero acabar con esto cuanto antes —replica a la vez que silencia la llamada y posa el smartphone boca abajo a un lado de su taza haciendo un gesto con la mano libre para que prosiga. «Esto va genial. *Estupendo*». Miro de soslayo hacia la puerta y compruebo que mi hermana sigue inmersa en una discusión telefónica por los ademanes que hace con los brazos. Fuerzo una sonrisa antes de continuar maldiciendo su buena idea.

—Como ya sabes, lo mío siempre ha sido el campo, así que Uxía se ocupaba de lo demás. Y acabo de descubrir que «lo demás» es mucho más de lo que yo me creía —añado rascando el cuello con incomodidad—: papeleos con la administración y la comunidad de montes, con la cooperativa, subvenciones, buscar mejoras para ser más competitivos, negociar con los bancos que son un...

Estoy a punto de soltar un bufido por la frustración al pensar en todas las tareas que se acumulan pendientes sobre la mesa cuando su teléfono vuelve a sonar. Frunce el ceño levantando un dedo en mi dirección y se lo lleva a la oreja soltando un par de frases breves en lo que parece una llamada de trabajo. Alguien arrastra la silla contigua a la mía y veo el abrigo color camel de mi hermana sobre ella.

—¿Ya le has preguntado si te ayuda con lo de la subvención para la finca? —Niego sin hablar y me doy cuenta de que Mencía ha achicado los ojos, pendiente de nuestras palabras con una ligera molestia—. Pues espabila que me tengo que largar pitando al despacho y mi coche está en Tui.

2. MENCÍA

Me froto un párpado con una mano mientras que con la otra sostengo el bocadillo vegetal que he comprado en una cafetería cercana y le meto un bocado sin despegar la vista de la pantalla del portátil. Estoy releendo las últimas notas que he tomado en estos días para asegurarme que tengo todos los datos que necesito para escribir el primer informe de situación antes de subirlo al espacio de trabajo online para que el resto del equipo se pueda hacer una idea rápida de la situación y juntos esbozar un proyecto con el que poder impresionar a los empresarios y conseguir el encargo.

Llevo casi ocho años en la empresa en calidad de consultora agrónoma y me encanta mi trabajo. Y no hablo solo del proceso que va desde la planificación del proyecto hasta el desarrollo del protocolo más adecuado para conseguir los objetivos que marca el cliente, aunque también. Aun así, ni eso ni el sueldo son el motivo por el que llevo en este holding empresarial casi ocho años.

Soy muy buena en la parte técnica, pero no se me da bien tratar con gente desde pequeña, así que poder estar recluida en la oficina o teletrabajar desde mi piso con vistas a la playa de Orzán en A Coruña es una de las cosas que más valoro. Y por eso tengo un cabreo de narices con el nuevo supervisor.

Hasta ahora era otro de mis compañeros el que se encargaba de acudir a los lugares para valorarlos en persona y las veces contadas que lo había acompañado era porque se trataba de proyectos de gran calado donde no bastaba con que fuese uno. Sin embargo, el nuevo ha resultado ser un listillo al que no se le ha ocurrido nada mejor que enviarme hasta aquí abajo para encargarme sobre el terreno de reunirme con diferentes empresarios de la zona solo porque en la última reunión a alguien se le ocurrió abrir demasiado la boca.

Entro en el navegador ignorando la pestaña en la que tengo abierto el correo electrónico con un mensaje pendiente de abrir y hago un par de búsquedas rápidas en la web del catastro ya que existen discrepancias con la extensión y linderos de algunas de las fincas que he visitado y quiero que quede reflejado antes de que podamos tener algún problema con ello. A veces la gente nos da mal los datos y luego nos echan la culpa.

Escucho el sonido de la puerta y un par de voces amortiguadas a lo lejos a las que no presto atención. No tienen nada que ver conmigo. No estoy en las oficinas, en mi sitio de siempre. La empresa me ha conseguido un espacio de trabajo en un coworking en el centro de Tui para mayor comodidad mía y de los potenciales clientes que está bastante bien, pero al que todavía no he traído a nadie. Hasta ahora todos han preferido reunirse en las oficinas de sus propias empresas. O en sus fincas.

Doy otro mordisco adjuntando los datos para subirlos a la plataforma de la empresa y al terminar estiro los brazos hacia el techo intentando aliviar la espalda antes de salir a por un café a alguno de los bares cercanos, aunque lo que de verdad tengo ganas es de largarme de aquí y volver a disfrutar de mi sofá.

Hasta el momento la mayoría de los clientes que atendía mi equipo de trabajo eran de A Coruña y Lugo, pero, a saber por qué, en los últimos quince días han llamado de un montón de empresas de la provincia de Pontevedra. Cinco de ellas de Tomiño, mi pueblo. Y una de Aselas, la parroquia en la que me crié, más en concreto.

Y al supervisor no se le ha ocurrido una idea mejor que mandarme a mí sola porque «ya conoces la zona y a la gente, así que seguro que conseguimos los contratos». Chasqueo la lengua solo con recordarlo. *Claro* que conozco la zona, por eso la evito lo máximo posible y desde que me largué a la universidad no he bajado más veces que las necesarias y todas ellas a regañadientes. Porque es lo mejor para mí. Pero no puedo soltarle todo esto a mi jefe, así que he hecho lo de siempre: morderme la lengua y actuar como si nada.

Como si estar aquí no me estuviese poniendo mala.

Doy un trago al botellín de agua y tiro el papel del bocadillo a la papelera antes de volver a enfocarme en lo que tengo delante. Cuanto antes termine, antes podré largarme y tras tres mañanas interminables recorriendo media provincia ya no me quedan más que otras dos visitas programadas, salvo hecatombe. El teléfono vibra a mi derecha y me apuro a descolgar nada más ver el identificador de llamadas deseando no haber invocado a la mala suerte al ver el nombre de Enrique, el nuevo supervisor.

—¿Qué tal ha ido esta mañana? ¿Van a firmar?

Retuerzo los labios en una mueca sin saber qué decir.

—No lo sé. —El bufido al otro lado me deja claro lo que le gusta mi respuesta. —Es lo de siempre, Enrique. Quieren los resultados, pero no les gusta tanto lo de aflojar el dinero. Los del viñado me han asegurado que mañana llamarán.

—Estupendo —sisea y los dos nos quedamos callados durante un instante—. Necesitamos cerrar al menos seis proyectos más antes del cierre del trimestre.

Ahora soy yo la que bufa, aunque tapando el micrófono para que no lo oiga. Con el anterior jefe todo era más fácil porque solo tenía que centrarme en mi trabajo, que es en lo que soy buena, pero al nuevo le preocupan demasiado las cifras y presiona para que cerremos los proyectos sea como sea.

—Varias de las reuniones han ido bien. Seguro que alguno cerramos y aún me quedan tres explotaciones más por ver.

—Cuatro. El de Pontearreas de ayer me ha llamado hace un rato. Tienes que pasarte por allí otra vez, el viernes por la tarde.

—Quedamos en que estaba hasta el jueves.

—Ya, pero eso ha cambiado. E intenta ser más agradable, que he recibido quejas de algunos.

—Soy experta agrónoma, no comercial o experta en ventas. Me contrataron para encontrar la mejor solución para los problemas de agricultores y ganaderos, no para hacerles la rosca.

—Si no conseguimos proyectos, se nos acaba el contrato y la competencia nos está comiendo la tostada en varias comarcas. No te morirías por ser un poco más agradable.

Puede que tenga razón. No me moriría, pero me podría salir urticaria y no pienso arriesgarme. Me muerdo el interior del carrillo para no soltarle algo parecido cuando su voz

vuelve a sonar al otro lado.

—Y ya que eres de ahí, intenta enterarte de lo que está pasando. Han recibido varias llamadas por ataques en algunas explotaciones agrícolas del suroeste de la provincia.

«¿Qué?» Sacudo la cabeza un par de veces mientras juego con el ratón en el portátil sin dar crédito a lo que me está diciendo.

—Tampoco soy detective, Enrique. Y no entiendo para qué quieres...

—Los de seguros agrarios nos deberían un favor y eso nunca viene mal —interrumpe con aspereza—. Nuestro departamento no va tan bien como debería, Mencía, necesitamos mostrar que somos importantes para la compañía para que no se planteen rescindir nuestra área y esta puede ser una manera.

Repico con el pulgar contra la superficie de melamina mientras lo escucho disertar sobre un ciento de cosas que no me interesan lo más mínimo durante cinco minutos. Entiendo que está sometido a cierta presión, pero mi anterior supervisor también lo estaba y no lo pagaba con nosotros. Es una de esas cosas que va con el sueldo. Sin embargo, algunos de sus argumentos son ciertos.

Antes teníamos más proyectos y ahora la competencia se ha recrudecido; además, la compañía está invirtiendo más esfuerzos en ganar mercado en otras áreas dejando la nuestra en un punto muerto prestándonos menos medios de los necesarios y seguro que Enrique está preocupado por si a los dos meses del ascenso acaba en la cola del paro. Y como hace menos de un año que firmé mi hipoteca yo también debo preocuparme, así que claudico.

—Muy bien, ¿qué quieres que haga?

—Pues husmea un poco, chica. Si toda tu familia es de ahí conocerás a gente. Y a la gente le gusta hablar. Un par de preguntas, dos sonrisitas y se les suelta la boca. Si pasan cosas raras, alguien lo habrá escuchado y como te conocen alguno te dirá algo.

«Seguro que más de uno me dirá algo, pero no de esto». Con la vista perdida ante la pantalla, mis dedos regresan al ratón pasando de una pantalla a otra con aburrimiento sin hacer mucho caso ni de lo que escucho ni de lo tengo delante repasando parte de mis tareas pendientes.

—Entonces quieres que pregunte por cotilleos locales sobre daños a fincas —pregunto para asegurarme.

—Lo que quiero es que te enteres de rumores sobre fraudes al seguro, Mencía. Han llegado demasiados avisos para que sea algo casual. No sería la primera vez que sucede algo parecido.

—Y si es así ponerte la medallita cuando la empresa no tenga que pagar.

—Exacto. —No necesito verlo para saber que está sonriendo henchido y dejo los ojos en blanco por un instante antes de enfocar de nuevo al monitor—. Intenta enterarte de algo antes de que acabe la semana, que nos jugamos mucho. Todos. Te paso más datos a tu email.

No sé cómo ha sucedido, pero mis dedos han tomado el control de mi mente y han entrado a ese correo electrónico que lleva pendiente de abrir desde que me lo enviaron hace dos días y que no tenía ninguna intención de hacerlo hasta que me marchase de aquí. Ese que le dije a los Fandiño que me enviasen para sacármelos de encima cuando me los encontré en A Guarda a principios de semana y que pensé que no me mandarían porque estaba claro que lo había dicho por compromiso.

Y porque Brais debería saber que no quiero estar cerca de él.

Los Fandiño sí que son de aquí de verdad, no como yo. Tienen la casa, la empresa, la familia y los amigos en un mismo pueblo desde hace más de cuarenta años. Están más que integrados en la comunidad y si está pasando algo como lo que desconfía mi supervisor lo sabrían, porque eso es lo que tiene vivir en una parroquia pequeña: todo el mundo se entera de todo. «O de casi todo», me corrijo automáticamente.

Y si le hago el favor ese que intentaron pedirme durante el café con escaso disimulo puedo cobrarlo con otro.

—Algo se me ocurrirá —respondo arrugando la frente pensando en lo poco que me apetece hacer esa llamada.

3. MENCÍA

Diecisiete años antes.

«Hoy no, Dios. Hoy *no*»

Corro como una desesperada por el largo pasillo sujetando con fuerza la bolsa de de mano y las asas de la mochila como si eso fuese a obrar el milagro que necesito. Desde luego que no. Atravieso la entrada del instituto sin aflojar el ritmo, ignorando la mirada de las pocas personas que quedan a esas horas, y en cuanto comienzo a bajar las escaleras la verdad me impacta con dureza. No están.

«Mierda, mierda, mierda».

Sacudo la cabeza sin dejar de bajar los escalones, aunque lo que de verdad me dan ganas de es tirarme sobre la hierba a llorar y a gritar de la rabia, pero en cambio sigo bajando los escalones de piedra cada vez más despacio hasta que llego a la puerta vallada sin saber qué hacer. Tiro el bolso de mano sobre la acera y rebusco en su interior hasta encontrar el Nokia perdido al fondo de todo con tres mensajes de texto muy claros: «El taxi ya está aquí, apura». «¿Dónde estás? Date prisa que hoy no podemos llegar tarde». Y el último y definitorio: «Arrancamos. Como no vengas te la vas a cargar».

Estoy tan nerviosa y frustrada a la vez que siento un revoltillo en el estómago como si estuviese a punto de vomitar, así que cierro los párpados durante un par de segundos intentando calmarme repitiendo mi mantra habitual: tranquila, Mencía, tranquila. «¿Que me la voy a cargar? *Ja*». Me incorporo lentamente y llamo a una de mis compañeras cruzando los dedos, pero no responde y el ardor del estómago resulta insoportable.

Me cuelgo la bolsa del hombro y para cuando me quiero dar cuenta estoy peinando uno de mis largos mechones castaños de una manera casi compulsiva incapaz de dar con una solución. Me obligo a bajar la mano hasta la cadera para guardarla en el bolsillo de la cazadora vaquera con la vista clavada en la mano que sostiene el teléfono. «Dios, dios, dios... necesito un milagro. Lo que sea. Porfa». La pantalla del teléfono brilla un instante y al desbloquearlo encuentro un nuevo SMS de la chica a la que he llamado confirmándome el desastre: están a punto de entrar en la autopista, así que es imposible que den vuelta a por mí.

Me giro lentamente buscando una solución mientras recorro con la vista la valla verde, los bancos de piedra, el césped con árboles que se extiende a ambos lados de las escaleras y imponente edificio blanco y verde que es el instituto arriba de todo con una gran sensación de impotencia creciendo en mi pecho porque no ha sido culpa mía, y aun así voy a ser yo quien se la cargue una vez más.

No tengo ni idea de qué puedo hacer para librarme de esta. El autobús queda completamente descartado porque ni los horarios ni el recorrido son los adecuados; por eso tenemos contratado un taxi. ¿Un taxi? Rebusco en la bolsa de nuevo hasta dar con la cartera y al ver que solo tengo cinco euros dentro la rabia y la frustración crecen por igual a la vez que un sudor frío me baja por la espalda, porque necesitaría mínimo cincuenta euros.

«Ya está. No puedo hacer nada más. Toca apechugar».

Aprieto ambos puños por dentro de los bolsillos completamente incapaz de moverme del sitio. Llevo todo el curso haciendo lo mismo sin problemas. Los martes tengo clase de física de tres y media a cuatro y media, pero siempre salgo diez minutos antes de que acabe para llegar a tiempo al taxi, igual que el año pasado y hace dos. Y *nunca* ha habido un problema. Como mucho, si ese día hay examen sé que tengo menos tiempo que el resto de los alumnos y ya está.

Sin embargo, hoy ha venido un sustituto nuevo que se ha puesto gallito contra el repetidor de clase que no para de montar follón y cuando me he levantado para irme me ha increpado que me sentase de nuevo, porque sin justificación parental no puedo salir de su clase. Y no tengo justificación porque a principio de curso mis padres, igual que el del resto de mis compañeros, lo comentaron con el jefe de estudios que dijo que no habría problema puesto que todos los años hay varios alumnos en la misma situación.

Pues ahora yo tengo un problema, y bien gordo.

Y lo peor de todo es que sé que si hubiese sido otra persona la que hubiese bajado tarde al taxi la hubiesen esperado, porque ya nos ha pasado alguna vez en estos dos años. Agarro las asas de la mochila intentando darme fuerzas para volver a casa y una horrible arcada me sube por la garganta.

«Mierda, mierda, mierda».

Cierro los ojos en un burdo intento de calmar el maremágnum que me recorre por dentro y mantener mis emociones bajo control sin mucho efecto.

—Hola, ¿estás bien?

No abro los ojos hasta que noto unos dedos sobre mi antebrazo izquierdo que me obligan a reaccionar. Sacudo ligeramente la cabeza para asentir mientras el chico me observa con una mirada entre preocupada y curiosa que no se esfuerza en disimular. Seguro que quiere cotillear. Es el problema de los pueblos pequeños: a todo el mundo le gusta meter el hocico, aunque cuando de verdad hace falta todos miran para otro lado.

—¿Seguro? Debes llevar ahí de pie, quieta, unos diez minutos.

—¿Y? —respondo con el peor tono que puedo, intentando espantarlo. Se trata de Brais Fandiño, un chico larguirucho de rasgos muy marcados y mirada inquisitoria que va en primero de bachiller, dos cursos por delante de mí, y para el que sería invisible si no fuera porque los dos vivimos en la parroquia de Aselas.

Cuando sus dedos se aprietan en torno a mi muñeca por encima de la gruesa tela vaquera me encojo sin querer y él me suelta inmediatamente con sus ojos color miel fijos en mí interrogándome, pero estoy demasiado acostumbrada a esto así que le sostengo la mirada sin problemas hasta que él es quien rompe primero el contacto rascándose la nuca.

—Parecías preocupada por algo. Solo quería ayudar.

Suelto el aire despacito por la nariz. Si este es el milagro por el que llevo pidiendo desde la salida de clase estoy más que jodida.

—No puedes —suelto irritada apartando varios mechones castaños tras la oreja—. He salido tarde de clase y se han ido sin mí.

—Ah, vaya.

Me controlo para no poner los ojos en blanco. «Ah, vaya» no está nada cerca de lo que siento por dentro.

—Tampoco es para tanto, ¿no? —Ni contesto, porque está claro que no se entera de nada y el ser superior que me lo ha enviado tampoco—. ¿O sí? Si quieres te llevo —añade señalando la bicicleta apoyada contra los contadores a un lado de la entrada.

Se me escapa una risa amarga al verla y niego notando que se me humedecen los lacrimales. «Contrólate, Mencía. No montes un show».

—Gracias, pero no sirve. Tengo que ir al conservatorio. A Vigo —aclaro por la expresión que pone esforzándome para que no parezca que me afecta. Es fácil, tengo experiencia—. El taxi se ha ido sin mí porque he salido tarde de clase, con el bus no llego a tiempo, no tengo dinero para pagar otro taxi, mi padre está en el mar y...

Hablo cada vez más despacio hasta detenerme a mitad de frase al verle meter la mano en el bolsillo para sacar el teléfono con la frente arrugada como si se hubiese aburrido de escucharme a pesar de que ha sido él quien se ha acercado.

—¿Y era muy importante que fueses? —pregunta sin despegar el pulgar de las teclas levantando la vista hacia mí. Cuadro los hombros ante de abrir la boca con el tono más indiferente que consigo lograr.

—Los de piano tenemos el examen del primer cuatrimestre hoy, así que sí. Si quiero aprobar, claro.

—Claro —me imita soltando una risa antes de descolgar el viejo motorola de tapa al que parece que le han dado una paliza—. Un momento.

Se aleja un par de pasos sin que pueda escuchar más que un par de monosílabos. Es el hermano de una chica que va a mi curso, pero en otra clase, y con la que apenas tengo relación a pesar de que tengamos la misma edad. Aunque tampoco es que tenga demasiadas amigas. Se pasa una manaza por el pelo castaño claro que le llega casi hasta los hombros despeinándolo todavía más antes de volverse y guiñarme un ojo y me dan ganas de soltarle un par de frescas a voz en grito, pero cierro la boca al ver que levanta el pulgar. Se aproxima hasta la bicicleta y mueve la cabeza llamándome sin palabras, pero me quedo clavada en el sitio.

—Venga —repite con un gesto.

—Ni de coña. Yo contigo no voy a ningún lado. Y en ese trasto menos.

Sus ojos bailan divertidos con la boca apretada en una sonrisa mal disimulada, deteniéndose a menos de dos pasos de distancia. Su barbilla está casi a la altura de mi frente y su aliento a menta y tabaco me invade cuando suelta una risotada.

—Si esto te parece un trasto...

No pasan ni cinco minutos cuando una vieja furgoneta de color blanco y con golpes y rascazos por todos los lados se detiene frente a nosotros y Brais se aproxima a abrir la puerta.

—¿Me entra la bici? Vale, pues la dejo aquí.

Me quedo congelada por dentro al darme cuenta de que ha aprovechado para hacer tiempo conmigo esperando por la persona con la que ha quedado *de verdad*. Y que ese «venga» no significa «vamos», sino más bien «ahí te quedas». Fuerzo una sonrisa tensa con las tripas bullendo cada vez con más fuerza. Estoy a punto de vomitar. Lo veo amarrar la bicicleta a la valla del instituto y colarse en el asiento del copiloto sin pronunciar palabra. Escondo las manos

en los bolsillos para evitar que nadie pueda darse cuenta de lo tensa que estoy. De lo idiota que soy. Ha sido una tontería creer que un chico como ese, de los que mi madre califica de poco recomendable, al igual que al resto de su familia, se ha parado a hablar conmigo por algún motivo correcto.

«Por favor, si ni siquiera se sabe tu nombre».

Me doy media vuelta para evitar el bochorno de verlo reír al marcharse obligándome a mí misma a hacer lo que debería haber hecho desde un principio: usar los cuarenta minutos de camino andando para encontrar la excusa perfecta para que me repitan el examen la semana que viene o cuando sea sin que se enteren en casa.

A mi espalda escucho el sonido estridente de la bocina y al girarme veo que Brais ha bajado la ventanilla sacando medio cuerpo para afuera.

—¡Arriba! —exclama llamándome con la mano.

—¿Qué? —pregunto incrédula acercándome con pasos cortos pero veloces.

Desde ese ángulo descubro que quien conduce la furgoneta es Kevin, el primo mayor de Brais y el que cuenta con la peor reputación de los dos. Y no solo por los tatuajes, las cicatrices y esa mirada que a veces da miedo, sino porque el último año lo han detenido entre dos y nueve veces, según lo que se comenta en el instituto y en la parroquia. Mi mirada se remueve ansiosa de uno a otro Fandiño y los dos me miran como si no entendiesen qué hago fuera en vez de colarme en ese cacharro que parece que va a caerse en pedazos a la primera curva.

—No sé si... —dudo en cómo seguir, pero Brais me hace un gesto impaciente y lo suelto de golpe señalando fugazmente con los ojos a su primo—. Por lo que pasó con el hijo del taller.

—Ah, sí —responde con una sonrisa gigante palmeándole el pecho con orgullo a su primo dejándome sin palabras—. El cerdo ese. Le teníamos que haber partido dos dientes. Nadie le toca los huevos a los Fandiño. Y a mis hermanas, menos.

Mi madre tiene razón cuando afirma que no tenemos nada que ver con ellos, porque parecen descojonarse al acordarse de lo sucedido mientras que mi madre no paró de usarlo como ejemplo de lo que sucede cuando los padres se desentienden de la educación de un hijo durante semanas enteras. Y por eso sé que no le haría ninguna gracia que me subiese en esa tartana, aunque tampoco le va a gustar un pelo que me pierda el examen.

—¿Tiene carnet?

—Claro. Desde hace un mes.

—Es que no lleva la ele —aclaro señalando hacia la parte trasera de la furgoneta.

—Eso es porque mi padre nos enseñó a conducir cuando yo tenía catorce.

Me ajusto la cazadora vaquera abrigándome con el forro de borreguito dudando sobre qué opción es peor: la bronca por subirme a esa chatarra o por perderme el examen. «Aunque con un poco de suerte nos la pegamos en la autopista y terminamos con todo de una vez». Enderezo el pescuezo echando un vistazo sobre mi hombro para descubrir que ya no queda nadie por la zona, salvo dos profesores que conversan en la entrada del edificio y que ni saben que existo.

—Por mucho que le pise, si tu amiga no se sube de una vez vamos a ir hasta Vigo por ver Cangas.

El Fandiño con voz de cabreado tiene razón. Apenas quedan cuarenta minutos para que empiece mi examen y soy incapaz de moverme de mi sitio en la acera. Mis ojos van de uno a otro cargados de dudas, pero Brais extiende su mano grande y callosa hasta la mía dándome dos toquitos afectuosos en el dorso.

—Vamos, Mencía, será divertido.

«¿Divertido?». Sus ojos penetrantes brillan contra los míos hasta atravesarme, como si pudiera leer más allá de mi fachada, y por una vez saltarme las reglas da menos miedo que de costumbre. Tanto que hasta me siento capaz. Le aprieto los dedos por un segundo, antes de lanzar mis cosas al fondo del asiento trasero y sentarme tras él esquivando ropa de trabajo y otras cosas en las que no me quiero ni fijar. «Pedid y se os dará» nos decía la catequista durante las clases de confirmación del año pasado. Al parecer el milagro que he pedido viene de la mano de uno de los Fandiño. Me agarro con fuerza a la espuma del asiento justo en el momento en que Kevin arranca quemando embrague y Brais se asoma entre los reposacabezas.

—Por cierto, me debes una. Y si llegamos a tiempo a tu examen, otra.

Que Dior, Chopin o quién sea nos pille confesados.

4. BRAIS

Me recuesto frustrado contra la incómoda silla de la sala de espera sin sacar la vista de encima del cubículo acristalado que queda a mi izquierda sintiendo como unas pequeñas gotas de lluvia se deslizan por mi frente y las aparto de un manotazo sin pestañear. Llevo más de media hora contemplando cómo un pijo con una cazadora náutica que cuesta más que llenar el depósito de la furgoneta sonrío a Mencía como si se la quisiese comer enterita.

«Pues claro que quiere. Si no hay más que verlo». Resoplo pasando una mano de manera descuidada por el pelo sacudiendo la humedad y lamento para mis adentros no haberle dado con más fuerza cuando nos chocamos en la entrada. Estoy molesto con el espectáculo que me ofrece, aunque es una tontería porque se trata de una reunión de trabajo y porque no tengo ningún derecho a sentirme así. Mencía y yo dejamos de ser novios cuando tenía veinte y estoy a punto de cumplir treinta y cuatro años.

Otro de los espacios de trabajo se abre saliendo de él un chico con traje y maletín conversando con seriedad con una joven pareja y ya no queda nadie más que nosotros tres en el bajo antiguo del centro que alguien ha reconvertido en un espacio de oficinas. Un pitido del móvil me saca de mi ensimismamiento y rebusco en el bolsillo interior del chubasquero hasta atraparlo. Es un mensaje de mi primo Kevin que me apresuro a responder indicando que sigo en Tui para no me espere y resoplo asqueado antes de darle a enviar al escuchar la risa grave y afectada del idiota que sigue ahí dentro. No levanto la cabeza del teléfono hasta que escucho el chirrido de una silla siendo arrastrada y ya estoy de pie antes de que la puerta de cristal se abra.

Espero dentro hasta que ella regresa dejando un café solo ante mí antes de sentarse al otro lado del escritorio con otro en la mano y por un instante mi mente viaja a otros tiempos en donde arrugaba la nariz ante el olor del café cada vez que mi padre nos servía uno.

—Disculpa la espera —comienza rebuscando entre los papeles que tiene delante—, pero creía que tardarías un poco más en llegar.

—Es que ya estaba en aquí, en Tui, por un problema con una entrega de un pedido... —Sacudo la mano con indiferencia cuando levanta una ceja—. Un error con la dirección de entrega que he tenido que aclarar en persona. Pensaba que no ibas a contestar al email.

Eso sí que ha sido una tontería. Me doy cuenta en cuanto termino de pronunciar la frase y sus ojos relampaguean por un instante. Abre la boca, pero su teléfono suena casi a la vez. Una ligera arruga se forma en su entrecejo, una que conozco bien y que me hace bajar la mirada hacia la pantalla justo a tiempo de leer la palabra «mamá» en el identificador antes que de la silencie y le dé la vuelta. Agarra un taco de papeles y los choca contra la superficie blanca de la mesa un par de veces cuadrándolos sin que la frente se relaje.

—Quería hablar contigo —se arranca obviando mis últimas palabras— para comentar un par de cosas que me han llamado la atención en la documentación que me has mandado. Y también para preguntarte algo...

El teléfono suena de nuevo y la marca entre las cejas se pronuncia un poco más al girarlo, volviendo a silenciarlo.

—Si es importante puedes contestar.

—¿Por qué quieres instalar ese nuevo sistema de riego? —cuestiona imperturbable.

—No quiero.

—Entonces, ¿qué pintamos aquí? —pregunta con sequedad echando a un lado los papeles de su mano.

Fría, seca, distante. Profesional. Completamente fuera de mi alcance.

—Pues porque en una de las reuniones de la cooperativa vinieron unos expertos a proponérselo. Se supone que nos saldrá muy barato porque entramos en unas subvenciones que ofrece la Xunta y si nos la conceden cubrirían gran parte del gasto, así que tenemos que decidírnos ya porque el plazo para presentar las solicitudes acaba la semana que viene.

No dice nada, pero uno de sus dedos repica de modo casi imperceptible contra la taza de café recordándome que esa canija castaña siempre ha sido mucho más de lo que deja entrever y que bajo esa aparente templanza que exhibe ante el mundo permanece la chica tierna, inteligente y apasionada de la que me enamoré una vez.

Carraspeo obligándome a despegar la vista de su grueso labio inferior para recuperar el control de mí mismo y de la reunión, que es para lo que he venido. Mencía sigue siendo una constante en mi cerebro y si me diese la oportunidad, me encantaría intentarlo de nuevo y sacarme la espinita de lo que no salió bien, pero desde que me dejó nunca ha mostrado que esté interesada en mí o en volver a intentarlo. Y *tengo* que mantener la empresa.

—Necesito ayuda para tomar una decisión. Tú sabes de esto, y yo no. Nos han dicho que ese sistema de riego es muy bueno optimizando el consumo de agua, pero los «expertos» parecían más interesados en vender que en otra cosa y aunque nos concedan la subvención tendríamos que pagar varios miles de euros que no quiero malgastar. —Me incorporo para inclinarme sobre el escritorio en su dirección—. La finca no va tan bien como debería. No quiero ser el culpable de hundirla más, así que llevo tiempo buscando a un experto para que me diga lo que hacer.

—Entonces prefieres que sea otro el que se lleve la culpa.

—En realidad, preferiría que fuese Uxía la que tomase estas decisiones para luego no tener que escucharla si no le gusta la elección, pero toda la familia está de acuerdo en dejarla al margen hasta que esté recuperada, así que no me importaría compartir esa culpa contigo, Mencía.

Su mano se detiene a mitad de camino y se humedece los labios para dejar a un lado la taza de la que no ha llegado a beber, como si se le hubiese olvidado que la estaba acercando a su boca. Por un instante pienso en si mis palabras han tenido el poder de detenerla, pero enseguida reacciona girándose en la silla y el movimiento me trae una suave fragancia afrutada y justo después el taco de papeles apartado aparece ante mis narices.

—Aquí —señala una hoja— pone que contáis con un sistema de riego hidropónico de Novatech Green modelo X890 controlado por ordenador, que es muy novedoso, desde hace unos dos años. ¿Por qué quieres regresar a un sistema más tradicional y menos eficiente? Conozco a propietarios de fincas con otros cultivos que lo han instalado y están muy contentas con los resultados.

Levanto los hombros y me despeino una vez más.

—Pues porque nos ha dado algunos problemas y yo no soy tan tecnológico como para

aclararme con el ordenador cada vez que falle. El otro sistema se parece al antiguo, es más sencillo.

—Y aquí, —me pasa otra hoja que tiene varias zonas subrayadas, como si no me escuchase—, mira donde vienen las especificaciones de ese nuevo sistema. La finca de la Boullada es demasiado extensa como para que con —golpea la página con ademán despectivo— esto sea suficiente irrigación para todo el terreno.

—¿Ves? Por eso necesitaba la ayuda de un experto en quien pudiera confiar.

Entrecierra los párpados y abre la boca, pero se interrumpe con el sonido del teléfono y tras ver el identificador de llamadas descuelga pronunciando sin voz la palabra «jefe» con una mueca.

—¿Podemos hablar luego, Enrique? Es que sigo reunida —responde con cansancio y me fijo en la fina línea oscura que bordea sus preciosos ojos color chocolate mientras revisa algo en su agenda—. ¡Claro que no estoy entrevistándome con los de la competencia!

La voz al otro lado de la línea continúa hablando y ella se deja caer contra el respaldo de la silla de escritorio con expresión aburrida, aunque contenida.

—Con un empresario que tiene un problema con un sistema de riego Novatech Green modelo X890 de los que tanto recomendamos a nuestros clientes. Si averiguo por qué quizá me ayude con eso de los seguros que me has encargado. —Cierra los ojos pellizcándose el puente de la nariz—. Pues porque es un antiguo amigo.

¿Amigo? Por el modo en que lo dice, parece que todavía soy menos que eso. Nada. Quizá por eso, la pequeña astilla que sigue clavada muy adentro me obliga a acercarme a ella para demostrar que no es cierto. Al menos, no por mi parte. Atrapo su mano bajo la mía sintiendo el cosquilleo en la yema de cada uno de mis dedos de la mano izquierda y ante su mirada sorprendida los deslizo con suavidad hasta llevarme la hoja que tiene debajo.

«Joder».

Puede que continúe con la conversación con su jefe sobre las fincas, los seguros y las citas pendientes, pero desde que la he tocado sus ojos se han quedado clavados en mis gruesos dedos huesudos y sus narinas aletean nerviosas como si le costase respirar.

La adrenalina me recorre el cuerpo en respuesta a su reacción y me obliga a actuar en vez de a pensar. Aprovecho que se distrae respondiendo a su interlocutor para levantarme con celeridad y llegar hasta la puerta de cristal con la mente trajinando acelerada porque una parte de mí no para de repetir a voz en grito que ella también ha sentido el cosquilleo. Vaya que si lo ha sentido.

Y si lo ha notado es que todavía existe una oportunidad. Y si es así no pienso malgastarla y volver a dejarla escapar.

Me vuelvo al escuchar que me llama con voz dubitativa y decido comportarme con el mismo descaro que lo haría mi hermana pequeña.

—Brais —aparta ligeramente el teléfono de su boca—, no te vayas que no hemos acabado.

—Se me ha hecho un poco tarde y me están esperando —respondo en un tono más alto de lo necesario—. Mejor continuamos mañana.

—No. —Tajante. Seria. Me afectaría si no fuese porque sus ojos todavía brillan

desbocados completamente oscurecidos—. Necesito más datos y mañana tengo...

No la dejo terminar, pero me acerco lo suficiente como para que su jefe me escuche bien.

—Yo estaré en la Boullada. Te pasas, vemos lo del riego para evitar que le suceda a vuestros clientes y te digo lo que sé de esos problemas con el seguro.

—No...

Esa vez no soy yo quien le interrumpe y me cuesta reprimir una sonrisa del otro lado de la puerta viendo el centelleo furioso en su mirada que amenaza con quemarme. Y me parece bien porque no pienso jugar limpio. Iria siempre dice que en el amor y en los juicios todo vale y esta vez me voy a arriesgar hasta el final.

—Nos vemos mañana, Mencía.

5.MENCÍA

No presto apenas atención al paisaje de monte mixto y caminos de tierra que discurre a ambos lados porque mi cabeza es un completo hervidero, pero, aunque debe hacer unos quince años que no vengo hasta aquí, no me cuesta dar con el sitio. Conduzco el coche de alquiler de manera automática sin apenas prestar atención a lo que hago hasta que me doy cuenta de que estoy ante la finca y de que todavía no se me ha pasado el mosqueo del día anterior.

Tiro del freno hasta que parece que se me va a quedar en la mano con la sonrisa de suficiencia de Brais en la cabeza. Esa que tenía justo antes de abrir la bocaza para provocar que mi jefe me obligue a venir hasta aquí, aunque no sé para qué ha tenido que hacer algo así. No necesito venir hasta la finca de la Boullada para aconsejarle con su problema con el riego igual que no necesito pasar más tiempo con él. No me parece buena idea el cambio de modelo de riego y estoy convencida de que si ha fallado habrá sido por un problema en la configuración, porque el que ya tienen es claramente superior al que les han ofrecido y volver hacia atrás sería un error.

Y en cuanto a lo otro...No me gusta las sensaciones que me provoca saber que está cerca ni cómo reacciona mi piel, que se eriza cada vez que me toca en una silenciosa advertencia con un significado muy claro.

«Apártate».

Brais es un peligro. Siempre lo ha sido, desde aquella vez que me subí a aquella vieja furgoneta de su primo y llegamos milagrosamente a Vigo sin matarnos por el camino. Un putito peligro para mi estabilidad mental. Ha sido verlo y recordar todo lo que una vez pensé que podía llegar a tener. Familia. Calma. Risas. Cosas que no todos podemos tener. Cosas que al parecer no todos merecemos. Cosas que Brais y esa seguridad tan molesta en sí mismo siempre ha dado por sentadas solo por tener la suerte de ser un Fandiño, no como yo.

Apago de golpe el motor sacando la llave cuando a través de las interferencias averiguo la canción rock antigua que está sonando. Ni de broma voy a dejar que esa estúpida emisora portuguesa desbloquee otro recuerdo de los que tanto escuecen. Saco los pies del habitáculo con la misma determinación que si fuese a la guerra y casi las mismas ganas de matar a *alguien*.

A cambio, todo el discurso mental que llevo preparado para soltarle a ese alguien se borra de un plumazo al encontrar una sonrisa cálida que me saluda a un lado de la entrada.

—Buenos días, neniña. ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

—Señor Fandiño, buenos días.

Se aproxima sacudiendo la cabeza hacia los lados sin que se le borre la sonrisa.

—No me llames señor, que todavía no soy tan viejo. Anda, ven aquí —replica abriendo los brazos para darme un abrazo cálido, familiar y un poco desconcertante. El último abrazo que nos dimos fue en el entierro de Fefa, su mujer, hace cinco años—. Qué bien que hayas venido, nena.

Eduardo se separa ligeramente de mí examinándose sin cortarse para después palmearme el hombro como si me diese el visto bueno para luego colgarse de mi antebrazo y

entrar en su finca. Es una versión más baja y madura de Brais, aunque lo veo mucho más cansado y frágil que la última vez.

—Me han dicho que tengo que darte un tour por la finca —dice jocoso antes de subirse a mi coche. Se trata de una finca de seis hectáreas de superficie y Eduardo lleva un bastón, así que no queda otra que desplazarnos con el todoterreno.

Nada más llegar a la entrada me invade un extraño sentimiento de pertenencia. Puede que la valla sea nueva, al igual que el portón o las vigas que sostienen las plantas, pero la sensación es la misma que cuando Brais me trajo por primera vez hace ya tantos años.

Respiro hondo intentando liberarme de ella.

—¿Y tu hijo dónde está?

—¿Cuál de ellos? —bromea indicando con la mano que me detenga ante la primera hilera de plantas—. El que finge que estudia espero que en Santiago hasta el fin de semana. Si te refieres al mayor, ha tenido que ir hasta Tui por un problema con un pedido.

Me tenso casi inmediatamente. Es la misma excusa que me dio el día anterior y no creo en las casualidades. No entiendo para qué me hace venir para luego darme esquinazo. Supongo que para demostrar algo que no entiendo. Me subo el cuello de la gruesa cazadora de borreguito para esquivar el frío y la mala leche que me entra por el cuerpo.

«Menudo cretino».

—Eso mismo me soltó ayer cuando se pasó por la oficina. No hace falta que lo excuses.

—Claro que no. —Sacude la cabeza a la vez que señala algunas de las mejoras instaladas—. Es que el Pedro de bueno es tonto y ha contratado a un sobrino por hacerle un favor a su hermano, que lo tenía tirado en el sofá todo el día, porque ni estudia ni trabaja ni ayuda en casa. Aunque como siga así, o vuelve al sofá o mejor cierran la tienda. Lleva un mes trabajando allí y ya hemos tenido problemas una decena de veces. Un desastre, ya ves. Para que luego me queje yo de los míos.

Asiento siguiendo el camino que me ha señalado entre un mar de troncos castaños y hojas verdes. Por la época del año que es, ya deberían estar brotando las flores, aunque desde el vehículo en marcha no lo pueda ver. Eduardo se queda callado durante unos segundos taconeando contra la alfombrilla señalando hacia un lado para que me detenga. Todavía no he accionado la manilla cuando vuelve a hablar.

—No pienses que Brais no ha querido venir, nena, es que estamos en cuadro. Mi Uxía tiene que descansar, su hermana tenía juicio en Pontearreas y a Kevin le iban los del seguro hoy por el piso porque... —Sacude la mano espantando sus propias palabras—. Parece que hoy he comido lengua para desayunar, que no me callo. Total, que ha tenido que ir Brais a pelear con el inútil de la tienda y antes me ha dejado a mí aquí.

Finjo una sonrisa para dar por zanjado ese tema. No pasa nada. Tampoco es que yo quiera que esté. Por mí, mejor. Solo tengo que comprobar que son ellos los que no han sabido usar el sistema correctamente, verifico los datos y me largo para mi oficina temporal para *redesayunar* antes de la siguiente visita que tengo programada.

Al salir del vehículo meto el pie en un charco que no he visto desde dentro y pongo los ojos en blanco mentalmente por mi buena suerte mientras rodeo el coche para ayudar a Eduardo a salir. El sistema de control de riego del X890 no está dentro de un caseto metálico, como me

esperaba, sino que está al aire libre rodeado por un enrejado con una pequeña parte tapada por un tejadillo con unas coberturas laterales, a un lado del sistema de suministro eléctrico de la finca.

Eduardo rebusca en su pantalón de pana y saca un juego de llaves que me tiende para que abra. La entrada a esa zona está llena de hojarasca seca que atasca la verja, entrando a la parte interior por los pequeños huecos que hay en el suelo de tierra. La cadena y la reja están oxidadas en numerosos puntos y me cuesta girar la llave para abrir el candado, igual que me cuesta empujar la puerta para entrar.

Al fondo hay una pequeña caseta metálica en la que Eduardo me confirma que están algunas herramientas, el fertilizante y otros útiles del día a día de la finca. La chapa metálica está oxidada y antes de buscar la llave correcta me doy cuenta de que la puerta está cerrada, pero la cadena está suelta y al entrar tengo que apartar ramas y hojas secas con los pies para hacerme un sitio antes de poder examinar la maquinaria.

Lo escucho carraspear un par de veces a mis espaldas intentado llamar mi atención, pero no me giro. Cuanto antes termine, antes me puedo ir. Esa frase es otro de los mantras que no paro de repetir en mi cabeza desde que Enrique, mi supervisor, tuvo la idea de enviarme aquí.

—No seas tan dura, neniña. Puede que esté un poco descuidado, pero es que es mucho trabajo.

«Un poco descuidado» es un eufemismo para lo que tengo ante mí. Llevo toda la semana recorriendo explotaciones agrícolas y esta es la que menos cuidada está, pero no es asunto mío.

—No he dicho nada.

—No hace falta, puedo leerlo en tu cara.

Da dos pasos más pegándose a mí y la pregunta se me escapa sola.

—¿A Ramón no le importa que esto esté así?

Entorna ligeramente los párpados y golpea la chapa metálica con el bastón con una mueca. Me giro hacia el mecanismo con mi mejor cara de póker y me obligo a tener la boca cerrada desde ahora hasta que nos vayamos. «Sé profesional, Mencía. Estás aquí para trabajar y nada más». Aprieto los labios en una especie de sonrisa tensa tragándome mis palabras.

—Ramón no trabaja para nosotros desde hace unos años. Ahora creo que es el encargado en una finca en O Porriño, o por ahí.

Reviso rápidamente el pequeño almacén, que no contiene nada de lo necesario para mi trabajo y salgo para dirigirme hasta el tejadillo que cubre el X890 con Eduardo a mis espaldas. Sacudo la cabeza de arriba abajo sin volverme comprobando el funcionamiento del riego hidropónico a través del programa del pequeño ordenador que controla el sistema.

—Entonces —pregunto sin poderme resistir mirando de soslayo mientras se cargan los datos del último trimestre—, cuando tus hijos me han dicho que se encargaban de todo entre los dos mayores ¿era de manera literal?

Asintiendo Eduardo sonríe, pero sus ojos no y me parece más frágil que nunca, lo cual choca mucho con la imagen del hombre fuerte y tenaz del hombre que conocí hace casi veinte años.

—Hasta hace unos meses sí, pero desde que Uxía está de baja a mi hijo no le ha quedado otra que apechugar. Kevin nos ayuda cuando puede, claro, pero no es suficiente. Y ya conoces a Brais, que en eso sale a su madre siempre diciendo que todo está bien, aunque esté a punto de

hundirse el barco.

Se aleja lo suficiente para apoyarse contra la pared de metal con el entrecejo arrugado y comienza a rebuscar en los bolsillos.

—Y ahora a mí me tienen de figurante desde que —se da dos golpecitos en el pecho componiendo una mueca burlona— me petó la patata y casi astillo. No me dejan hacer nada por si me rompo, ya ves tú. Como si no llevase trabajando en el campo desde que era un niño. Y como las cuentas van muy justas y no hay dinero para contratar a otro, pues... Ojalá pudiese echar yo una mano. —De un paquete arrugado saca un cigarro retorcido que se lleva a la boca mientras tantea en busca de un mechero—. Y de esto ni una palabra a mis hijos, ¿eh?

Eduardo sale al exterior del enrejado, lejos del tanque de gasoil y del resto de las sustancias inflamables para fumarse un cigarro y para cuando he acabado si supervisión ya está echándose una siesta en el interior del vehículo. El cielo está raro, con un color que presagia tormenta, aunque no ha llovido ni una gota en los últimos días. Arranco sin despertarlo y conduzco despacio por los caminos de tierra de la Boullada comprobando de primera mano el estado de la finca y las innovaciones que han añadido, parando de vez en cuando en algunos puntos específicos para verificar algunos de los detalles.

Se nota que han intentado modernizar la finca en un intento de no quedarse atrás con sus competidores. La gente de ciudad suele pensar que el trabajo agrícola en los pueblos es algo bucólico y analógico, como se muestra muchas veces en las películas, pero la realidad es otra. Puede que a simple vista no se vea más que palos y plantas, pero en las grandes explotaciones como esta hay mucho más que los neófitos no saben ver a simple vista.

Hace mucho que no se puede llevar una empresa como esta de la manera tradicional si se quiere vivir de esto. Y a veces, ni siquiera así es posible. Existen un ciento de problemas que pueden afectar. Por ejemplo, una tormenta en mal momento. O que las plantas reciban poca agua. O demasiada. O que uno de los hongos del kiwi decida tomarse unas buenas vacaciones en sus instalaciones. Algunos de estos factores son más controlables que otros, por eso los agricultores que quieren ser competitivos en un mercado tan competido apuestan por servicios que les ayuden a paliarlos dentro de lo posible. Y ahí es donde entra mi equipo a trabajar.

Aunque en Galicia llueva bastante respecto a otros lugares de España, el cultivo de kiwis necesita de una gran cantidad de agua. Por eso aquí, entre otras cosas, han instalado un sistema de riego mucho más eficiente que los tradicionales que permite ahorrar mucha agua y que a la vez se aproveche mejor. Menos gasto económico y energético. Y como he podido comprobar hace un rato, con un sistema de drenaje que ayuda a evitar que exista exceso de agua o humedad que pueda llegar a perjudicar a las plantas.

Me bajo otra vez del coche para echar un nuevo vistazo a otra hilera de plantas y un viento frío se cuela por dentro de la cazadora, así que me abrazo en torno a ella antes de proseguir. En estas zonas apartadas de monte la primavera tarda más días en llegar. Repaso lo que tengo delante con el aire escapando de entre mis dientes y una sensación molesta de que estoy pasando algo por alto. No me extrañaría nada. Una parte de mí tiene hasta miedo de parpadear por no chocar con recuerdos de instantes perfectos y que ahora no son más que eso. Recuerdos. Aire. Nada.

Se me embota la cabeza de tanto intentar no pensar. Saco el teléfono y disparo varias fotografías por si las necesito para un futuro expediente antes de regresar al todoterreno alquilado para dejar atrás la finca y mis fantasmas mientras Eduardo conversa por teléfono.

Al torcer por uno de los caminos en dirección a la entrada, tengo que esquivar una piedra de gran tamaño que no debería estar ahí y mi copiloto saca el teléfono para avisar de nuestro hallazgo. También me ha llamado la atención la cantidad de tierra removida que he visto en varios puntos de la valla, aunque mantengo la boca cerrada. Después de lo que me ha dicho sobre la falta de ayuda para el mantenimiento de la finca, decido que es mejor callar.

Además, no es problema mío. Mi único problema es largarme de este pueblo para escapar de todo lo que hace años que dejé atrás. Sobre todo, del conjuro del mayor de los hermanos Fandiño del que parece que soy incapaz de librarme. De un manotazo me aparto el cabello castaño de las mejillas con los labios apretados, pero es Eduardo el que interviene.

—No es nada, chiquilladas... Algunos chavales vienen a ver el pozo, beben y a veces nos dejan regalitos como este.

Más que una chiquillada a mí me ha parecido un buen pedrusco que si le da a una planta la desgracia.

—Pues menudo regalo —bromeo sin ganas y a Eduardo se le sale una carcajada que me confunde.

—Eso es porque tú siempre has sido una buena chica, pero yo he criado a dos cafres..., bueno, tres si contamos a Kevin, y no me parece nada que los míos no harían. En los últimos meses hemos encontrado botellas de alcohol, una mochila, un cargador de iPhone, un juego de herramientas de bricolaje, cartones de vino, un calcetín, ...

—¿Dentro de la finca?

Mi copiloto me suelta un par de manotazos en la rodilla y de reojo me parece que le está costando contener la risa.

—Pues claro, neniña. Y más cosas que no te quiero ni contar. Tangas tenemos para poner un puesto en el mercadillo. Mi hijo me ha contado que en tu empresa estáis preocupados por partes al seguro. A veces los chavales se desmadran un poco. Es normal, por aquí tampoco hay tanto que hacer y se ponen creativos. Un año en O Rosal desaparecieron todas las cancelas de las fincas de una zona y al final resultó que a los juveniles de balonmano la fiesta se les había ido de las manos.

Detengo el vehículo nada más cruzar la salida para ayudar a cerrar la puerta y despedirme de mi copiloto que sonrío con picardía enganchándose de mi bracero.

—¿Me puedes bajar al pueblo? Con las nuevas pastillas no puedo conducir y mis taxistas privados siguen ocupados.

En el breve trayecto desde la Boullada hasta el centro de Aselas Eduardo aprovecha para ponerme al día de todo lo que considera importante. No de los cotilleos, que a ninguno de los dos nos interesan, si no de los problemas reales que afectan a su colectivo. A saber, las complicadas negociaciones con algunas comunidades de montes para conseguir la cesión y explotación de los terrenos; la competencia de precios, especialmente con mercados internacionales; las subvenciones y ayudas para poder resultar competitivos y adaptarse a los tiempos; la necesidad de actualizarse en un mundo cambiante y del que los empresarios de más edad en ocasiones se sienten desfasados y obsoletos; el miedo a perder los terrenos en favor de sectores de otras industrias que se puedan permitir pagar más y como ya está sucediendo en otras comunidades autónomas.

En fin, todos los problemas que afectan a los agricultores de la zona y a los que podría ayudar profesionalmente, intentando abrirme una oportunidad para ampliar nuestros servicios laborales en esta comarca. Imagino que porque Brais le ha contado parte de la conversación que escuchó el día anterior. En cualquier caso, se lo agradezco, pero no estoy interesada. Si le hablo de todo esto a Enrique es capaz de destinarme aquí hasta a saber cuándo. Si el trabajo es suficiente, sin fecha límite.

Me detengo ante la puerta del Centro Cívico, gran punto neurálgico para los hombres jubilados mayores de sesenta años y a donde mi copiloto acude con frecuencia para jugar a las cartas con algunos de sus amigos, por lo que ha mencionado. No me gusta estar parada ahí, tan cerca del infierno. Pero tampoco me parece bien obligar a Eduardo a caminar más después del tute que nos hemos dado por la finca solo por mis cosas.

La respiración se me acelera a cada segundo. Es una tontería que no puedo evitar. Como si volviese a ser una cría. Como si no hiciese años y años que no me paso por aquí. Como si hubiese retrocedido en el tiempo y careciese de armas con las que defenderme. Eduardo parlotea alegremente a mi lado, pero me cuesta seguir sus palabras. Finjo una sonrisa tensa intentando disimular con la sangre galopando por dentro completamente desbocada. Un abrazo, un beso y un par de palabras de despedida a las que respondo con un ligero movimiento de la mano mientras lo veo abrir la puerta.

El teléfono suena y rebusco en mis bolsillos hasta dar con él. Es Enrique, mi jefe, que no tiene mejor momento para darme el coñazo que ahora, que estoy que me muero de los nervios. Lo silencio regresándolo al bolsillo. Ya le devolveré la llamada cuando esté en mi bunker.

Dos golpes ligeros en el cristal y me sorprendo con la sonrisa amplia de Eduardo, que en vez de entrar en el edificio le ha dado la vuelta al coche.

—Casi se me olvida decirte algo. Brais me comentó vuestros problemas con los daños y los seguros. No he escuchado nada y casi seguro que serán chorradas de chavales, pero estaré atento. Y si me entero de algo le digo al chico que te avise.

Asiento con movimientos bruscos y la garganta un poco seca con la vista únicamente fija en él. Escucho voces de gente a nuestro alrededor al pasar por nuestro lado por la acera a la que intento ignorar a la vez que me vuelvo a despedir.

—¿Estás bien, Mencía? Igual te ha cogido el frío en el monte. ¿Quieres que te invite a un café? —Niego con vehemencia despeinándome. Tengo que irme *ya* —. El resto aún no ha llegado. No están los coches.

—No hace falta, Eduardo, te lo agradezco

La voz de dos señoras que se han detenido detrás de Eduardo llega alta y clara hasta el interior del todoterreno. No puedo no escucharlas.

—¿Esa no es la hija de Delia, la del supermercado?

Se asoman sobre el hombro de Eduardo para confirmar quién soy con total descaro.

—Ya hay que tener poca vergüenza... Con todo lo que su madre ha hecho por ella y mírala ahí.

Son las diez de la mañana y el día no ha hecho más que mejorar. *Genial*. Las ventajas de vivir en una parroquia pequeña puestas al descubierto en un momento. La mueca desagradable que me dirigen esas dos mujeres a las que ni siquiera reconozco y que continúan con su

desagradable parloteo sobre mí. La superioridad moral desde la que hablan cuando ellas tampoco me conocen a mí. El morbo de otras personas que se detienen para saber lo que pasa por el vocerío. La pasividad y el girar la vista para otro lado de todos los demás.

«El problema, como siempre, es la gente».

—¿Os podéis callar? —La voz de Eduardo resuena gruesa y firme por encima de la de ellas—. Si os preocupaseis tanto por lo vuestro como por lo que pasa en otras casas y que no es asunto vuestro...

—Maleducado.

—Y claro que es asunto nuestro —replica la otra con la voz aflautada—. Es vecina de toda la vida y esa mala hija que...

—¡Metiches! —brama dando un golpe con el bastón en el suelo—. Suerte tenéis que estoy del corazón y no puedo discutir porque se me sube la tensión, marujonas sin vida. Criticonas.

No sé ni cómo ha pasado, pero al parecer tras espantarlas hasta un portal cercano, Eduardo ha vuelto a ocupar el asiento de copiloto.

—*Filliña* —me llama para que reaccione dando dos ligeros toques con sus dedos nudosos contra los míos, que descubro completamente rígidos aferrados al volante—, ya está.

«No está. Nunca está».

Pero eso no lo puedo decir en alto. Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo y al girarme con intención de mentirle para asegurarle que estoy perfectamente y que no me ha afectado para nada me fijo en el aspecto del hombre que me observa con atención a mi lado.

Parece furioso, con las mejillas y la frente rojas, las narinas contrayéndose a toda velocidad y un ligero temblor en la mano que aún me toca. Se pasa dos dedos por la frente, como buscando tranquilizarse para acto seguido ponerse el cinto de seguridad sin dejar de mirarme.

—Mejor me acercas hasta mi casa, que se me han quitado las ganas de estar aquí con esta gente. Y te tomas un descafeinado conmigo, para asegurarnos de que estoy bien. Si te dice algo tu jefe, le dices que soy un cliente.

Arranco sin pensarlo rumbo a la casa de los Fandiño sintiendo el escozor en los ojos. La siguiente reunión es dentro de una hora y a pocos kilómetros de aquí, así que tengo tiempo de sobra para ese café con un hombre que acaba de llamarme hijiita y sacar la cara por mí como si mereciera la pena.

Camino al ritmo de los dos hombres entre las hileras de kiwis de una finca que está a unos diez kilómetros de la Boullada escuchando las necesidades y problemas a los que se enfrentan y con los que quieren que alguien les ayude. Eduardo ha dado en el clavo con su breve análisis de hace poco más de una hora.

Aun así, examino lo que tengo delante con una mirada crítica para cumplir con mi trabajo. Las instalaciones están más cuidadas que las de los Fandiño en general. No hay nada fuera de sitio. A cambio, se han quedado rezagados en otros aspectos y no puedo evitar admirar la labor que ha llevado Uxía informándose por su cuenta y modernizando la explotación sin más ayuda que su tesón y la confianza de su hermano. Y del resto de su familia, claro.

Saco el teléfono y disparo varias fotografías a todo lo que me encuentro. Tengo que hacer un buen informe con mi análisis y recomendaciones para pasárselo a Enrique, aunque estoy bastante segura de que no van a aceptar nuestro presupuesto. No han parado de quejarse por el dinero. Me da la impresión de que no están muy dispuestos a gastar más pese a que deberían actualizar el sistema de riego y de sujeción de las plantas como mínimo o sus problemas no van a hacer otra cosa que crecer en los próximos años.

A mi manera, también he intentado tantearlos sobre el otro problema, el de los daños y las reclamaciones al seguro que tanto le interesa a mi supervisor, de la manera más discreta que he podido. La respuesta ha sido contundente.

—Nosotros no hemos tenido ningún problema. Esto está tan apartado que nos han dejado en paz. Sin embargo, otros....

«¿Otros?» Aprieto las mandíbulas sorprendida por si Enrique está en lo cierto. El hombre se interrumpe porque el otro le chista con un gesto seco.

—Si no sé qué problemas os afectan no os podremos ayudar.

—El año pasado a mi primo le ataban tuercas para joderle la recogida, pero se dedica al maíz, no al kiwi. Fueron los de las empresas de maquinaria, ¿sabes? Para que se les estropeara la cosechadora y tuvieran que comprar otra.

—Fueron los de las semillas y eso no tiene nada que ver con nosotros —replicó el de más edad con la frente arrugada—, que ni siquiera fue en el Baixo Miño. ¿Volvemos a lo nuestro?

Claro.

Tomo un anota rápida en el móvil para después enviárselo a mi supervisor, que no va a estar nada contento porque de esta finca no me voy a llevar nada. Ni un nuevo contrato ni la confirmación de lo que él está buscando ni nada.

Uno de ellos decide mostrarme las nuevas plantas de la explotación porque está convencido de que el ritmo de crecimiento no es el adecuado mientras que el otro bufa afirmando todo lo contrario. De un simple vistazo compruebo que la poda se ha llevado a cabo correctamente y que las ramas laterales de renovación tienen la medida adecuada para este tiempo del año, al igual que los brotes de las ramas fructíferas que darán lugar a las frutas llegado el momento.

Un pensamiento se me viene a la cabeza, aunque no consigo darle forma hasta que una idea me asalta mientras caminamos de regreso por entre las largas hileras de kiwis.

«Los brotes».

Algo que sabe cualquiera con un poco de conocimiento del sector es que los kiwis, al igual que las vides, solo fructifican en brotes nacidos en el propio año de ramas que se formaron el año anterior. Solo sobre brotes nuevos. Los viejos ya no sirven. Las plantas de la finca en la que me encuentro están llenas de brotes por todas partes, como tiene que ser.

Saco el teléfono pasando una foto detrás de otra hasta llegar a la que me interesa y la amplío todo lo que puedo. Es una imagen de varias plantas de kiwis de la Boullada. Arrugo el ceño guardando el dispositivo en el bolsillo interior de la cazadora y me comporto de manera correcta hasta despedirme de los dos hombres.

Finjo que atiendo una llamada sentada en el interior del vehículo esperando a que se vayan. Rebusco en mi bolso grande que uso para el trabajo hasta dar con la Tablet y el cargador

portátil y vuelvo a examinar las fotografías confundida por no haberme dado cuenta antes cuando está muy claro.

Estamos en marzo, debería haber muchos más brotes de los que veo en las imágenes. A veces brotan más tarde, pero es algo que sucede de manera general, y en esta finca al igual que otras que he visitado a lo largo de la semana hay muchos más. Y *eso* sí que es un problema de verdad, porque a menos brotes, menos flores y menos kiwis.

Una sensación incómoda me recorre la espalda de arriba abajo y agradezco la privacidad de estar sola en una ladera del monte sin más testigos que los pinos y las nubes de cómo me debato conmigo misma inmóvil en el asiento sin despegar la vista de la maldita pantalla. No sé qué hacer.

«No es tu problema, Mencía. Es cosa de ellos. Ni siquiera son tus clientes».

Esa es la verdad que me repito agarrando con más fuerza la tablet. No me son nada. Y tampoco puedo jurar ante el universo que todas las fincas del Baixo Miño tengan más brotes que ellos. Además de que Brais solo me ha pedido ayuda con el sistema de riego y a cambio no me ha dado nada, ni una sola información, sobre la posible estafa al seguro.

Y aún así...

Bufo notando una molesta picazón en los antebrazos y las piernas. Puede que no me sean nada y que apenas haya tenido trato con ellos desde que me fui salvo ocasiones contadas, pero si mis sospechas respecto a los brotes son ciertas supondría una caída en su producción de este año. Un golpe muy complicado para cualquier empresa del sector. Y más para ellos según he deducido entre líneas en mis escasas conversaciones con los Fandiño: se han quedado sin su antiguo encargado, uno de los hermanos no puede trabajar, pero no tienen quién lo supla, Brais no llega a todo y siguen arrastrando algunos de los antiguos problemas que la empresa arrastraba antes de su gestión.

Si estoy en lo cierto y no actúan ya puede que no lo resistan.

Y yo no podría seguir como si nada con la culpa reconcomiéndome por quedarme callada. Si ahora no me son nada, una vez lo fueron. Y detrás de la Boullada no hay solo una plantación de kiwis, está la historia de los Fandiño, su legado. Y algunos de los momentos más felices de mi vida.

Tomo el teléfono del asiento contiguo y le doy a llamar. Al parecer, mis ambiciosos planes de adelantar el regreso a mi tranquila y aburrida vida en A Coruña tendrán que esperar.

6. MENCÍA

Diecisiete años antes.

—¿De verdad creías que así ibas a impresionar a tu novia?

No levanto la vista de mis rodillas notando un revoltijo en el estómago pensando en la que se me viene encima en cuanto salga de este coche. Y quizá durante también. No tenía que haberme dejado llevar, pero sonaba demasiado bien. Demasiado normal.

Casi como una cita.

—No es para tanto, mamá —resuella Brais sentado delante de mí—. Y no es mi novia.

Exacto. No soy su novia, solo una chica con la que habla de vez en cuando en el instituto y que ni siquiera pilla todas sus bromas. Nada especial que no le haya visto hacer con otras por los pasillos o por Aselas. Él dice tonterías, ellas sonríen como hienas y yo me siento completamente ajena en este juego. Sobre todo, porque no creo que forme parte de él. Hasta que no me subí a aquella furgoneta escacharrada, nunca habíamos hablado. Y desde entonces llevo varios meses preguntándome cómo sería besar al chico malo del instituto.

Brais es atlético, divertido y con una seguridad en sí mismo apabullante.

Yo soy una flacucha aburrida y sin vida que alterna entre horas de estudio y de ensayo para poder tener las mejores notas en clase y piano para poder lograr algo de tranquilidad. No es que no esté a su nivel, es que vivimos en otro planeta. Brais es uno de los reyes del barrio que hace lo que quiere sin tomarse nada en serio, donde todos lo respetan y que no duda en partirle la cara a quien «le toque los cojones a su familia».

Yo solo pienso en ser invisible hasta que me pueda largar a la universidad.

—¡Ni lo será! Si fuese mi hija, yo...

—Por favor —susurro angustiada—, no se lo diga a mi madre.

Levanto la vista y me choco con sus ojos en el retrovisor. Tiene una mirada tan acerada como la de Brais y siento que es capaz de leerme por dentro. Dura un segundo, pero ese examen en el espejo me resulta eterno antes de que devuelva la vista a la carretera.

—¿Tú eres la hija de Ernesto y Delia? ¿La pianista?

—Sí —respondo tragando saliva.

—Pues eso. Si fuera mi hija no dejaría que te volvieres a acercar a ella hasta que te entrase algo en la sesera. Y con lo que te pareces a tu padre, que sois igualitos, eso igual no pasa hasta que tengas más de cuarenta.

Se escucha un resoplido y la radio comienza a sonar bajito con los tres en silencio. La madre de Brais se lleva la mano a la frente recolocándose el pañuelo que le cubre la cabeza con los labios fruncidos y conduciendo a gran velocidad de regreso a Tomiño. No tiene buen aspecto, con cara de cansada y la piel amarillenta. Hasta que no la he visto llegar a buscarnos no he recordado que el año pasado la gente en Aselas chismorreaba con que estaba muy enferma de

cáncer. Y las pocas veces que he escuchado a su hijo hablar de ello ha sido para decir que está bien, mucho mejor, aunque desde aquí no me lo parece.

—¿A dónde ibais?

—Mamá, por favor.

—Por favor tú, que te conozco. Si no quiere que se enteren sus padres por algo será.

—Pues porque todos los padres son unos *cortarrollos*. Menos tú, claro.

Fefa arruga la frente mirándolo de soslayo y yo clavo las uñas contra la tela del vaquero. Nos la vamos a cargar antes de llegar.

—Mira, *filliño*, te has cargado el coche sin carnet de la abuela y he tenido que salir de casa con la furgoneta grande de extranjis para recogerte a ti y a todo este desastre —pronuncia hablando cada vez más deprisa gesticulando con una mano—. ¡Qué menos que saber la que estabas a punto de liar!

—¿Te preocupan las intenciones de Mencía conmigo? —bromea guasón llevándose una palmada en su muslo izquierdo y un par de «mira, mira» que hacen que se vuelva hacia atrás para observarme unos segundos antes de hundirse en su asiento cruzando los brazos como si por una vez le costase mucho hablar.

—No íbamos a liar nada. Y no quería molestarte, pero es que no podía llamar a nadie más. Kevin y papá están fuera, así que no nos podían venir a buscar. Le pedí a Mencía que viniese a pasar el día conmigo a Portugal. A Monçao. Mencía dice que se puede saber mucho del carácter de un director por cómo dirige a la orquesta, a los músicos. Esta tarde hay un concierto al aire libre cerca de las murallas y había pensado que podía estar bien pasar el rato y que me lo demostrara.

Parpadeo un par de veces entre sorprendida y confusa, pero Brais no se mueve en su asiento. Lo que ha dicho es cierto. El lunes me propuso pasar el día juntos en Portugal sin dar muchos más detalles y yo tampoco había insistido mucho en ello porque mi mayor preocupación era conseguir que en casa no se enterasen.

Cuando me lo pidió supuse que el plan sería ir a Vilanova de Cerveira, el pueblo situado justo frente al nuestro al otro lado del río Miño, y que daríamos un paseo por las calles empedradas comiendo un helado. Y que con un poco de suerte luego bajaríamos hasta el parque que está pegado al río, que nos sentaríamos en alguno de los bancos y que me daría un beso.

Mi primer beso.

Y eso me ha tenido toda la semana alelada.

Por otra parte, Monçao está mucho más lejos. Se tarda unos cuarenta minutos en llegar, casi como ir hasta Vigo. A Brais le gusta el grunge depresivo de los noventa, el rock en gallego o en inglés y los cantantes que se desgañitan a gritos en los conciertos. Hasta el momento lo he escuchado tararear canciones de Green Day, Kiss, Heredeiros da Crus o Audioslave y ni una sola referencia a la música lírica o clásica, excepto para preguntarme qué tal me va en el conservatorio. Nunca me hubiese imaginado que estuviese interesado en un plan así salvo que...

«Oh».

Una idea ridícula de que lo ha organizado por mí, porque le intereso del mismo modo que él a mí, me calienta el pecho al instante. Los ojos inquisitivos de su madre en el espejo provocan que mis mejillas ardan por dentro y que las mariposas del estómago se descontrolen. «Respira,

Mecía, que te estás montando una película para nada». Cuadro los hombros y enderezo la espalda dedicándole mi mejor sonrisa forzada a la mujer a la vez que me prohíbo pensar en más tonterías.

En todas las veces que se me ha acercado en el instituto o por el pueblo no ha hecho otra cosa más que hablar y bromear. Nada de coqueteos. Nada de pasarme el pelo tras la oreja para intentar robarme un beso. Nada de decirme que soy guapa y especial. He escuchado a otras chavalas cotillear sobre él, tanto a las de mi clase como con las que comparto el taxi al conservatorio, y todas coinciden en que es *un fiera* que sabe lo que quiere y que no pierde el tiempo con indirectas ni sutilezas.

El coche se detiene bruscamente ante un stop y me doy cuenta de que ya estamos muy cerca de Aselas. *Mierda*. Cierro los ojos e inspiro hondo rebuscando una excusa plausible para estar allí con los Fandiño y no ensayando una pieza a dos manos con María Vilar, con la que comparto carrera y taxi desde hace dos años y a la que he usado como excusa ya que mis padres no conocen porque vive en Tui en vez de en Tomiño.

La cabeza de la madre de Brais se asoma por el hueco entre los dos sofás con la boca seria y los ojos brillantes.

—¿Te gusta el cocido?

Me quedo de pie en una esquina de la cocina intentando molestar lo menos posible. La madre y la abuela de Brais conversan sentadas a la mesa de la cocina con las ollas en el fuego y yo no tengo ni idea de qué hacer. O de qué hago aquí. Aunque no me quejo porque podría ser peor.

Podría tener que estar en mi casa y sufrir el infierno.

La casa de los Fandiño no es lo que esperaba. Es una vivienda de dos alturas con una pequeña finca que se ensancha en la parte trasera. Está a las afueras y tan alejada de nuestro moderno apartamento en el centro de Aselas que no he pasado por aquí más que cuando he acompañado a mi madre a la casa del alcalde, que está un poco más adelante en la misma carretera.

Es una casa llena de ruido, de trastos y de fotografías por todos lados, pero no como las que hay en mi casa donde salgo con mi madre con una ropa tan formal como mi cara y sosteniendo el premio del certamen de piano de turno. Las fotografías son mucho más eclécticas, en donde se mezclan las orlas de clase con las fiestas de cumpleaños, fotos en blanco y negro, niños en bici, ... Caóticas y llenas de vida a la vez.

Fefa se levanta con esfuerzo del taburete, abre una alacena y se pone de puntillas intentando alcanzar unas fuentes del estante superior. Enseguida doy dos pasos en su dirección y las agarro en su lugar ganándome una sonrisa.

—Ponlas ahí, Mencía. Gracias.

Es agradable, firme y dulce. Y ahora al ver su estado frágil entiendo por qué Brais dudó antes de llamarla, porque por un momento pensé que le invadía el pánico como a mí al pensar en tener que llamar a mi madre en una situación así, pero no. Es otra cosa.

—¿Puedo ayudar con algo?

—Claro, un momento —Abre la puerta de la cocina sacando medio cuerpo al pasillo y mete un berrido—. ¡Uxía, que no te llamo más veces! ¡Y tráete a tu hermana!

Me quedo paralizada por un instante, hasta que se escucha el grito de su hija de vuelta con un «que sí» poco impresionado. Mi madre nunca grita cuando hay gente delante, ahí es todo sonrisas y halagos, aunque tampoco es que recibamos demasiadas visitas en casa.

En cambio, en el rato que llevo con esa mujer ya la he visto meterle dos pescozones a Brais, amenazar señalando con el dedo a Kevin y cuatro gritos a Xian por algo relacionado con el gato del vecino y, como respuesta, ellos han sonreído abrazándola con ganas, como si no pasara nada.

—Venga, ayúdame con la ensalada —continúa empujándome con el antebrazo para poder abrir la nevera. Es un contacto mínimo, pero me tenso sin querer—. ¿No te gusta?

Asiento con rapidez asiendo los vegetales que me pasa y los poso a un lado de la encimera, cerca del fregadero. La puerta de la cocina se abre y Uxía vestida con mallas cortas de ciclistas, una sudadera desgastada que le queda enorme y la coleta desecha a un lado de la cabeza me observa perpleja desde la otra esquina de la habitación.

—Hola, cielo. Ayúdanos que se nos ha hecho tarde —indica abriendo un cajón. Sin cortarse, Uxía arruga los labios en una mueca cruzándose de brazos—. Y sin protestar. ¿Has visto que hoy somos uno más? Ha venido una amiga a comer.

La hija chasquea la lengua y se acerca a la abuela para darle un beso negando con la cabeza.

—Conoces a Mencía, tenéis la misma edad, vais al mismo curso, ¿no?

—No vamos a la misma clase. Yo voy al B y ella al C.

Las dos vamos a tercero de la ESO, pero no hemos ido juntas a clase desde que teníamos seis o siete años. Y nos conocemos de vista, pero no somos amigas. Tampoco hemos tenido ningún problema. Ella tiene un grupo de tres amigas que van juntas a todas partes desde hace años y yo tengo el piano, los estudios y muy poco tiempo libre.

—Como tu amiga Rita.

—Sí —responde arrugando los ojos recogiendo los cacharros que hay sobre la vieja mesa de madera—, pero no anda con nosotras ni con ninguna de su clase. Rita dice que... —carraspea por la mirada que le dirige su madre y continua con su tarea en silencio.

Fefa me señala el grifo y automáticamente me pongo a arrancar las hojas de la lechuga para lavarla de espaldas al resto.

—¿Qué hace aquí? —chista por lo bajo—. No la habrás traído por lo del traspies en física, porque este trimestre voy *muy* bien. No necesito ayuda ni clases particulares.

—¿Se te dan bien las ciencias, Mencía?

—Claro que se le dan bien, mamá —replica adelantándose colocando los vasos con demasiada fuerza contra la mesa—. Saca todo *sobres*. Es la alumna perfecta.

«¿Perfecta?». Me partiría de la risa si no estuviese en tensión esperando a que la situación estalle. Dejo las hojas de la lechuga a un lado y lavo los tomates con la vista fija en el sumidero.

—Mira qué bien, como tu hermana. Por cierto, ¿dónde está esa niña?

Uxía levanta los hombros señalando hacia el pasillo por el que ha venido y sigue colocando la vajilla sobre la mesa. Fefa pasa detrás de mí y se detiene un instante para apretarme el hombro con suavidad tras unos golpecitos de camino hasta la puerta.

—Pon otro plato más, Uxi, que Mencía se queda a comer. —Se asoma al pasillo y mete otro berrido llamando a su hija pequeña—. Ponla al lado de Brais, que es su invitada.

Sus ojos se abren sorprendidos un momento para inmediatamente asentir con la barbilla obedeciendo. Tras un par de frases más su madre sale al exterior por la puerta que da a la balconada junto con la abuela y nos quedamos solas.

—¿Y mi hermano por qué ha desertado y te ha dejado a solas con mi madre? —pregunta pasando por mi lado para sacar una jarra de agua grande, una botella de vino y dos latas de cerveza de la nevera.

—Ha ido a ayudar a tu padre con algo de un tractor. —Le paso el bol con la mezcla de la ensalada para que lo aliñe y lo coloque en la mesa y ella que queda sosteniéndolo en alto durante un momento, examinándome al detalle.

Asiente repasándome otra vez de arriba abajo como si mi look de vaqueros ajustados, bailarinas y jersey no encajase mejor que el suyo de ir a correr cuando probablemente lleva toda la mañana tirada en la cama. Ahora que estamos solas levanto la barbilla decidida a no dejarme amilanar también por alguien de mi edad para que el lunes se entere todo el instituto.

—¿Qué?

—Nada. Que igual *el brasas* de Brais no tiene tan mal gusto. Te sientas ahí —indica dejándose caer en el asiento contiguo al que señala.

—Oye —dudo acercándome—, ¿qué dice Rita sobre mí?

Mueve la mano con desinterés a la vez que sus dos hermanos pequeños entran en la cocina muertos de la risa sin hacernos ni caso.

—Nada. Mamá tiene razón —responde soltándose el enjambre de pelo castaño claro para volver a atarlo de manera precaria—. A veces Rita dice muchas tonterías.

7. BRAIS

—¿Seguro que va todo bien?

Pues claro que no. ¿Cuándo fue la última vez que fue todo bien? Me cuesta hasta recordarlo. Probablemente cuando aún vivía mamá, pero la vida es así. Subidas y bajadas que hay que aprender a controlar y sobrellevar en los momentos de calma para poder disfrutarla.

—Que sí.

El tono es tan brusco que los dos sabemos que no es verdad. Y ese es el problema de pertenecer a una familia como la mía. La mayor parte del tiempo es estupendo. No todo el mundo tiene alguien en quien poder confiar con los ojos cerrados y yo tengo a cinco. El problema radica en momentos como el de ahora, en donde no quiero que me lean la mente por teléfono.

—Por cómo hablas no lo parece.

Con impaciencia tomo la bolsa con la comida encargada para llevar y la vuelta del pago de manos de la dependienta y salgo apresuradamente del local a la vez que chisto al aparato.

—Tú normalmente tampoco pareces tan pesado, primo. Deja las preguntitas que estoy a unos minutos de sufrir un interrogatorio.

Ignoro el gruñido de Kevin apurando el paso hasta el parking de tierra donde he dejado mi furgoneta y dejo el teléfono sobre el asiento contiguo junto con la bolsa de comida activando el altavoz mientras arranco, aunque al otro lado no se escucha más que el ruido de fondo.

No necesito que hable para saber lo que piensa, porque nos conocemos perfectamente y casi puedo ver su ceja levantada en una de esas famosas miradas que en tantos líos nos metieron de críos. Meto primera y salgo en dirección a Aselas. Abro la boca para decir algo y él se me adelanta.

—Si has cambiado de idea o no te viene bien, no pasa nada Brais. Puedo ir a casa del tío o...

—No —interrumpo molesto conmigo mismo por hacer que se sienta así.

En su edificio están a punto de comenzar unas obras que van para largo, porque tienen que hacer comprobaciones y reparaciones en todos los apartamentos, así que Kevin se muda conmigo hasta que acaben. En mi piso hay sitio de sobra y nos va a venir bien a los dos.

—Perdona, Kevin, es que está siendo una semana muy larga. Puedes quedarte en mi casa el tiempo que sea. Sabes que si vas a casa de papá te chantajeará para que seas su taxista todo el tiempo.

—Eso ya lo hace —responde agudo— y es porque soy el único que conduzco bien.

Las carcajadas de los dos son inmediatas. A Kevin le gusta demasiado pisarle al acelerador y por eso nunca es su primera opción. Ni la tercera.

—¿No ha ido bien lo del banco?

Tuerzo la boca sin darme cuenta estrujando el volante. No ha ido bien ni eso ni ninguna otra cosa a lo largo de esta semana. Antes era mi hermana la que se encargaba de discutir con los trajeados de los bancos para intentar obtener las mejores condiciones. Ahora me toca a mí, que no estoy acostumbrado ni a los productos financieros ni a la jerga ni a esperar con paciencia en una butaca hasta que alguien tenga a bien atenderme. Y menos si eso supone perder media mañana para nada cuando tengo tanta tarea pendiente.

—Ha salido como siempre. Ya sabes que a los del banco les gusta más recibir el dinero que soltarlo. Mantenemos la línea de crédito en las mismas condiciones que el trimestre pasado.

—Mejor, así Uxi se quedará más tranquila cuando se lo cuentes.

Arrugo la barbilla aprovechando que no puede verme dudando de si añadir algo más o guardármelo como hago siempre. Soy el mayor de todos y hace años que he asumido esa responsabilidad tanto con la familia como con la empresa. Y el hecho de que Kevin me lleve dos años no cambia nada.

La negociación con el banco no ha sido sencilla y han puesto un montón de condiciones nuevas y más restrictivas para mantener el tipo de interés de la línea de crédito por las que ya me preocuparé cuando llegue el momento si es preciso. Por otra parte, la llamada de advertencia Mencía de ayer todavía no se me ha salido de la cabeza. Y mucho menos su negativa tajante a quedar conmigo en persona.

—Brais... suéltalo de una vez.

—Mencía Rodríguez cree que a nuestras plantas les pasa algo, que tienen menos brotes de los que deberían para la fecha en la que estamos.

—Vale. ¿Y qué vas a hacer? —resoplo aparcando a unos metros del edificio en el que vive mi hermana y dejo caer la cabeza contra el respaldo.

—No lo sé. No tiene por qué significar nada. Puede que los nuestros estén saliendo con unos días de retraso. O que en otras fincas estén brotando más de lo normal o...

—O que tenga razón.

Contraigo la cara por respuesta y me froto la frente con la palma de la mano con brusquedad cagándome en todo para mis adentros.

—Si se puede elegir, prefiero que no la tenga—bromeo sin ganas sacando las llaves del contacto.

Claro que cualquiera de las tres opciones puede ser correctas, pero no quiero ni pensar que la buena sea la de ella porque sería añadir un nuevo problema más a la empresa y no estoy preparado para ello. Además, desde que asumimos la gestión de Kiwis Fandiño, precisamente Uxía ha implementado un montón de innovaciones para modernizar la explotación y evitar tener este tipo de problemas.

—¿Y qué vas a hacer?

—Joer, Kevin, que te lo acabo de decir: no tengo ni idea. Me ha dicho que quiere hacer varias comprobaciones más antes de marcharse esta tarde para A Coruña, así que esperaré pacientemente el veredicto mientras como con tu prima. —Recojo la comida y me llevo el teléfono a la oreja antes de salir del habitáculo—. Y tú chitón o duermes en el sofá. No quiero que el resto se preocupen antes de tiempo.

Timbro dos veces para avisar de que he llegado y entro sin esperar a que me abra desde arriba.

—Ya. Bueno. Mejor me lo explicas luego en el gimnasio.

Se me escapa un quejido subiendo las escaleras. Estoy demasiado nervioso como para esperar pacientemente por el ascensor. Necesito quemar un poco de energía.

—No cuentes conmigo. Ayer por la tarde tuve que echar a gorrazos a Rocha del salón de papá. Según él, vino a avisar de que esta tarde hay una reunión extraordinaria de la cooperativa, pero desde la cocina lo escuché haciéndole otra oferta por la Boullada.

Escucho los gruñidos de fondo de mi primo a la vez que una cerradura y al girar al otro lado del rellano veo a mi hermana apoyada contra el marco dándome con la mano.

—Qué tipo tan pesado, leche, que le has dicho veinte veces que no vamos a vender.

—Pues me da a mí que dentro de poco cae la veintiuna. Te aviso al terminar la reunión, por si da tiempo a tomar una.

Poso la bolsa con la comida sobre la mesita de centro frente al desgastado sofá, tiro la cazadora contra el sillón y guardo el móvil en los vaqueros bajo la atenta mirada de Uxía, que cada vez tiene mejor aspecto por fuera. Sus cejas se levantan interrogantes señalando el hueco a su lado del sofá para que me siente a la vez que abre los envases de cartón.

—¿Era Kevin? —asiento echándome gran parte de la zorza en mi plato—. ¿Por lo del piso? Se podía haber venido aquí, con nosotros. Hay sitio de sobra y mientras siga de baja y a Torre no le den el traslado más cerca me aburro como una ostra.

—Soy su primo favorito —bromeo pasándole las patatas—. Además de que prefiere compartir piso de solteros que tu nidito de amor, que le corta el rollo.

Me suelta un manotazo poniendo una mueca en respuesta.

—¿Qué rollo? Si sexualmente Kevin es como una ameba. —Da un buen trago a su agua entornando los párpados—. Lo primero, ¿cómo ha ido esta mañana?

Mierda. Eso significa que *alguien* se ha ido de la lengua. Probablemente mi hermanita pequeña, aunque no la culpo. Seguramente se le escapó por la insistencia de Uxía, a la que no le ha hecho mucha gracia que el resto de la familia incluyendo a su novio, hayamos decidido dejarla al margen de los problemas de la empresa hasta que no esté recuperada por completo del ataque que sufrió el año pasado porque no queremos que se preocupe.

Es demasiado cabezota para dejarlo estar y sé que va a insistir hasta que me saque algo, así que prefiero desviar la atención tras contestar con un genérico bien que no le hace ni pizca de gracia. Arruga el entrecejo, abre la boca para insistir y yo suelto el cebo.

—¿Sabes que esta tarde tengo nueva reunión de la cooperativa?

—¿Otra? Pero si la última fue hace un par de semanas...

—Ya, pero esta es extraordinaria. La ha pedido Leandro Pérez —termino resoplando y a ella se le escapa la risa.

—No te envidio.

Lógico. Leandro tiene una explotación de gran tamaño en Tui y lleva años queriendo ser el presidente de la cooperativa de kiwis a la que pertenecemos, así que aprovecha cada mínima oportunidad que tiene para intentar hacer campaña a favor suya y en contra de Rocha, lo que

significa que la reunión de esta tarde tiene pinta de batalla campal por el poder.

—¿Y qué pasa con Mencía? —Me atraganto con una patata por la sorpresa.

—¿Qué va a pasar? Nada. No seas cotilla.

—No lo soy, pero Iria me ha contado que la has visto un par de veces.

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer contra el respaldo. A diferencia del resto de mi familia, Iria es una entrometida a la que le tenía que haber tirado de las trenzas mucho más cuando era una cría deslenguada.

—No te mosquees con ella. Intenta distraerme.

—Pues que te pague Netflix y se calle un rato. Lo nuestro se terminó hace muchos años cuando me dejó y por lo que he visto estos días, no creo que haya cambiado de opinión. Ayer intenté quedar con ella usando como excusa el trabajo y...

Cruzo las manos en el aire evitando pronunciar las palabras, porque todavía me escuecen cada vez que las recuerdo. «Mejor que no, Brais. No tengo tiempo y tampoco me siento cómoda. Mejor te llamo cuando sepa algo más». Me meto media empanadilla de bacalao en la boca para dar la conversación por zanjada. Uxía asiente cabizbaja y seguimos comiendo en silencio.

El otro día en su oficina, al menos por un instante, habría jurado que todavía era capaz de encender una chispa en sus ojos chocolate. Esa que no solía compartir con mucha más gente. Está claro que me he equivocado al creer que este breve encuentro podía ser *la* oportunidad, porque ella no ha dudado en hacerme a un lado.

—Pensaba que acabaríais juntos.

—Y yo también —musito apartando el plato sobre la mesa—, pero parece que no.

Contengo un suspiro a duras penas hasta que me doy cuenta de cómo me mira, acercándose más a mí.

—¿Por qué ibas a usar de excusa el trabajo? ¿Ha pasado algo y me lo estás ocultando?

Hago uso de todo mi autocontrol para no mover ni un músculo a pesar de que me muero por rascarme el pescuezo. Ni de coña le voy a contar a mi hermana las sospechas de Mencía antes de que estemos seguros de que pasa algo de verdad. La conozco de sobra para saber que se echaría el trabajo encima cuando el médico nos lo ha dejado más que claro: tiene que descansar. Para eso necesita desconectar, que es algo que a mi hermana no se le da bien. A ninguna de las dos, en realidad. Si Uxía creyese que hay algún problema se plantaría en la finca o donde hiciese falta al momento y eso no es lo que más le conviene para recuperarse del brutal ataque que sufrió hace medio año y del que todavía se está recuperando.

Suelto la primera tontería con sentido que me viene a la boca.

—Ella es una agrónoma que ha venido para inspeccionar y asesorar sobre fincas y nosotros tenemos dos: A Boullada y Os Regueiriños. No me pareció una excusa tan mala.

—Todo un romántico. Mejor dile que se venga a casa el viernes que viene para el cumpleaños de papá.

—Se va hoy y no creo que regrese para semana santa.

Harto de esperar saco el teléfono del bolsillo interior de la cazadora y leo el mensaje de Kevin

que me pregunta si ya he terminado con la reunión. Rebufo removiéndome en el asiento y estiro mis largas piernas hasta que tropiezan con las del que está delante contestándole con un escueto «aún no ha empezado». Espero su respuesta que no llega y pocos segundos después tiro el móvil al fondo del bolsillo, molesto.

La reunión lleva más de media hora de retraso sin que nadie sepa por qué y tengo demasiadas cosas por hacer para que me hagan perder el tiempo así. Y no soy el único fastidiado con la situación a juzgar por las caras de otros de los socios que deambulan por el local que usamos para este tipo de reuniones. No es nada especial, un espacio habilitado a modo de oficina grande y semi vacía en el interior de una vieja nave a las afueras de Porriño donde no hay más mobiliario que un número suficiente de sillas y una mesa plegable.

Algunos conversan en pequeños grupos a los que no me uno. Desde que asumimos la gestión de la empresa soy yo quien viene a estas reuniones porque Uxía carece de paciencia para no pegarles cuatro gritos a la primera tontería, y por eso mismo los conozco lo suficiente como para mantenerme alejado. Estamos juntos como cooperativa porque nos necesitamos mutuamente para hacer frente común contra otros empresarios del mismo sector y así poder conseguir mejores precios y condiciones al funcionar como un gran grupo.

A cambio, no hay que olvidar que, a nivel interno y mucho más local, somos nuestra propia competencia porque todos nos dedicamos a lo mismo. Tengo la edad suficiente para haber escuchado muchas historias de ataques entre propietarios de la comarca para intentar largar a la competencia y ganar cuota de mercado. Mismamente, la insistencia de Rocha por hacerse con nuestra mejor finca también es otro modo de conseguirlo. Por eso prefiero estar aparte, para que no me puedan sonsacar información sin darme cuenta, aprovechando un descuido.

Levanto la cabeza al escuchar la puerta abrirse con un ruido seco. Las caras de Leandro y Rocha al entrar sin mirarse siquiera y con una expresión feroz me indica que el retraso es porque han empezado la guerra afuera y sin testigos. Seguramente eso significa que va a ser una reunión larga y tensa y, de pensarlo, me da pereza.

Los que están de pie se aproximan a las sillas a buen paso ocupando las que quedan libres mientras que los otros dos se sitúan frente a nosotros. Rocha lo hace al otro lado del escritorio llamando al resto de la junta directiva para que se sitúe a su lado y el otro permanece de pie a un lado con una mueca desagradable mientras el presidente da comienzo a la reunión con su discurso habitual y yo desconecto.

Sucede lo mismo en todas las reuniones. A Rocha le gusta darse bombo así que siempre hace una introducción demasiado larga e innecesaria destacando su labor como presidente. Los de mi izquierda se ponen a cuchichear y saco el móvil con aburrimiento comprobando que tengo varios mensajes en el grupo familiar y en el de la pandilla, además del de Kevin informándome de que ya le han cortado el agua en su piso.

«Coge mi llave de repuesto para llevar tus cosas al piso y luego haces una copia y la dejas en su sitio en casa de papá».

Todos hemos dejado una copia de nuestras llaves de casa en una cajita del escritorio que mi padre usa como oficina para tenerlas disponibles en caso de emergencia o asuntos así. Apenas envió el mensaje veo que mi primo me está respondiendo mientras percibo parte de las palabras del presidente de fondo.

—... Leandro quiere compartir con nosotros un percance reciente que ha sufrido en una de sus fincas...

«Para cuando llegue, el zapatero estará cerrado. Mejor te espero tomando algo con Mariño y hago las copias mañana si está abierto».

Escucho los pasos de Leandro acercándose a la mesa seguido de un ligero carraspeo y aprovecho a enviar un rápido «no seas pesado, vete a por ellas» antes de levantar la cabeza. Tiene la cara roja como si fuese a explotar y, a diferencia de Rocha, es rápido y directo.

—No he tenido un percance, si no que alguien me lo ha causado. Llevo un tiempo detectando daños en mis fincas, sobre todo en una, y en la última semana ha ido a más.

Me inclino hacia delante escuchando con atención sin darme ni cuenta. Es justo lo que necesito. Daños a fincas, lo que le preocupa al jefe de Mencía. Quizá pueda acercarme al terminar la reunión y hacerle un par de preguntas a Leandro para usarlo como excusa para contactar con ella.

Solo por si acaso, que tampoco voy a arrastrarme.

El móvil vibra otra vez y estoy a punto de ponerle un GIF ofensivo a mi primo para que se deje de tantos miramientos y tonterías cuando el ponente suelta la bomba.

—Sé perfectamente quién está detrás de estos ataques, que no son fortuitos ni chiquilladas, y que me consta que no soy el único del pueblo que los ha sufrido. —Estrujo el teléfono absorto en su expresión furibunda y descarnada que escupe con desprecio—. Ha sido Rocha, que me quiere sacar del medio como contrincante y como empresario, y seguro que está detrás de otros ataques.

«¿Qué?». Me cuesta creer que ha dicho lo que he escuchado. Esos dos hombres llevan tiempo enfrentados, pero me cuesta mucho pensar que el finolis de Pedro Rocha se haya ensuciado las manos con algo. Es más de extender cheques.

En la fila de delante está su hijo, que en muchas ocasiones se ocupa de las tareas que Rocha no quiere hacer, removiéndose incómodo en su asiento al atraer las miradas de algunos de los cooperativistas. Mario nunca ha tenido mucho espíritu. Si alguien hubiese dicho algo así de mi padre sería incapaz de quedarme quietecito en mi silla sin responder. O soltar algún porrazo.

—Pero ¿qué estás diciendo, Leandro? —replica Pedro con los ojos desorbitados—. Has perdido la cabeza.

—¿En serio? ¿Yo? —responde girándose hacia él levantando parte del labio con desprecio—. El martes me crucé con tu hijo y al llegar a la finca la valla no estaba en el sitio. ¿Eso también es casualidad? ¿Qué pintaba por allí?

A partir de ahí se desata el caos, con Rocha irguiéndose tanto como le da el cuerpo para hacerle frente soltando un par de improperios y Leandro respondiendo en el mismo tono mientras que a mi alrededor los cuchicheos han dado paso a un rumor sordo que no para de crecer con risas, exabruptos y gritos que casi no dejan seguir la discusión principal.

Al menos no ha sido una de esas reuniones aburridas en las que discuten todo sin llegar a ningún sitio.

La pantalla se ilumina en mi mano y respondo al instante:

«Vas a flipar con la que se ha montado en la reunión. Cualquier día acabamos en las noticias. Espérame en el bar y te cuento».

8. MENCÍA

Con el móvil todavía en la mano me incorporo del colchón y estiro los brazos tanto como puedo para aliviar la tensión de la espalda. Está siendo una semana dura y complicada a varios niveles, pero, por fin, una buena noticia.

Y solo ha sido necesario llegar hasta el viernes por la tarde para conseguirlo.

De pie en mi habitación de hotel empujo los brazos hacia abajo con fuerza dejando salir todo el aire de los pulmones hasta vaciarme y disfruto de la sensación de alivio y liberación después de un día muy duro de trabajo y que no ha ido tan bien como esperaba.

Mi supervisor, Enrique, ha llamado para decir que hemos cerrado cinco de los proyectos de los que me he encargado a lo largo de esta semana y que seguramente a principios de siguiente consigamos otros tantos por el seguimiento que han estado realizando con los clientes desde las oficinas. Esto traducido a un lenguaje mundano significa que ha habido varios empresarios que han firmado el contrato y que solo esos cinco ya han soltado la pasta para que arranquemos la ejecución del trabajo.

Me aparto el cabello castaño de la cara comprobando en el espejo que tengo aspecto de cansada antes de abrir la puerta corredera del armario. Debería estar contenta. He superado con más éxito del esperado una semana que estaba convencida de que iba a ser horrorosa. Saco un vestido de lana beige, ropa interior limpia y un jersey amplio y me dirijo al baño entrando en el Spotify buscando una lista de reproducción que guardo para días especiales.

Me quedo inmóvil bajo el chorro intenso del agua caliente hasta que arranca la primera canción. La lista está en modo aleatorio, así que me sorprende por la puntería. Es *Cuando los sueños se van*, de Los Suaves una canción del mismo año en que Brais y yo lo dejamos. Una canción que para mí primero significaba una cosa y después otra.

La verdad, preferiría que sonase cualquier otra canción.

Me enjabono el pelo con rabia siguiendo el ritmo del bajo con el golpeteo del talón contra la porcelana del suelo. No necesito que una estúpida canción me lo recuerde, porque desde que lo vi delante de aquella iglesia a principio de semana no he podido sacarme su tentadora sonrisa de la cabeza. Ni de los sueños.

Ha cambiado. Claro que yo también lo he hecho en todos estos años. Brais ha ganado mucho cuerpo. Sus espaldas son bastante más anchas, más parecido a la constitución que tenía su primo entonces, y también más musculado por cómo se marcaban los bíceps a través del jersey. Pero su sonrisa es la misma de entonces y el modo en que me mira como si pudiese leer en mi interior sin esfuerzo también.

Yo por fuera continúo siendo una larguirucha sin curvas algo aburrida con unos brazos tan delgados que puedo meter la mano en un brazalete y subirlo hasta debajo de la axila sin que se atasque en el codo, exactamente igual que cuando era una cría que iba al colegio.

Sin embargo, por dentro siento que soy otra. Puede que no del todo y que a veces los

viejos fantasmas vuelvan, pero al menos ahora los conozco como para dominarlos la mayor parte del tiempo. He ganado mucha confianza en mí. He trabajado duro para conseguirlo. Y aun así no es suficiente, porque me quedé paralizada cuando aquellas dos mujeres dijeron sus tonterías ante el Centro Cívico el día que llevé a Eduardo, incapaz de enfrentarme a sus comentarios ni a sus miradas.

Bajo los párpados y deslizo las manos por la cara y el cabello intentando expulsar los malos sentimientos y el cansancio con la misma facilidad que la espuma y el agua que cae hasta mis pies, pero no se puede. Es algo que estoy segura que ya me acompañará para siempre.

Salgo de la ducha menos renovada de lo que pretendía al empezarla, me enrolló en la toalla y vuelvo a reproducir la misma canción subiendo un poco más el volumen, en modo masoquista. La música tiene un poder liberador que me ha ayudado en malos momentos. Sobre todo a no pensar. Me frotó la toalla con rapidez para luego enroscarla en la cabeza y vestirme la ropa interior un poco enfadada conmigo misma. Saco el peine del neceser y paso la mano por el espejo limpiándolo del vaho para poder hacerme la raya al lado correctamente. Sin quererlo me fijo en mi reflejo y deslizo dos dedos por el costado al tatuaje que nos hicimos conteniendo un suspiro.

Enciendo el secador acompañando el estribillo de la canción en un tono más alto de lo adecuado y que espero que amortigüe el motorcito. *Y se van, y se van, y se van. ¿Qué hacer cuando los sueños se van?* Si fuese una pregunta de verdad y no parte de un estribillo, mi respuesta sería «nada». Respirar y trabajar. Con cabreo paso la canción y me apuro en terminar con el pelo antes de ponerme el vestido, luego el jersey y salir del baño a toda velocidad.

Lo que voy a hacer es bajar a la calle a que me dé el aire un rato paseando tranquilamente y encargar una cena de primera, porque estoy harta de bocadillos y hamburguesas encerrada en la oficina, y me lo he ganado.

Pateo el centro de Tui de manera errática recorriendo las calles empedradas que rodean la catedral hasta regresar al punto de partida y tras detenerme unos segundos ante la fachada antigua del hotel para luego pasarla de largo otra vez.

Me he limitado a caminar sin entrar en ningún establecimiento porque todavía faltan unos minutos para las nueve de la noche y se me hace muy temprano para cenar. Además, en la mayoría de los sitios están con el fútbol a todo volumen incluso con pantallas en la terraza y no es algo que me apetezca soportar. Necesito tranquilidad, no más ruido en la cabeza.

Meto la mano en el bolso esquivando transeúntes rebuscando en uno de los bolsillos y me felicito por no haber dejado los auriculares en la habitación. Ya no estoy de humor para más música, pero puedo continuar con el audiolibro que comencé durante el viaje mientras me doy otra vuelta disfrutando de la tranquilidad antes de rendirme y comprar otro bocata que comer a solas en la habitación.

Me sobresalto con los ladridos de un perro pequeño al que no he visto y al intentar esquivarlo choco contra alguien que me separa por los hombros. Me disculpo rápidamente del hombre para continuar con mi paseo cuando otra mano más se cierne sobre mi brazo apretándolo ligeramente.

—¿Mencía? —llama pasando la mano libre ante mi cara— ¿Estás ahí?

Alterno la vista entre ambos retirando uno de los audífonos viendo cómo Iria se despid

educadamente del desconocido que nos contempla con aburrimiento. Va perfectamente arreglada con un conjunto de dos piezas de color gris y un abrigo a juego y el cabello recogido en un moño bajo, pero cuando se vuelve hacia mí noto que también está cansada, aunque parezca tan vital como siempre.

Al fin y al cabo, es viernes y el cuerpo lo sabe, pero para mal. El mío está deseando que me rinda en la cama y descansa hasta que suene la alarma a primera hora del sábado para marcharme a A Coruña.

—Perdona, que iba a lo mío y no te he visto —le digo en cuanto regresa a mi lado.

—Como todos —responde agitando la mano despreocupada—. ¿Vas a algún lado?

Niego siguiendo su mano con la vista al darme cuenta de que estamos bloqueando una entrada de garaje de una calle estrecha.

—Estupendo —añade enganchando su brazo con el mío echando a andar—. Seguro que no te importa que nos tomemos algo, ¿verdad? Llevo un día eterno y no puedo más. Ojalá matar al que inventó los tacones incómodos. Espera, que no encuentro el móvil.

Se pasa el bolso de gran tamaño a la mano que tiene sobre mi antebrazo y rebusca con la libre hasta que da con el aparato. Se parece mucho a su hermano en todo. Demasiado para mi propósito de no pensar más en él hasta que esté lejos. Tiene esa misma seguridad en sí misma que tanto me impresionó en Brais cuando lo conocí, solo que ella es mucho más descarada y unos veinte centímetros más baja, como yo.

—Te espero en el bar —indica al teléfono. Está enviando una nota de audio y a mí se me arruga el ceño y me detengo en seco.—. Si tardas no pasa nada que tengo compañía, pero no te pases.

Tira el teléfono al fondo del bolso y me observa con un brillo divertido que me escama.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta hacer de rotonda en las aceras? —pregunta señalando a las dos personas que nos tienen que esquivar bajándose a la carretera.

—Adónde me llevas, que tienes pinta de lianta profesional.

Suelta una carcajada negando con la cabeza y reanuda la marcha.

—Ya te lo he dicho, estoy que no puedo más, así que necesito sentarme, quitarme esta tortura de los pies y desquitarme con unas patatas fritas o algo muy poco sano que merezca la pena. Me he echado toda la mañana en el juzgado con unos juicios rápidos, así que no me he podido pasar por el despacho hasta después de comer. Y para rematar me han llamado ahora para dos declaraciones seguidas ante la Guardia Civil. Una en Tomiño, pero no te puedo decir a quién porque igual lo conoces, cotilla. Estoy hasta las narices de la semana de guardia, así que no me tires de la lengua.

—No desvíes el tema, ¿a quién le has mandado ese audio, Iria?

—A una amiga mía. —Levanto la ceja desconfiando porque lo ha dicho demasiado rápido—. Que sí, que es a mi amiga Sara Dapena. Vive cerca, en Sobrada, pero es un poco tardona. No sé si la conoces, porque es de mi edad, pero cuando tú venías por casa ella y yo aún no éramos tan amigas.

Asiento dejándome llevar y para cuando me quiero dar cuenta estamos en la entrada de un bar con pinta de tasca en una bocacalle menos transitada y por la que no he pasado en mi caminata. Tiene varias mesas metálicas en la calle, una pizarra a un lado de la puerta con el

listado de las tapas y bocadillos disponibles y en el interior se escucha un ambiente animado con el fútbol de fondo.

Con la nariz arrugada, Iria tira el bolsazo en una de las sillas vacías y se deja caer con gracia en la contigua.

—No tienes frío, ¿verdad? Es que después de todo el día encerrada entre juzgado, despacho, coche y cuartel prefiero quedarme aquí afuera. —Asiento sentándome enfrente y ella saca una agenda gordita del bolso—. Dos minutos y aparco el trabajo.

Aprovecho para pedir las consumiciones en la barra y sacarlas para darle tiempo a que anote esas citas pendientes, aunque continúa con el móvil y la agenda cuando dejo la cerveza ante ella.

—Oye, ¿cómo te ha ido con lo de mi hermano?

—Eso no es asunto tuyo —respondo tensa para vaciar medio vaso de un trago. Ella levanta la vista con extrañeza y le sostengo la mirada porque no pienso tener ese tipo de conversación con nadie y menos con una Fandiño. Iria se cruza de brazos tirándose contra el respaldo de la silla sin quitarme el ojo de encima.

—Mira, todo lo que tenga que ver con mi familia es asunto mío. Sobre todo, lo que pase con mis hermanos mayores y con mi primo, que se han ocupado tanto de Xian y de mí que muchas veces han descuidado lo suyo. Puede que yo no esté en nómina de la empresa, pero me encargo de muchos de sus asuntos legales y de las reuniones aburridas con banqueros y temas así que no me gustan *nada*. —Da un trago largo al botellín y se lleva una mano al pelo para soltarse el recogido de un tirón poniendo cara de alivio—. Si está pasando algo quiero saberlo.

Parpadeo tres veces seguidas con incredulidad sintiendo cómo la vergüenza me sube por las mejillas al darme cuenta de la confusión. «Soy idiota». Una idiota de remate que acaba de quedar en evidencia por no ser capaz de exorcizarse del recuerdo de su ex de hace mil años. «Tranquila, Mencía, tranquila». Inspiro lentamente clavando una uña en la yema de la mano contraria bajo la mesa para llamarme al orden y encontrar algo que decir, pero ella se me adelanta.

—Si no te sientes cómoda no pasa nada, se lo preguntaré a él mañana tras la comida familiar. Es solo que estoy preocupada porque ya era demasiado trabajo cuando lo hacían entre dos y ya conoces a Brais: no sabe pedir ayuda.

Boqueo un par de veces, asiento me llevo de nuevo el vaso a la boca sin saber qué responder. Al parecer, Brais no ha compartido nada de mis sospechas con ella y no creo que me corresponda a mí hacerlo. Profesionalmente, no, al menos. El sonido de su teléfono en el interior del bolso nos sorprende a las dos.

—¿Cuál es la excusa esta vez, Sariña? Si no es buena pido ya la cena y cuando llegues te fastidias —bromea con una sonrisa que se va encogiendo según hablan al otro lado— Pero si va a ver el fútbol, tía. Vienes un rato y luego vuelves, que seguro que llegas antes que él y así no te echas toda la tarde sola en casa esperando.

Aprieta los labios un par de veces pasándose dos dedos por la sien de manera repetitiva con una expresión mucho más seria de la habitual. Me mira de reajo componiendo una mueca y tras despedirse con voz grave tira el teléfono contra la agenda con desgana.

—Mi amiga al final no viene. Si quieres echa un vistazo a la carta y pedimos, pero zorza no, que por la noche me sienta mal.

Se queda callada con el índice tamborileando contra la carcasa del teléfono sin prestarme más atención y me siento incómoda con la situación. No somos amigas. Hasta esta semana llevaba prácticamente quince años sin cruzar palabra con ella, aunque cuando éramos adolescentes me caía bien, aunque era una cría. Y tampoco ha quedado conmigo. Nos hemos cruzado de casualidad, me ha invitado a unirme y su plan le ha dado plantón.

—No hace falta. Puedo pedir algo para llevar y comerlo en mi habitación.

—¿Por qué? —pregunta enderezándose—. ¿Te está esperando un tío bueno? Que tampoco es que el novio de Sara esté muy bueno y desde luego que si hay alguien esperandolo es ella. Uxía tiene razón al decir que es medio idiota. Entonces, ¿has quedado o no?

—Con Netflix en media hora.

Arruga la nariz de manera graciosa y me palmea el antebrazo para después hacerle una seña al camarero.

—Mejor te quedas conmigo y nos ponemos al día porque también ha quedado conmigo. Me estoy viendo una serie de abogados malísima donde no dan una a nivel legal pero el prota está buenísimo.

Durante un buen rato no hace otra cosa que divagar sobre la serie, todos los fallos que ha detectado, incluyendo la escasez de abogados mazas en su vida real y solo se interrumpe para obligarme a elegir la mitad de las tapas que vamos a cenar. Tengo frío en las piernas porque la temperatura ha seguido bajando y no tengo medias, y me duelen las mejillas de tanta sonrisa.

Iria Fandiño es divertida, descarada e inteligente. También un poco lianta. La imagen frívola y despreocupada que da a primera vista queda totalmente en entredicho cada vez que nombra a su familia. Y ha conseguido que me atragante dos veces de la risa durante la cena sin apenas esfuerzo con sus tonterías.

Aprovecho para ir al baño mientras esperamos por los cafés y me la encuentro con el teléfono pegado a la oreja y muerta de la risa revolviendo su café con leche. Sus ojos brillan entusiasmados inclinándose sobre la mesa hacia mí.

—Tía, ¿cómo no me lo habías contado? —pregunta en tono quedo señalando para su pantalla—. Es la monda. Y tú dejando que te cuente chorradas de la tele. Es para matarte, Mencía.

No tengo ni idea de lo que habla así que espero a que se explique, pero en vez de eso me guiña uno de sus ojos color miel y vuelve a colocarse el teléfono en la oreja. En vez de protestar me agarro a la parte baja del asiento porque sus ojos son tan parecidos a los de su hermano que me acaba de venir a la mente una imagen de Brais guiñándome el ojo de manera seductora invitándome a subir a su moto cuando la recuperó después de un castigo de dos semanas por haber suspendido *no-sé-cuántas*.

Se parecen demasiado para mi propio bien. Debería tomarme el café de un trago y largarme, pero no lo hago. Meto la cucharilla y revuelvo unas cinco veces antes de darme cuenta de que no he vaciado el sobrecito de sacarina ganándome otra mirada burlona de la abogada.

Intentando parecer despreocupada me paso los dedos por el cabello corto para que recupere la forma esperando a que desvele el misterio y deje de reírse. Deja el aparato a un lado de la taza con la risilla bailando en su cara y me apunta con la barbilla.

—¿Qué?

—Eso digo yo, guapa. ¿Qué?

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—De la bronca en la reunión de la cooperativa. ¿De qué voy a hablar? Es buenísimo. Mi hermano dice que casi llegan a las manos. Cualquier día me los encuentro en el juzgado a esos maleantes.

Entrecierro los ojos intentando encontrar el significado o la relación de eso conmigo. O el motivo por el que cree que eso significa algo para mí. Cae en la cuenta abriendo los ojos como platos.

—¿Mi hermano no te ha dicho nada? —Deja los ojos en blanco añadiendo—. ¿Ves como a veces es medio «medio»? Resulta que el presidente, que es un pesado, y otro que es firme oposición porque también quiere ser presidente, y que es otro pesado de cuidado, han montado un espectáculo en directo para todos los cooperativistas presentes.

Arrastra la silla hasta pegarse más a mí y echa un vistazo alrededor que probablemente llega un poco tarde.

—Resulta que Leandro, el que quiere ser presidente, afirma que lleva un tiempo sufriendo daños en la finca y convence a Rocha, el presidente, para que convoque una reunión de urgencia por si hay más afectados. Y de repente suelta la bomba —se cubre medio rostro con el pelo acercándose más a mí en un tono poco más alto que un susurro— asegurando que detrás de esos daños están Rocha y su hijo, que no es muy avisado. Que el padre ha usado al hijo para intentar sacarlo de la cooperativa por medios poco legales, dice. Me parto.

Se deja caer contra el respaldo de la silla y se lleva la taza a los labios, pero no puede dar un trago porque se le escapa una carcajada.

—Al parecer, se han enganchado por la pechera de la camisa en un rifirrafe en el que han saltado por los aires varios botones, han tenido que separarlos y Rocha ha dado por terminada la reunión descamisado luciendo camiseta abanderado y pecho lobo con lo estirado que va siempre. ¡Ojalá Brais lo hubiera grabado!

Suelta un par de carcajadas más y teclea algo a toda velocidad en su móvil y yo echo mano al pocillo del café dándole vueltas a lo que ha contado, porque esa puede ser en parte una explicación a los daños de algunos de nuestros clientes. No que sea el presidente de la cooperativa porque los afectados se dedican a diferentes tipos de cultivos, pero sí que sea alguien de su sector que los quiera sacar del mercado, aunque me parece muy arriesgado.

He repasado un gran número de expedientes y los daños son muy variados. Algunas de las fincas han sufrido daños reiterados en los últimos meses y que en conjunto acaban suponiendo un gran desembolso para la aseguradora mientras que los de otras son hechos aislados que encajan con la opinión de Brais y Eduardo, que apuntan más a actos puntuales de chavales que se dejan llevar que a vandalismo o a un intento de estafa.

Lo que no comprendo es por qué Brais no me ha avisado. Sabe que mi jefe está empeñado en saber por qué el departamento de seguros ha recibido tantas reclamaciones de esta zona en los últimos tiempos. Y acordamos que le ayudaría con sus dudas sobre la sustitución del modelo X890 de riego a cambio de que me mantuviese al día con esto.

Iria sacude su mano cerca de mi rostro sacándome de mis pensamientos y me paso una mano por la frente al darme cuenta que he arrugado el entrecejo. Doy un último sorbo al café ya frío antes de preguntar:

—¿Qué daños? El que no es presidente, ¿qué es lo que le ha pasado en su finca?

—¿Por qué? ¿Es tu cliente? No pienses a estas horas en trabajo que me hundes la moral. Un viernes a las diez de la noche es momento para tomar unas copas y pasarlo bien y no seguir con lo de toda la semana. A veces hay que desconectar.

—Ya, pero yo estoy aquí solo esta semana para trabajar.

Suelta un suspiro muy exagerado que me saca una sonrisa.

—De acuerdo, pero tampoco te lo tomes muy en serio. Seguro que ha sido una tontería de una marca fuera del sitio, una reja un poco doblada o un abollón en el portal y lo ha intentado usar para hacer el lío porque está muy ardidado por no ser presidente.

Hace un gesto al camarero para que traiga la cuenta que pagamos a medias tras una pequeña discusión y agradezco que nos pongamos a andar para recuperar parte del calor en las piernas, aunque sin prestar demasiada atención de hacia dónde me lleva. Apenas escucho lo que me explica detenidas ante un paso de cebra hasta que me propina un suave codazo.

—Suéltalo de una vez, anda.

—¿Podría hablar con ese tal Leandro para que me explicase lo que le ha pasado en la finca?

—Seguro —replica tirando por mi codo para cruzar la calle—, aunque no entiendo para qué...

—Ya se lo dije a Brais el otro día. Mi jefe está interesado en unos casos de daños en esta zona y podría estar relacionado.

—¿Y mi hermano no te ha dicho nada?

Niego con la cabeza adoptando una expresión completamente neutra a su intenso escrutinio. Como si me diese exactamente igual. Como si no llevase la última media hora sin dejar de pensar en eso. Iria me observa fijamente echando de un manotazo su cabello largo tras la espalda y chasquea la lengua antes de señalar un local que queda a unos metros de mi hotel.

Nos acercamos a la barra a pedir un par de cervezas y en cuanto pago desaparece sin avisar, pero la veo conversando al teléfono caminando de un lado al otro de la estrecha acera sin rumbo. Sin nada mejor que hacer repaso el interior del local lleno de gente, con decoración de madera y cuero sentada en un taburete que ha quedado libre en una esquina de la barra hasta que regresa.

—Venga, apañado —dice aplaudiéndose a sí misma para luego dar un largo trago a la bebida—. Me debes una birra.

—Esta la he pagado yo.

—Pues otra —interrumpe satisfecha consigo misma—. Mañana sábado a las diez, cita con Leandro Pérez para que os suelte una buena chapa. Vas a flipar.

—¿Os? ¿En plural?

Asiente con el botellín entre los labios saludando a uno que pasa por detrás.

—¿Podrías venir tú conmigo?

—Ni de coña. A las nueve tengo que estar en el juzgado por la VIOGEN de hoy. Además de que yo no entiendo de esas cosas. —Levanta los hombros dando un trago largo y le pide otra

ronda al camarero—. Te acompañaré mi padre o Brais.

Perfecto. Voy a tener que verlo hasta el último momento y hacer el trayecto de regreso al norte de los nervios. Me maldigo internamente por no haber cerrado la boca por una vez. Si fuese algo importante, Brais me hubiese avisado porque es en lo que habíamos quedado, pero he tenido que hablar para meterme yo solita en la boca del lobo.

Iria conversa con el camarero de manera distendida durante más rato del necesario y paga las nuevas consumiciones a pesar de lo que me acaba de decir.

—¿Y tu hermana Uxía?

Lo pregunto como una última alternativa, porque está claro que quien va a aparecer por allí es Brais y si tengo un poco de suerte lo acompañaré Eduardo para no tener que estar a solas con él más tiempo del necesario, que es cero. Sé que Uxía sigue de baja médica, pero Brais me ha dicho que está bien. Además, siempre ha sido una persona muy activa y esto no es propiamente trabajar. Es solo una reunión informal.

En cambio, Iria entiende la pregunta de otra manera y su respuesta me impacta de lleno como un sartenazo.

—Bueno, ... bien dentro de lo que cabe. El fisio dice que la rehabilitación va bien, así que eso es bueno. El problema es que la semana que viene va a tener que ir al juzgado a prestar declaración y eso la tiene de los nervios porque dice que es como revivirlo de nuevo. Torre, su novio, nos ha contado que le han vuelto los terrores nocturnos. Me jode mucho ver a mi hermana así.

Se le arruga la frente al soltar un exabrupto y yo trago saliva con esfuerzo sintiéndome terriblemente egoísta por mis pensamientos. Iria me estruja la mano de manera afectuosa con los ojos brillantes.

—Gracias por preocuparte. Ha sido muy duro para todos, pero mi hermana es la persona más fuerte que conozco. Mañana vendrá a comer a casa. Pásate al acabar la reunión, que estará encantada de verte.

Imposto una sonrisa y me bajo la mitad de la caña sin añadir una palabra con un hormigueo extraño recorriéndome la espalda sintiéndome como una hipócrita interesada y llego hasta el siete contando para controlar los nervios apretando el vaso de cristal con ambas manos. Al menos, es algo en lo que tengo mucha práctica acumulada a lo largo de los años.

Una parte de mí no para de repetir que lo correcto es visitar a Uxía y pasar un tiempo con ella. Hace años fuimos casi amigas y cuando vi por la televisión todo lo que había sucedido en mi antigua parroquia, entre mis vecinos, y las graves lesiones que había sufrido, más de una vez he sentido el impulso de llamar para preguntar por su estado. Y lo que me impidió hacerlo hace cuatro meses es lo mismo que ahora me grita que salga corriendo una vez acabe la reunión sin mirar atrás.

Hace muchos años los Fandiño fueron mucho más que mi familia. Esa cocina, esa casa, fue durante mucho tiempo uno de los pocos sitios donde sentía que podía ser yo misma sin que pasase nada. Estar en ese cuarto el otro día tomando un descafeinado con Eduardo conversando como si nada fue duro al juntarse los nervios por el encontronazo con aquellas dos mujeres y una miríada de recuerdos que llevo años reprimiendo.

No me quiero ni imaginar cómo sería estar allí nuevamente rodeada de todos ellos para luego marcharme antes de que comience su habitual comida familiar de los sábados sabiendo que

acabaré comiendo sola en cualquier bar de carretera. O en mi piso con suerte, si es que acabamos temprano.

En cualquier caso, yo sola.

Como siempre desde que me fui a estudiar fuera con dieciocho. Cualquiera diría que después de casi catorce años ya tendría que estar más que acostumbrada. Y cualquier otra semana hubiese dicho que sí, pero este maldito viaje lo está removiendo todo, así que remuevo la cabeza con un gesto ambiguo y sigo bebiendo mi cerveza.

9. MENCÍA

El lento traqueteo de la furgoneta por la pista del monte no me está ayudando nada. Estoy de los nervios. Llevo más de quince minutos encerrada en esa furgoneta con Brais Fandiño al volante y si supiera cómo hacer para regresar sola hasta mi coche de alquiler no dudaría en tirarme en marcha. Total, vamos tan lento que sería imposible hacerme daño. En cambio, en vez de eso, fijo las manos en las rodillas y tuerzo el cuello hacia la ventanilla buscando aislarme todo lo posible en un espacio tan reducido hasta que lleguemos a la explotación de kiwis que Leandro Pérez tiene en Tui.

La radio emite un par de ruidos molestos antes de volver a perder la frecuencia al atravesar una zona más boscosa y, al empinarse la subida, Brais cambia la marcha dejando la mano sobre la palanca. Está tarareando la canción que ha quedado a medias y cuando su codo me roza la pierna al pillar un bache meto un respingo cerrando los párpados.

—Perdona, es que este camino está fatal, lleno de baches, hojarasca y piedras. Menos mal que esta furgoneta puede con todo —afirma palmeando el volante, como si se sintiese orgulloso—. Y como hasta que no se acerca el...

—¿Por qué no me avisaste? —lo interrumpo sin mirarle.

No quiero que me dé conversación trivial ni que finjamos ser algo que no somos. Tampoco entiendo por qué se ha empeñado tanto en acompañarme si está tan ocupado cuando Eduardo estaba a punto de subirse a mi coche, que finalmente se ha quedado aparcado al otro lado de la carretera frente a la casa familiar de los Fandiño.

—¿Del bache? —bromea sin quitar la vista de la pista—. Estamos en el monte, canija, ya sabes cómo es.

Se me seca la boca al escucharlo llamarme así. *Canija*. Ya no tiene derecho a hacerlo. No me doy cuenta de que me he clavado una uña en la rodilla hasta que me duele en respuesta a cómo me hace sentir y me enfado tanto con él como conmigo misma. Todo mi cuerpo se ha puesto en alerta con un molesto hormigueo que me recorre la parte baja de la espalda en señal de advertencia, recordándome el peligro, mientras que él sigue conduciendo como si nada.

Me dirige una mirada de medio lado seguida de una de sus sonrisitas y se me acaba el control.

—Sabes que no me refiero a eso, sino a lo que te enteraste ayer en la reunión. Acordamos que me avisarías de *cualquier* cosa que te enterases a cambio de mi ayuda.

—Era un poco tarde y no me pareció tan importante como para molestarte a esas horas. Y sí que te he avisado. Al salir de la reunión te envié un email antes de contarle nada a Iria.

—¿Un email de los que nunca llegan? —bufo sin poder evitarlo—. Sigues mintiendo de pena.

—Es uno programado que te llegará el lunes a las ocho de la mañana. —Rebusca en el

bolsillo, saca el teléfono y lo posa sobre mi muslo que se estremece al sentirlo a través del pantalón de tela—. Toma, échale un vistazo por si se me ha olvidado contarte algún detalle antes de subir al coche cuando no paraste de quejarte.

Abro la boca para contestar, pero al llegar a un cruce perpendicular con otra pista me distraigo cuando tuerce a la izquierda hasta incorporarnos a un tramo asfaltado donde solo hay bosque y alguna casa desperdigada, pero ni rastro de la plantación. Echo un vistazo alrededor sin éxito, nos hemos alejado demasiado de la zona.

—¿Dónde me estás llevando, Brais? Porque las plantaciones están en otra dirección.

—A la casa de Leandro, vive un poco más arriba —indica señalando algún punto entre los árboles—. Ha insistido en vernos allí. Tienes que saber que es desconfiado, gruñón y un poco peculiar. Y sobre lo otro... Si no te avisé al salir de la reunión fue porque pensaba que estarías descansando después de una semana sin parar de trabajar, y más si ibas a salir temprano para A Coruña para evitar la tormenta.

Tiene razón. Es lo que hubiese hecho de no haberme chocado con su hermana la tarde anterior. La previsión del tiempo no es buena y el cielo está completamente encapotado y gris a estas alturas. No me gusta demasiado conducir y menos si cae un diluvio, pero me las tendré que apañar. Lo único que espero es que el tiempo nos dé el margen necesario para revisar la finca de ser necesario.

—Además —continúa—, no me pareció importante. La compañía de seguros de Leandro es la misma que la nuestra, así que no es una de vuestras reclamaciones.

—Entendido —asiento escondiendo las manos en los bolsillos de la trenca—, pero puede estar relacionado. Han podido ser las mismas personas.

Detiene la furgoneta a un lado de la carretera ante una casa de aspecto tradicional de piedra de un tamaño similar a la de los Fandiño pitando dos veces. Me apresuro a buscar la manilla de la puerta con la mano libre para poder coger distancia, pero me atrapa el codo con suavidad.

—Puede, pero no lo creo. Hasta la reunión no había escuchado nada sobre problemas en su finca. La comunidad de los kiwis es pequeña y Leandro tiene la boca muy grande.

—¿Crees que se lo ha inventado? —Se rasca la nuca con fuerza alborotando sus cabellos castaños— Ha acusado a otro hombre en público, Brais.

Sus ojos suben y bajan por mi cara, deteniéndose en cada punto lo suficiente como para que la temperatura suba un par de grados. Necesito bajarme ya y que deje de hacerme sentir así, pero el portal de la casa se abre con estrépito y al otro lado de la ventanilla un hombre de unos cincuenta años y cabello grisáceo nos hace un gesto con la mano para que guarde el coche en el interior.

—No digo que se lo haya inventado todo. Tenemos fincas grandes, daños siempre hay —chista en voz baja metiendo primera—, pero lo conozco y creo que está intentando matar dos pájaros de un tiro en esta lucha que tienen los dos por la presidencia.

Me suelta el brazo para sacar la llave del contacto y lo imito rápidamente intentando no pensar demasiado en el hormigueo que se me ha quedado. A una indicación del otro, Brais cierra el portal con esfuerzo y seguimos al hombre por el interior de la vivienda hasta una pequeña salita de la planta de abajo.

—¿Te parece si empezamos, Leandro, para ver si terminamos antes de que caiga el chaparrón? —indica sentándose de primero en una de las sillas de madera—. Ella es Mencía Rodríguez, la amiga de la que te hablé.

—La experta que quiere hacer preguntas —replica echándome un largo vistazo sobre el hombro acomodándose a su lado para acabar aceptando mi mano extendida con desconfianza y volverse hacia él como si la conversación no fuese conmigo—. A decir verdad, me sorprendió un poco tu llamada. Espero que esto no sea cosa de ese cretino, porque todavía puedo meterle otra piña.

La mano de Brais se detiene crispada a medio camino bajando la cremallera de la cazadora y recuerdo lo que me ha dicho sobre el anfitrión.

—En realidad, ha sido cosa mía —intervengo tranquilamente antes de que conteste—. El departamento de seguros de la empresa para la que trabajo ha recibido un número sorprendentemente elevado de reclamaciones por daños en esta provincia y me preguntaba si lo que le ha sucedido puede estar relacionado de algún modo con nuestros casos.

—¿Trabajas con seguros? —pregunta receloso y me apresuro a negar a la vez que Brais—. ¿Entonces?

—Es una empresa grande que opera en toda España prestando distintos servicios: seguros agropecuarios, poda en altura, mantenimiento y conservación de parques y jardines, ... Yo me dedico a ofrecer soluciones a agricultores y ganaderos para que sus explotaciones sean más rentables.

Leandro golpea con el ancho pulgar un par de veces contra el tapete de ganchillo mirando de soslayo hacia Brais que le hace un gesto para que continúe. Por un momento me da la impresión de que va a protestar o a preguntar algo, pero en vez de eso asiente y yo aprovecho para meter la mano el bolso para sacar un cuaderno sonriendo.

—¿Qué daños ha sufrido en su finca últimamente? —pregunto abriendo la libreta.

No lo quiero presionar, sobre todo después de lo que me ha dicho Brais en el coche sobre su carácter peculiar, pero pasa un buen rato sin que Leandro abra la boca y no comprendo qué pasa, porque sabe que hemos venido para esto.

—Leandro, que como nos pille la tormenta nos vas a tener que dar hasta la cena —bromea rompiendo el hielo.

—Si has cambiado de idea no pasa nada —añado.

—No es eso. Es que no sé qué decirte en concreto— indica llevándose una mano a la frente—. La valla ha sufrido daños varias veces, con rotos y tierra escarbada, piedras grandes dentro de la finca sin motivos, algunas plantas dañadas..., pero sobre todo es una sensación.

Asiento lentamente a cada una de sus palabras recordando mi recorrido por la Boullada. Es algo muy similar a lo que vi aquel día.

—No me fastidies, Leandro —replica Brais chasqueando la lengua—, porque eso no es nada raro, joder. No puedes acusar a Rocha o a su hijo en medio de una reunión por cosas que nos suceden en las fincas continuamente solo por vuestras diferencias.

—¿Que no puedo? —Golpea la mesa con fuerza con la cara contraída—. Me crucé con su hijo en el cruce de debajo de mi finca. ¿Qué hacía Mario ahí? Yo te lo voy a decir: al llegar la reja de entrada estaba atrancada. Otra vez. Y hacía solo dos semanas que la había arreglado.

Ponte de su lado si es lo que quieres, pero a mí no me van a callar.

Se sostienen las miradas durante unos segundos y me fijo en la manera en que el palpita una vena en la frente a nuestro anfitrión, que parece a punto de ponerse a soltar cuatro gritos para sacarnos de allí. Estiro el pie por debajo de la mesa y le propino una patada a Brais que se voltea sorprendido y aprovecho para intervenir:

—¿A qué se refiere con lo de la sensación?

Entrecierra los párpados sin contestar y su pulgar vuelve a golpear el mantelito en el mismo lugar. «Mierda, Brais, deja de fastidiarla».

—¿Tú crees en las casualidades? —me pregunta a bocajarro.

—No.

—Ni yo. —Se inclina hacia mí dejando al otro fuera de su vista y de la conversación—. En los dos últimos meses he tenido problemas con los suministros, con los pedidos, con los del abono y con más cosas que no quiero contar por si se lo vais a decir al otro. Sé lo que sé, y como no creo en las casualidades aquí tiene que haber algo o *alguien* detrás.

Anoto sus palabras observándolo de refilón con Brais arrastrando la silla soltando una imprecación por lo bajo frotándose la frente hasta despeinarse por completo sin dejar de negar con la cabeza.

—¿En serio crees que Rocha ha podido hacer algo así? ¿Y para qué? Sabes que la cooperativa es su vida y debilitar a las mejores explotaciones la haría menos competitiva frente a otras y precisamente eso no es lo que quiere. No creo que sea una conspiración para acabar contigo, Leandro. A veces las cosas solo son lo que parecen. Alguien se ha equivocado un par de veces con los pedidos, ¿y qué? Todos cometemos errores.

—¿Tantos? Me cuesta creerlo.

—Pues a mí me cuesta más aceptar que uno de los nuestros sea capaz de hacer algo así cuando todos sabemos lo duro que es tirar del negocio para arriba. Puede que Rocha no sea santo de mi devoción, pero tampoco le creo capaz de algo así.

—¿Y entonces quién? ¿Me vas a decir que los de la agropecuaria se han confundido y me han lanzado una piedra así de grande en vez del saco de fertilizante?

—¡Eso es cosa de los chavales, hombre! Pasa en todos lados. No sé tú, pero yo también he sido joven y me he colado en las fincas de mi zona más de una vez.

Sus ojos castaños buscan los míos durante una fracción de segundo que es más que suficiente para dejarme sin aire, continuando el rifirrafe de palabras que apenas puedo seguir.

Porque yo también he sido uno de esos jóvenes. Yo también me he colado en una finca escondidas. Con él. Por la noche. La misma en que perdí la virginidad y me sentí tan feliz que supe que tarde o temprano lo iba a pagar caro, pero que en el momento me dio igual.

Y tan caro que lo he pagado. Un corazón roto e inservible durante casi quince años.

Por un momento al ver a Brais de perfil discutiendo con Leandro me parece ver al chico joven del que me enamoré perdidamente. El mismo perfil duro de barbilla prominente, pómulos marcados y esos labios tensos que están a punto de soltar cualquier burrada y quitarme toda posibilidad de sacar algo en claro de la reunión.

Aprieto el bolígrafo con ganas inspirando hondo hasta centrarme de nuevo y una idea

toma forma en mi cabeza. Todo lo que ese hombre ha relatado concuerda demasiado bien con lo sucedido en Kiwis Fandiño. Es tan igual que Brais no se ha sorprendido por nada de lo que ha dicho, sino que lo tiene completamente normalizado. Y son muy diferentes a los de nuestros clientes, donde la mayoría de daños los ha sufrido la maquinaria agrícola, sobre todo la de recogida.

No tengo ni idea de lo último que se han dicho, pero uno tiene la cara roja y el otro el pelo hecho un completo desastre. Cierro el puño sobre el bolígrafo reprimiendo las ganas de arreglárselo y me vuelvo hacia el otro hombre.

—Disculpe, Leandro, pero tengo otra pregunta. Además de los daños que nos ha dicho antes, ¿ha tenido alguno más?

—¿Pero te parecen pocos? —La vena de la frente parece a punto de reventar—. ¿Sabes todo el dinero que me cuesta?

—No, desde luego que no. Se lo preguntaba porque algunos de nuestros clientes han reclamado daños en las máquinas y aparatos.

Boquea ligeramente bajando la mano despacio hasta posarla cerca de mi libreta negando con el ceño fruncido.

—Creo que no, pero acabas de preocuparme, muchacha. Lo comprobaré en cuanto se calme el tiempo y le aviso. Más vale que no, porque eso sería un dineral.

Un par de frases más y nos levantamos casi al unísono para dirigirnos al garaje. En cuanto dejamos atrás la salita y entramos en el amplio espacio escucho el ruido de la lluvia cayendo con fuerza y las ramas de los árboles sacudidas por el viento. Me cuesta un esfuerzo no poner los ojos en blanco ante mi buena suerte.

Brais entra en la furgoneta para arrancarla y yo ayudo a Leandro a abrir el portal de metal que cuesta mover debido al viento. Me echo a un lado para que Brais salga con facilidad y una ráfaga de viento me empapa la cara. Me paso la mano por la cara para limpiarla y siento un nuevo chispazo que me hace preguntar:

—Otra cosa más, Leandro —me acerco ayudándole a cerrarlo antes de salir—. ¿Ha tenido algún problema con el sistema de riego hidropónico?

—Yo no tengo sistemas de esos. El mío es como yo de viejo y no me ha dado ni un problema en veinte años. Yo no confío en esos modernismos.

—Pues gracias —me despido extendiendo la mano—, y perdone las molestias.

—Trátame de tú, mujer —responde sin soltarme la mano observándome atentamente con sus agudos ojos de oso—. Y yo también voy a preguntar por ahí por si me entero de más gente. Y sistemas de riego tan modernos tienen fijo los de Hermanos Correa aquí en Tui, los de Kiwis do Louro en la finca de Porriño y —apunta con la barbilla tras mi espalda— los Fandiño en la Boullada. Que yo sepa, tienen el mismo. Otros también dijeron que estaban interesados, pero es un desembolso caro y no sé si los llegaron a instalar.

—Gracias de nuevo. Intentaré ponerme en contacto con ellos.

Encoje los hombros con desinterés hundiendo el pasador en el cemento para asegurar la otra hoja metálica esperando a que salga.

—Ya me enteraré yo de lo que está pasando —rezonga por lo bajo cerrando el portal como despedida.

Entro velozmente en la furgoneta y con el bolso en las rodillas me apresuro a localizar mi teléfono para anotar los nombres de las empresas que me ha indicado Leandro por si pudieran ser de utilidad.

—Si quieres llamar a alguien espera a que lleguemos más abajo que por aquí cuando hay mal tiempo falla la cobertura.

—No es eso —replico tecleando—. Es para no olvidarme de una cosa que me ha dicho.

Asintiendo Brais pasa un trapo por la luna delantera cubierta de vaho con cara seria y durante un momento no se escucha más ruido que el de la lluvia y los limpiaparabrisas de fondo hasta que mete primera y avanza por el camino conduciendo despacio.

—¿Crees que te ha servido para algo la visita?

Me encojo de hombros comprobando que tiene razón con la falta de cobertura deslizando el teléfono al bolsillo de la parka y el bolso contra mis pies. Leandro me ha parecido un tipo peculiar, pero sincero y nuestra conversación me ha dejado más preguntas que respuestas. Algunas cosas que nos ha contado coinciden con las de nuestros clientes, pero no todas. El problema es que otras coinciden con las que he visto y oído en la Boullada y aunque no soy capaz de darle forma todavía, la sensación que me deja no me gusta nada.

—Puede.

—Suéltalo, Mencía. Puedo escuchar tu cerebro trabajando desde aquí.

Tuerzo el cuello para ver cómo disimula una sonrisa con la vista fija en la pista de tierra llena de charcos.

—Tú lo conoces mejor que yo. ¿Qué te ha parecido a ti?

—Que está obsesionado con Rocha y con la Cooperativa y eso le hace ver fantasmas donde no los hay.

—¿Y si tiene razón?

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido negando con la cabeza.

—Creo que Rocha es muchas cosas, pero eso que ha insinuado no.

—No me refería a... Olvídate de su inquina por ese hombre por ser presidente de la cooperativa. Al parecer él también ha sufrido daños y problemas con los pedidos para la empresa. Como algunos de nuestros asegurados.

—Ya. Y como todo el mundo que se dedique a este tipo de negocio.

—Sí, pero tantas juntas en tan poco tiempo dan qué pensar. Estoy de acuerdo con él conque es demasiada casualidad.

—¿Qué intentas decir, que alguien le está haciendo esto a propósito?

Pues sí. Un paquete perdido o un pedido anulado puede ser casualidad, incluso dos, pero todo este despropósito no, aunque Eduardo diga que el sobrino del tendero es un inútil redomado. Al menos en mi experiencia, que es mucha en tantos años de trabajo. Aquí está pasando algo raro, algo que no sé ver y que cada vez me escama más. Y eso que cuando mi supervisor me encargó que investigase un poco me pareció absurdo.

El frenazo me sobresalta y por la expresión seria de Brais me doy cuenta que debo llevar un rato ensimismada. Extiende una mano grande y firme hacia mi mejilla y respondo en

automático.

—En realidad, creo que os lo está, o están, haciendo a los dos.

La mano se detiene a apenas unos centímetros y me trago un suspiro que es una mezcla entre alivio y frustración. «Céntrate, Mencía, que íbamos muy bien y ya nos vamos hoy». Con la punta del índice me retira un mechón húmedo de la mejilla con más lentitud de la necesaria con esos ojos color miel centelleando contra los míos.

—Mencía....

—¿Conoces Hermanos Correa o Kiwis do Louro? —interrumpo para cambiar la conversación apartándome de su mano. Brais asiente achicando los ojos—. ¿Quedan lejos de aquí?

—¿Por qué?

Por un momento parece más enfadado por esto que por lo que le acabo de decir. Quizá no se lleve bien con ellos o quizá se esté conteniendo, aunque si es eso no le sale muy bien.

—Tienen un sistema de riego hidropónico, aunque no sé si es el mismo modelo. Me gustaría hacerles unas preguntas y echar una visual a sus fincas.

—¿Pero tú has visto el tiempo que hace, canija? Está diluviando sin parar y solo falta que la tormenta nos pille en medio del monte para rematarla. Nos vamos pitando de aquí.

—Pues llévame hasta mi coche y ya me las apañaré yo para llegar si no me quieres llevar, que va a ser un momentito.

Curva la boca en una sonrisa ladeada que me pone nerviosa. No entiendo por qué hace menos de un minuto parecía a punto de explotar y ahora está encantado de la vida. Tenía que haber insistido con lo de venir cada uno con su coche. O en traer a Eduardo. O en no meterme donde no me llaman, acabar mi trabajo y largarme a casa.

—Y deja de llamarme así —añado de mala leche dejándome caer contra el respaldo molesta.

—No he dicho que no te vaya a llevar, *canija*, solo que ahora no. Mejor por la tarde.

—Por la tarde pienso estar en A Coruña olvidándome de esta semana —rezongo por lo bajo asegurándome de que puede escucharlo.

Su carcajada me sorprende y me giro bruscamente para enfrentarlo, pero su rostro está peligrosamente cerca como para que pueda seguir pensando con claridad. Siempre ha tenido este efecto en mí, haciéndome perder el control de mí misma. Peligro, peligro. Necesito salir del coche. No, necesito salir de la provincia cuanto antes. Pero en vez de eso me quedo muy quieta en donde estoy para evitar hacer cualquier tontería todavía peor como soltar un suspiro o morderle la boca y que sepa todo lo que me sigue afectado estar a su lado. Y en vez de eso intento concentrarme en la pequeña mancha oscura de su iris izquierdo ignorando las señales de advertencia que siento en la nuca cuando se mueve y su aliento cálido me llega a los labios. Clavo las yemas de los dedos en mis rodillas para asegurarme de no ponerme más en evidencia.

—Mencía...

Tiene la mirada clavada en la mía y me resulta imposible apartarla de él. Estoy convencida de que puede escuchar los latidos desbocados retumbando por el habitáculo porque yo los percibo como algo ensordecedor. No entiendo lo que me pasa, solo sé que no quiero que

se aparte y ya no sé si ha sido él quien se ha acercado un poco más o he sido yo atraída por su gravedad.

—Si no quieres que te llame canija deja de mirarme así —indica con voz grave y un brillo demasiado intenso en sus ojos.

—Así, ¿cómo? —susurro hipnotizada. Tomándome por la mejilla pasea su pulgar por el borde de mi labio inferior acariciándolo de manera posesiva y se me escapa un jadeo.

—Así como si quisieras lo que yo quiero.

Sus labios se aproximan a los míos, pero sin llegar a tocarlos. Debe haber menos de un milímetro de separación. Noto el dolor en los huesos de la rodilla y me doy cuenta de que mis dedos crispados están hundidos más allá de lo razonable en ellas. Estoy respirando su aire y él el mío en un espacio demasiado pequeño como para no entrar en llamas. Siento el fuego abrasándome las entrañas con la cabeza dando vueltas al notar una ligera caricia de su labio contra el mío.

Sé que tengo que apartarme. Sé que tengo que ser la Mencía lógica y aburrida de siempre, pero una parte de mí quiere que suceda para ver si así puedo exorcizarme de sus recuerdos de una vez por todas para después dejarlos atrás.

Un pitido molesto y repetitivo llega desde algún punto a mis espaldas mezclado con una musiquilla de móvil que no reconozco y que me sacan de la ensoñación. Amusga un ojo y me agarra por el pelo con fuerza. El coche de detrás sigue pitando, pero Brais ni se inmuta. En vez de eso se inclina lo suficiente para acariciar mi labio inferior con el suyo de una manera tan íntima que me evoca mil recuerdos y cuando estoy convencida de que va a besarme se aparta y mete la mano en el bolsillo izquierdo de mi cazadora sacando un teléfono que suena y que no es mío. No recuerdo haber metido su móvil en mi bolsillo, pero tampoco me sorprende porque desde que me he subido a la furgoneta he estado un poco distraída.

Por su culpa.

Baja la ventanilla sacando la mano por ella a modo de disculpa logrando que los pitidos cesen y se pone el móvil en la oreja sacando el freno de mano.

—¿Qué quieres, enana? —Las mejillas me arden. Me encantaría pegarlas al cristal de la ventana, o bajarla y refrescarme con la lluvia, pero no quiero que me vea haciendo más tonterías —. Vale, pues pide comida para cuatro y la recojo en cuanto lleguemos a Aselas. Sí, con Mencía.

Resoplo y sonrío divertido en mi dirección a la vez que termina la conversación con una de sus hermanas.

—Comemos en casa de mi padre y si por la tarde el tiempo nos deja te llevo a ver esas fincas.

10. BRAIS

—¿Dónde estás? Dios, se te escucha fatal.

Sigo con la vista el perfil de Mencía arrebujaada en una cazadora poco apropiada para estar en el monte con este viento avanzando entre las plantas de los kiwis de camino a un pequeño cobertizo blanco situado en la esquina oeste y sonrío al ver que ella también lo hace.

—Estoy en Tui, en la explotación de Hermanos Correa para que Mencía vea la finca y les haga unas preguntas por los daños en las fincas.

El bufido que suelta me resulta indiferente. La comida en casa de mi padre ha ido genial, pero él no lo sabe porque no ha venido, igual que Xian que con la excusa del temporal no ha bajado de Santiago.

Me enderezo y camino hacia el cobertizo esquivando un par de charcos. Ya no llueve, y por el eso el menor de los hermanos Correa, que tiene pinta de ser mayor que mi padre, ha estado de acuerdo en traernos hasta la finca para que Mencía pueda comprobar algunas cosas tras una breve charla telefónica. No lo conozco más que de vista, pero es más agradable que Leandro y menos paranoico, aunque para eso no hace falta mucho.

—Joder, Brais...

Ahora el que chisto soy yo. Llevamos demasiados años juntos como para no entendernos sin palabras. Al salir de la reunión de la cooperativa le dije a mi primo que pensaba que Leandro era un chiflado por hacer esas acusaciones contra Rocha y no necesitamos más de una cerveza para concordar que esos daños «tan graves» en su finca eran tonterías fortuitas como las que suceden en las de todos, incluyendo la nuestra, sin darle más importancia y pasar a otro tema.

—No me sermonees y dime qué quieres.

—¿Qué pintas ahí? Dijiste que no creías las acusaciones de Leandro igual que tampoco creías que las reclamaciones por daños estuviesen relacionadas.

—Porque no lo creo —respondo tajantemente—, pero ella sí pese a lo que le he dicho. Así que la he traído para que pueda hacer su trabajo.

—Y pasar más tiempo juntos.

—Sí.

—No creo que sea buena idea, Brais. A veces...

—Kevin, no. Yo no soy como tú. He intentado olvidarla y no he podido, así que no voy a dejar pasar esta oportunidad de volverme a acercar a ella. Por mí como si quiere creer que ha sido el Papa. Estoy más que dispuesto a hacer de taxista de aquí hasta Roma si hace falta.

Los dos soltamos un gruñido y nos quedamos callados un momento. A Kevin no se le dan bien las palabras, es más de puños, muecas o palmaditas en la espalda. Y está preocupado por mí. Pero lo que acabo de decir es cierto. Yo, a diferencia de él, no estoy dispuesto a estar

enamorado en la distancia y no hacer nada hasta el día en que me muera. He esperado demasiado aguardando a que volviese. Y después, cuando no regresó, a olvidarla. Pero no han pasado ninguna de las dos cosas y ahora está aquí.

Y más cuando hace apenas unas horas Mencía me miraba jadeante con la respiración entrecortada y sus preciosos ojos oscuros brillando por mí a un escaso milímetro de mi boca. Como si no pudiera evitar sentirse así. Como si no pudiera evitar estar así conmigo.

Como antes.

Sacudo la cabeza con fuerza cuando las imágenes se mezclan con otras más antiguas de una Mencía adolescente y con el flequillo abierto mirándome del mismo modo justo antes de devorarnos la boca.

Estoy casi convencido de que lo que teníamos sigue ahí, vivo. Y no pienso desperdiciarlo.

—¿Para qué llamabas, Kevin?

—Me he cruzado con Julián y ha dicho de quedar por la tarde noche.

Asiento echando un vistazo al cielo plomizo. Ahora mismo está despejado, pero no me extrañaría nada que volviese a llover antes de terminar la tarde. Con un silbido, Correa llama mi atención para que me acerque, así que lo hago despidiéndome de mi primo diciéndole que hablaremos más tarde. Y no transcurre mucho rato hasta que llevamos al propietario de regreso a su casa y nos quedamos los dos solos en el coche.

—¿Qué tal el tour turístico? ¿Tan mal como esperabas?

—Todavía no lo sé —responde levantando los hombros y desbloqueando el móvil—. Tiene el X890, como vosotros y asegura que ellos no han tenido problemas. Tengo que revisar la copia de su ordenador a ver si encuentro algo. ¿Has podido hablar con los de la otra finca?

—No.

—Vaya.

Sí, *vaya*. No pienso decirle que ni los he llamado. Centro la vista en la carretera para esquivar su mirada, aunque no hace falta. Está concentrada tecleando algo arrugando la nariz.

—Todavía no sé nada de Enrique y van a ser las cinco. Espero no tener que adelantar yo el dinero del hotel, porque la última vez que me pasó tardaron casi tres meses en aprobar el gasto y devolvérmelo.

Ha hablado con su supervisor antes de la comida para informarle de las novedades y él le ha respondido que es mejor que se quede unos días más por si pueden dar con una solución al «problema de las reclamaciones al seguro» y cuando ella ha sacado el tema de la reunión presencial obligatoria del miércoles, su jefe ha insistido en que lo haga por videollamada «porque esto es más importante».

Al parecer el tipo está encantado porque, además de todos los proyectos que ha cerrado en una semana de trabajo en la zona, se ha podido marcar un tanto con su jefe y con los del otro departamento con la información de Mencía, convenciéndolos de que la mayoría de las reclamaciones son fraudulentas y que los agricultores de la zona han podido ponerse de acuerdo para realizarlo incluso.

Además, el tipo debe tener buena labia porque los jezafos han paralizado el abono de las

reclamaciones de las pólizas hasta que no se clarifique lo ocurrido y que creo que les va a traer problemas porque nadie quiere pagar tanto dinero por un seguro que no responde en el momento en que lo necesitas.

—Al menos tienes coche para desplazarte.

—Es de alquiler. Lo tengo que devolver el domingo. Allí no necesito coche, pero aquí, ...

—Chasquea la lengua y mis ojos se fijan en sus labios un segundo más de la cuenta antes de volver a la carretera.

Abro la boca para ofrecerle uno de los nuestros, pero ella se adelanta negando con la cabeza como si supiera lo que voy a decir. El sonido del teléfono interrumpe nuestra conversación silenciosa. Por el tono de llamada es alguien de la familia, así que descuelgo activando el altavoz convencido de que se trata de Kevin de nuevo.

—Hermanito, ¿a que me haces un favor y me llevas con la furgó...?

—Estoy ocupado, enana —interrumpo antes de que se embale—. Con Mencía.

—Ah. Ah. ¿Os estáis liando? Qué raro, porque por el ruido parece que estás conduciendo. Estrangulo el volante porque no la tengo a ella delante.

—Que estás en altavoz, Iria —gruño mirando de soslayo a mi derecha. Su rostro vuelve a estar esculpido en piedra, pero los dedos se crispan sobre sus rodillas.

—Perdona, Mencía. Hola a ti también. ¿Os estáis enrollando o no?

—No, pesada. Vamos de regreso para Aselas.

—Ya decía yo que no son horas. Bueno, horas son siempre —suelta con una risilla tonta que me hace sonreír pese a querer matarla—, pero me entendéis. ¿Me recogéis en el portal de Uxi y me lleváis al Pingo Doce? Mis amigas y yo vamos a cenar en casa de Silvia, que está de cumple y me han encargado que vaya al super a Portugal para comprar natas y cervezas baratas porque dicen que siempre me escaqueo.

—Dile a alguna de ellas que te acompañe, lianta.

—Jo, Brais, que sabes que no me gusta ir sola. Venga, os invito a un café con gofre en la plaza.

Dudo. No por el gofre, sino porque llevo un buen rato pensando cómo conseguir que Mencía no se baje en cuanto detenga la furgoneta en casa de mi padre sin que se me ocurra nada. Es un plan perfecto, salvo porque me sobra mi hermana.

—Id vosotros mejor. Yo estoy ocupada y no tengo tiempo.

—¿Con qué?

—¡Iria!

—¿Qué? —replica altanera—. Es la verdad. No tiene habitación de hotel ni oficina donde meterse. ¿Qué va a hacer? ¿Quedarse el resto de la tarde en el todoterreno con la ropa en el maletero esperando sola? ¿O pasar media tarde en un bar hasta que la llame el jefe? Sé que lo mío no es un planazo, pero tampoco está tan mal que incluye chocolate gratis. Y te deberé un favor.

—Me debes como mil, enana.

—Pues uno grande, pesado.

Antes de responder echo un vistazo de soslayo, pero tiene la cabeza vuelta hacia la ventanilla y me da la impresión de que le tiemblan los hombros. Como sea por culpa de mi hermana entonces sí que la mato. Pongo el intermitente para detenerme en el estrecho arcén. Con la lengua que tiene mi hermana Iria mucho me sorprende que ningún delincuente haya pasado a la acción contra ella si les suelta este tipo de frescas.

Poso una mano con suavidad en su rodilla y su espalda se estira antes de volver la cabeza.

—Si no quieres... —me detengo porque la mano que tiene delante de la boca no es suficiente para tapar su preciosa risa. Sus grandes ojos marrones brillan divertidos y el estómago me da un vuelco por volver a verla así, tan radiante.

—¡Está chiflada! —susurra posando dos dedos sobre mi palma y aprovecho para acariciarla.

—¡Que te he oído! ¿Eso es que sí o que no?

Cruzamos la mirada durante medio segundo antes de soltar una risotada y dar el brazo a torcer.

—En el portal en quince minutos.

Diez minutos después Iria nos espera en el cruce de la calle de nuestra hermana y tira su viejo maletín de cuero al maletero antes de entrar en el habitáculo con una sonrisa sospechosa charlando sin parar de todo lo que se le ocurre. Cuando está de este humor es como tener una radio. Una radio divertida y sin botón de pausa a la que mataría mínimo una vez al mes, pero siempre ha sabido aliviar cualquier momento de tensión en casa con sus salidas de tono.

La mitad del trayecto transcurre sin más, con mi hermana repantigada en el asiento trasero de la furgoneta alternando monólogos sobre sus casos judiciales y las movidas con sus amigas con ráfagas de preguntas personales y profesionales a Mencía. Con las dos primeras preguntas me acojono un poco. A la Mencía a la que yo conocía no le gustaban las preguntas demasiado íntimas, sobre todo por parte de personas con las que no tiene confianza. Y por el modo en que se ha movido su entrecejo un par de veces, sé que eso no ha variado, aunque le ha contestado. Es un movimiento muy sutil, pero que aprendí a leer muy bien hace años.

Eso mi hermana no lo sabe, y si es que sí le da igual, porque pregunta para adelante como si hubiesen quedado a solas y yo no fuese más que un taxista dedicándome una de sus sonrisas taimadas cada vez que nos cruzamos en el retrovisor. Algunas parecen inocentes, como cuando pregunta si tiene perro y la otra niega diciendo que es más de gatos. Pero preguntarle con quién vive en A Coruña no lo es tanto.

Tampoco me puedo quejar, porque en menos de diez minutos he recibido un montón de información dispersa sobre Mencía y en mi casa siempre he oído que la información es poder. Por ahora sé que vive sola y sin mascotas en un piso pequeño cercano al paseo marítimo del que ha firmado la hipoteca hace no mucho, que su actual supervisor le cae peor que el anterior y que, aunque prefiere el trabajo ante el ordenador que el de campo, durante esta semana le ha cogido el gustillo a patearse las fincas con algunos de los agricultores y ganaderos.

Le doy vueltas a algunas de sus respuestas en la cabeza ignorando lo siguiente en donde mi hermana se expresa en algún problema con alguna de sus amigas que no me interesa.

—Es que Juan es un coñazo de tío, a ver si no lo conoces. Más le valía a Sara que la dejase de una vez y desquitarse con un par de noches locas, porque para estar así es mejor estar sola como yo, que me lo paso estupendamente. ¿Y tú?

«La mato». Mencía tose un par de veces nerviosa y a mí me corre una sensación desagradable por la espalda de solo pensarlo. Pueden haber pasado muchos años desde que estuvimos juntos y está claro que los dos hemos seguido con nuestras vidas, pero no necesito que nadie evoque esas ideas en mi mente.

—Yo, ¿qué? —Se hace la tonta intentando evitar una pregunta por primera vez—. ¿Falta mucho para llegar al super?

—Pues depende de si hay mucho tráfico porque por la mañana había feria, aunque como ha llovido tanto... Échale diez minutos. —Asoma la cabeza entre el hueco de los dos asientos delanteros enganchando su brazo—. Entonces, ¿qué? ¿Novio, rolletes, un ficus como mi primo?

Llegamos a la rotonda y si salgo a la velocidad adecuada en dirección al puente es solo porque la policía portuguesa está apostada al inicio del mismo, porque ahora mismo estoy a punto de cometer un fratricidio en aguas internacionales.

—No tengo. —*Bien*. El alivio me hace inspirar profundo—. Pero tampoco quiero. Llevo años sola y así estoy mejor. No se me da bien la gente.

Podría usar esa misma respuesta quitando la última frase. Yo también llevo años solo, salvo algún «aquí te pillo» de esos que no llevan a ningún sitio y que cada vez es más esporádico. Y me gusta estar solo, aunque contando con mi familia y la pandilla.

Pero también es verdad que cada vez que me veo el tatuaje pienso en ella y me pregunto si todavía lo conserva.

Mencía ha dejado de sonreír y el músculo del entrecejo vuelve a moverse hasta que se gira hacia la ventana para contemplar el río Miño discurriendo tranquilo entre ambos países. Suelto una mano del volante con intención de posarla en su muslo para animarla, pero mi hermana me mete un tirón del codo que me hace volantar y la busco por el retrovisor con mirada asesina.

—¿Has pensado en contratar a alguien, aunque sea por horas?

—¿Qué?

No entiendo el cambio de tema radical. Iria entrecierra los ojos examinándose una uña como si todo careciera de importancia.

—Antes Uxi llevaba las cuentas y las cosas de la oficina. Ahora lo llevas tú todo —explica despacio como si yo no fuese consciente de ello. Como si no fuera yo el que me veo atrapado en esa situación—. No te vendría mal alguien que te echase una mano con eso.

Bufo.

—Claro, pero a esa persona habrá que pagarle —replico deteniéndome ante el semáforo—, y el dinero del Monopoly por ahora no vale.

Sacude la mano sin darle mucha más importancia y de repente me larga un manotazo en el hombro.

—Su madre, ahí —indica señalando hacia un grupo de mujeres que parlotean en un círculo un poco más allá del paso de cebra entre las que está Delia Pacheco. Mencía sigue la trayectoria del dedo y parece sorprendida por encontrarse con su madre allí, en Portugal.

—¿Quieres bajar? Podemos ir nosotros al super y luego te recogemos en donde estés.

El coche de atrás pita. Mencía despega la mirada de la de su madre con el semblante

pétreo y las manos tías sobre las rodillas.

—Arranca —responde sin hacer un gesto—. El semáforo está en verde.

11. MENCÍA

Durante el recorrido por el supermercado intento apartarme de los Fandiño tanto como me es posible. Tampoco es tan difícil porque Iria le ha endosado el carro a su hermano mientras busca cada una de las cosas que aparecen en su lista. Pongo el pretexto de que necesito comprar algo y tuerzo por el primer pasillo para tener algo de tiempo para mí.

Necesito tranquilizarme y olvidarme de los ojos furiosos de mi madre contra los míos. No debería afectarme, al menos no tanto, pero no lo puedo evitar. A veces parece que es algo de lo que no voy a poder liberarme jamás.

Miedo. Pánico. Culpa.

—¿Estás bien? —su voz grave suena demasiado cerca. Levanto la cabeza apretando la mandíbula y asiento sin ganas.

Ni un minuto me ha dado de margen.

—¿Y tu hermana? —pregunto intentando desviar la atención. No quiero que me haga preguntas que no quiero contestar.

—Ha ido a por otro carro porque no le entran tantas cajas de cerveza en uno. Al parecer hoy se van a correr una buena juerga —bromea señalando un carro con dos cajas grandes de cervezas y varias bolsas de aperitivos por encima.

Levanto las cejas sorprendida.

—Vaya. Pensaba que estaba de guardia.

—Y lo está —confirma pegándose a mi costado poniendo una mueca—. ¿Ocurre algo con tu madre?

Vaya. La pregunta del millón. ¿Qué si ha ocurrido algo con mi madre?

Sí.

Carraspeo mirando en otra dirección.

Rotundamente, sí.

Su brazo roza el mío intentando acercarse un poco más y antes de que lo logre doy un paso a un lado fingiendo que busco algo en una de las baldas sin prestar atención a nada más que evitar que me mire directamente a la cara.

Mi madre ha condicionado mi vida entera. Si esto fuese un ridículo programa de la televisión de esos que te dan un rotulador y una pizarra para que expliques los problemas de tu vida yo me limitaría a escribir «mi madre» en el centro ocupando todo el espacio disponible. Y, si soy sincera conmigo misma, en una esquinita pondría «yo».

Pero esto no lo puedo decir en alto, así que me aliso la parka porque no sé qué hacer con las manos y digo la primera mentira gorda del día:

—No.

Lo que me pasa con mi madre es uno de mis secretos más antiguos, y lo es por algo. Hace muchos años, antes de que Brais entrase en mi vida, intenté pedir ayuda a mis tíos, a mis abuelos y a dos profesores, y a cambio le quitaron importancia y se chivaron a mi madre, lo que tuvo sus consecuencias para mí.

Y aprendí bien la lección: no hablar de lo que pasa en casa con *nadie*.

Aunque ese no es el motivo por el que no se lo conté a Brais en su momento. Quizá lo fuera al principio, cuando empezábamos y seguía convencida de que cerrar la boca era lo más seguro para evitar problemas en casa, igual que intentaba evitar que mis padres se enterasen de que salía con Brais porque no les gustaba su familia.

—¿Seguro?

Asiento ligeramente y me estremezco ante el tacto de su piel contra mi mejilla fría y mi barbilla. Sus ojos color miel se ven más oscuros atravesándome con escaso esfuerzo.

El motivo principal por el que durante aquellos tres años nunca le conté lo que me pasaba con mi madre es el mismo por el que no pienso hacerlo ahora. No lo entendería. Es imposible que alguien con una madre tan buena y cariñosa como lo era Fefa pueda comprender lo que ha sido tener una madre como la mía.

Su madre tenía un corazón tan grande que adoraba a cada uno de sus cuatro hijos por igual y aún le había sobrado espacio para querer a Kevin como un hijo más después de que sus padres se marchasen a Suiza sin mirar atrás. Y eso que los cinco, cada cual a su manera, no paraban de darle disgustos.

Y también le quedó un huequecito para mí, dándome mucho más cariño durante los tres años que salí con Brais del que recibí nunca hasta que me fui a estudiar fuera.

Hasta que hui de ella.

Su índice se cuela bajo mi mandíbula para obligarme a mirarlo y dar una respuesta. Una parte de mí quiere soltarle un manotazo y alejarme corriendo. Y otra se muere por enredar los dedos entre su pelo indomable. Trago saliva y respondo como si nada.

—Sabes que no teníamos una relación muy cercana. Eso no ha mejorado con los años.

Su agarre se afloja ligeramente y asiente despacio con los párpados entornados. Durante un instante parece escrutarme como dudando de mi respuesta. No me extraña nada, porque, aunque lo que le he dicho no es mentira, tampoco es del todo cierto. La verdad es que la última vez que cruzamos palabra fue en el funeral de mi padre hace ocho años.

El movimiento de sus dedos me provoca cosquillas y su mirada contra la mía me eriza la piel. Intento mostrarme despreocupada como si nada de eso me afectase: ni ver a mi madre, ni tenerlo tan cerca, ni la conversación... Me suelta del todo y sus ojos castaños bajan veloces hasta mis labios y sin venir a cuento recuerdo el hormigueo en mis labios después de que los rozase en el coche. Se me seca tanto la boca que necesito relamérmelos. No puedo hacer nada más. El cerebro ha dejado de funcionar en el momento en que la uña de su pulgar dibuja la comisura de mis labios y con la voz ronca susurra algo que se parece bastante a «me muero por besarte, canija».

«Céntrate, Mencía, que vas a volver a caer».

Cuando me quiero dar cuenta la espalda ancha y fuerte de Brais se aleja por el pasillo y

siento el calor subiendo por las mejillas al ver la expresión descarada de su hermana frente al carrito levantando las cejas con intención.

Me aproximo hasta ella porque no me queda otro remedio y la ayudo con el carro hasta llegar a la cola de las cajas.

—No digas ni mu.

—Vale —responde seria entrecruzando su brazo con el mío—, pero de haber admitido que ya os estabais liando hubiese llamado a mi primo para que me ayudase con esto.

«¿Ya?»

Al salir del supermercado Brais enfila directamente para España saltándonos el gofre prometido. Ignoro el por qué, aunque tampoco me importa mucho. Desde que me colé en el asiento trasero de la furgoneta no he prestado demasiada atención a la conversación entre los dos hermanos en la parte delantera.

Estoy *muy* nerviosa.

Y no me gusta estar nerviosa.

He pasado muchos años intentando aprender a controlarme. A ser la dueña de mí misma. A no sentirme mal con cada decisión que tomo. A que la reacción de los demás no me afecte. Aunque muchas veces no lo logre por completo.

Mi madre siempre me ponía muy nerviosa. Y verla ha sido suficiente para removerme por dentro. Es una tontería, porque ni me ha tocado ni hemos hablado. Por el amor de Dios, si yo ni he salido de la furgoneta. Y, aun así, ha sido cruzarme con su mirada dura y penetrante y escuchar su voz en mi cabeza repitiendo sus frases favoritas.

«¿Es tanto pedir que hagas lo que te digo?»

«No sirves para nada».

«Eres una decepción constante».

«¿Por qué no sabes hacer nada bien?»

Odio que esas frases y otras tantas se hayan quedado conmigo a vivir y que de vez en cuando resuenen con fuerza en los momentos menos oportunos haciéndome dudar de mí y mis capacidades o de si ella tenía razón. A veces creo que mi pasado es una jaula invisible de la que nunca voy a poder escapar.

Me sobresalto al sentir una mano por encima del tobillo.

—¿Estás bien, Mencía? —Brais busca mi mirada a través del retrovisor y cuando me encuentra aprovecha para acariciarme la piel desnuda bajo la tela del pantalón. Sacudo la cabeza sin mucho empeño.

—Estaba pensando en mis cosas.

Iria dice algo, pero no presto atención porque el índice nudoso de Brais se desliza despacio por mi piel provocando que un escalofrío me atravesase la espalda por el contacto y mi cabeza se vuelve a quedar en blanco. Como antes en el super. Como cuando tenía quince años. Soy incapaz de concentrarme en nada más que en su tacto y lo que eso me hace sentir hasta que me libera para cambiar de marcha y dejar la mano sobre el volante.

Brais también me pone nerviosa. Mucho. Es mi puto peligro. Llevo años edificando muros a mi alrededor con los que sentirme a salvo del resto del mundo y cada vez que estamos tan cerca me siento al borde de un precipicio.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunto por decir algo.

—Las birras hay que ponerlas a enfriar —bromea al instante Iria asomando la cabeza por el hueco—. Mis amigas son un poco tiquismiquis con eso.

Dejo que ellos lleven el peso de la conversación hasta que nos detenemos frente a un edificio de aspecto antiguo a la entrada de Tomiño y en cuanto nos abren el portal descubro por qué Iria ha insistido tanto para que alguien la acompañase al supermercado. Su amiga Silvia vive en un cuarto sin ascensor y en el maletero hay cuatro cajas de veinte botellines de vidrio cada una, así que necesita músculo para llegar viva arriba sin tener que hacer tantos viajes.

En el último tramo nos llega una canción pop de principios de los dos mil que se escapa por la puerta abierta de par en par de uno de los dos pisos de la planta. La pequeña de los Fandiño se adentra por el pasillo largo y estrecho con nosotros detrás dejando atrás puertas cerradas hasta llegar a una cocina vacía y no demasiado grande. Posamos las cajas sobre la encimera y una cabeza morena se asoma a nuestra derecha desde una puerta lateral en la que no he reparado al entrar.

—¡Hola, chicos! —saluda desapareciendo—. Estoy preparando la mesa. Dejad eso ahí y ayudadme con esto.

—¿Y tu hermana? —el chasquido al otro lado le arranca una carcajada. Posa el maletín y el abrigo en la pequeña mesa de la cocina antes de pasar al otro cuarto, donde la seguimos.

La estancia es mucho más grande que la cocina y está ocupada por una mesa larga rodeada de sillas y bancos diferentes entre sí. Me fijo en la construcción y me doy cuenta de que no es una habitación, si no una terraza grande cerrada con ventanas de aluminio. Es fácil darme cuenta porque ha vuelto a llover y las gotas chocan produciendo un ruido metálico muy característico.

—¿Al final te ha liado? —pregunta sacudiendo los rizos con gracia aproximándose para darle dos besos—. ¿Os quedáis a cenar?

—Me he colado en el cumple sin invitación y sin regalo.

—Bah, fue hace casi dos semanas —repite palmeando su antebrazo, los dos se echan a reír y a mí me molesta tanta familiaridad entre ellos. Levanto la manga como si me preocupase la hora para no tener que seguir mirando—. Son excusas que se usan para quedar y pasar el rato juntos.

—Estos han dicho de ir hasta la casa de Julián antes de salir. Y todavía tengo que llevar a Mencía a por su coche en Aselas, así que no sé...

Sus ojos se fijan en mí durante menos de un segundo, pero su mirada es intensa. Me saluda de manera informal con un movimiento de la barbilla y entra en la cocina.

—Pues díles que se vengán también. Por aquí vamos escasas de chicos, ya sabes. Tu hermana los espanta a todos.

Sale con tres botellines fríos de diferentes marcas y nos tiende uno a cada uno para regresar a la cocina y se escucha el ruido del cartón al romper. A mí no me gusta la cerveza, pero me callo al igual que hice el otro día con Iria y agarro el quinto con una sonrisa tensa sin

moverme de donde estoy.

—Es la hija de Delia, la del supermercado, ¿no? —susurra a alguno de los Fandiño que también han entrado a ayudar a meter las cervezas en el congelador y la nevera.

No escucho más respuesta que un chistado grave y a continuación el tintineo de las botellas. Dos pasos y Brais asoma la cabeza guiñándome un ojo.

—Si nos ayudas acabamos antes, canija.

No es cierto. La cocina es demasiado pequeña para cuatro personas revoloteando y las dos amigas son las que guardan las botellas sin dejar de parlotear mientras que yo me limito a pegar el costado contra los azulejos azules con la mano entumecida por el frío del cristal.

Me siento como en el instituto y más conforme llegan el resto de las mujeres. Es verdad lo que ha dicho Silvia, porque solo he visto a otro chico más que se ha limitado a pedirle a Brais que le ayude con algo en el saloncito dejándome a mí allí. Como en el instituto, las chicas se apartan a su paso como si siguiese siendo el rey de aquello y yo estoy sola contra la pared sin que nadie repare en mi existencia.

No sé cuánto rato paso así, en medio de conversaciones que no me interesan y escuchando por lo bajito mi nombre o el de mi madre en personas a las que no reconozco y que no intentan disimular demasiado de lo que están hablando. Ojeo el reloj de nuevo convencida de que debo llevar en esa galería sola más de una hora y me frustro al darme cuenta de que solo es que el tiempo se me está haciendo eterno.

La voz profunda de Brais llega desde algún lado. Tuerzo la cabeza y veo que alguien ha abierto las ventanas que unen el pequeño salón con la antigua terraza y lo veo de medio lado bromeando con una mujer esbelta y rubia que no deja de soltar risitas y toquetearse el pelo de manera muy molesta. Aunque no parece que él opine lo mismo porque en todo el rato en que soy incapaz de apartar la vista solo puedo ver cómo la desconocida se recoloca un mechón tras la oreja para después colgarse de su brazo con él riéndose y dejándose hacer. Todo ese espectáculo va desquiciándome con cada gesto un poquito más, hasta que ella se inclina lo suficiente como para murmurar algo en su oído y desaparecen de mi vista poniéndome de los nervios.

Es absurdo. Ridículo. No tiene sentido.

Le doy un lingotazo a la cerveza reprimiendo la cara de asco por su amargor. Sabe más amarga que la del otro día. Cuento hasta tres y la sensación punzante del estómago no desaparece así que meto otro trago asqueroso y me pongo de pie. «No estoy celosa. No puedo estar celosa». Lo repito como un mantra una y otra vez en dirección al baño recordándome que no quiero nada con él. Por el amor de Dior, si ni siquiera nos hemos besado. «Aterrizo, Mencía, que vas directa al meterte un piñazo». Me detengo ante la puerta del servicio que está ocupado estrangulando el botellín con las manos. No nos hemos besado, pero *casi*. Y no he hecho nada por evitarlo.

Cinco minutos después me encuentro más atolondrada. Alguien se lo está montando en la habitación al otro lado del baño. En el pasillo no me he dado cuenta, pero ahora sentada en el baño siento el retumbar del cabecero contra la pared de mi derecha y algunos grititos intermitentes que hacen que se me dispare el calor en las mejillas.

Tiro de la cisterna, abro el grifo y sumerjo las manos en el agua fría que no parece ser suficiente en este momento. Si estuviese en mi casa me daría una ducha. Mentira, mis vecinos son gente mayor que no se lo montan a gritos en un cumpleaños a las ocho de la tarde en un apartamento lleno de gente.

Suspiro pegándome un repasito al espejo y retuerzo la boca en una sonrisa hueca al contemplar el desastre en que se ha convertido mi pelo gracias a la lluvia y el viento. Meto los dedos a modo de peine para intentar paliarlo un poco, pero no me lleva mucho darme cuenta de que es imposible, así que decido salir abandonando el botellín junto al gel de manos.

Salir y encontrarme los ojos color miel de Brais fijos en los míos me resulta demasiado intenso en este momento. Introduzco la mano por la ranura recuperando la cerveza y le meto un trago con el que me bajo medio botellín intentando que el sabor amargo asqueroso borre todo lo demás.

Al bajar la botella veo que se ha acercado más a mí y que mi empeño no ha servido para nada. Sigo celosa por lo de antes, cachonda por lo del baño y la boca me sabe fatal. Y ahora está tan cerca que su pecho roza mi costado por muy quieta que me quede.

—Te estaba buscando. —Su voz suena ronca y sexy contra mi sien alterándome un poco más. No sé por qué, pero necesito relamerme los labios y se me pone la carne de gallina al ver que sigue el gesto con su mirada.

—Vale.

Pasa un brazo por detrás de mis hombros y me estremezco ante el leve contacto sintiendo un deseo tan ardiente recorrerme la columna que me cuesta hasta seguir respirando. Me giro despacio para verlo de frente y me estremezco al sentir el roce de mis pechos pequeños contra el suyo firme tragando aire para intentar ahogar un jadeo.

No soy consciente de nada más de lo que sucede a mi alrededor. Por un segundo siento que el mundo se detiene y que solo estamos él y yo. Como cuando era una adolescente. Como el otro día en mi oficina. Sus ojos color miel se oscurecen y su nuez sube y baja de una manera que me seca la garganta.

Levanto la mano libre y agarro el cuello de su cazadora queriendo tirar hasta estrellarme contra sus labios y liberarme de esta sensación de una maldita vez porque me está abrasando. Por un momento estoy convencida de que él también quiere lo mismo. Arrinconarme contra la pared y comerme la boca. O sin arrinconarme, con lo cerca que está no necesita mucho esfuerzo más. En cambio, noto la mano vacía y se aparta carraspeando.

—Te he traído esto —indica mostrándome un Trina de piña— para que dejes de beber cerveza, que no te gusta.

Sus ojos brillan divertidos y por un instante lo único que quiero hacer con esa lata es estampársela en la cabeza. O en la mía, para dejar de hacer el ridículo.

No me puedo creer lo que he estado a punto de hacer. Sacudo la cabeza un par de veces y me repito el mantra con menos convencimiento del necesario para salir de ese piso con dignidad, pero cuando los hombros y me vuelvo en seco para regresar a la cocina. Su mano intercepta la mía agarrándome por la muñeca y provocando una sensación cálida que me ahoga por dentro. «Mierda, Mencía, huye». Tenerlo tan cerca hace que me cueste pensar.

—¿Qué necesitas, Mencía?

—Un chicle. —Lo pienso mejor—. Irme.

Brais asiente sonriendo sin soltarme y al llegar a la galería es él quien se adelanta para recoger mi bolso tirado en una esquina despidiéndose con rapidez de un par de personas. Silvia nos intercepta al llegar a la salida abriéndole la puerta a una chica a la que tampoco conozco que

llega con dos cajas de pizza.

—¿Al final no cuaja lo de que te los traigas a mi fiesta? —bromea señalando hacia la cocina.

—Yo tengo que irme. A trabajar.

Sus ojos van directos a nuestros dedos entrelazados y su boca se tuerce en una sonrisa guasona.

—Ya, ya. Así también trabajo yo.

12. BRAIS

—¿Nos pasamos por casa de Julián?

Lo pregunto teniendo más que clara la respuesta, y eso si la hay. Lleva sin hablarme ni mirarme a la cara desde que nos despedimos de Silvia, con la cara tallada en piedra como si estuviese muy lejos de aquí. Aunque tengo claro que eso es solo fachada. Lo primero, porque tiene el pulso agitado. Lo segundo, porque no ha soltado nuestras manos hasta que hemos llegado a la furgoneta. Y lo tercero, porque cada vez que he aprovechado para rozar la piel tierna de la muñeca con mi pulgar rasposo el músculo de su frente ha saltado solo reaccionando a la corriente que nos envuelve.

Así que lanzo la pregunta al aire solo por intentar provocarla un poco. Por si reacciona. Por si suelta el móvil de una vez, aunque sea para tirármelo a la cabeza.

Tampoco es que quiera ir a esa cena. No quiero comer bocadillo de tortilla viendo el Celta rodeado de mis amigos como hacemos la mayoría de las veces. Lo que quiero es enredar mis dedos en su melena corta mientras la tomo y que gima mi nombre en cada envite. Eso es lo que quiero. Un pensamiento fugaz me recorre la mente y tengo que acomodar la presión entre las piernas al conducir porque llevo medio excitado desde que estuve a punto de besarla en el supermercado.

—Mejor no. —Teclea algo en el móvil y vuelve la cabeza hacia la ventanilla por la que no se ve apenas nada ya que es casi noche y por estas carreteras no hay mucha iluminación—. Pásate tú.

—Prefiero hacer algo contigo.

Ni contesta.

—Podemos ir a cenar juntos. Conozco un sitio en Tui que está genial...

—No —interrumpe—. Tengo mejores cosas que hacer.

—Y yo. Sin salir de la furgoneta se me ocurren unas cuantas. —Me muerdo el labio al ver que pega un respingo—. Aunque si quieres también podemos ir a mi piso.

Al parecer he apretado la tecla adecuada, porque se despega del cristal a toda velocidad y por el rabillo del ojo veo que las narinas se dilatan y contraen de manera exagerada por mucho que intente contener la expresión. En el instituto algunos la llamaban estúpidamente la «iceberg» porque decían que era un témpano de hielo, pero yo siempre he sabido que en realidad lo que esconde es magma volcánico al que apenas deja salir.

Sus ojos refulgen de furia y algo parecido al deseo y siento un nuevo latigazo bajo los calzoncillos.

—Hablo en serio, Brais. Tengo que buscar una habitación para esta noche porque Enrique al final ha pasado del tema, volver a instalarme, comparar los datos del riego de Correa con el vuestro, mandar emails a varios compañeros para que me ayuden con otras tareas que

estoy descuidando por estar aquí, planificar los pasos de los próximos días...

—Yo también lo digo en serio. Y te puedo ayudar con eso. No tienes por qué hacerlo sola. Además, en casa de mi padre o en la mía hay habitaciones libres de sobra.

Su resoplido me despeina. Está sexy con esa pinta de fierecilla alterada.

Tuerzo en el desvío que lleva a casa de mi padre con ganas de tirar el coche en cualquier lado y liberar toda esta tensión de otra manera, pero en vez de eso me concentro en seguir conduciendo. La carretera es demasiado estrecha, no hay arcén y, aunque apenas hay tráfico por esta zona, tener un accidente no parece la mejor manera de mejorar las cosas.

Sus dedos largos y firmes se encojen sobre sus rodillas un par de veces en el silencio del habitáculo.

—No quería que me besaras.

«¿Qué?» Tuerzo el cuello alternando la vista entre sus ojos y la carretera escasamente iluminada y me fijo en sus labios fruncidos y esa ligera sacudida que da a la cabeza.

No se lo cree ni ella.

Enarco una ceja observándola con suficiencia antes de detener el vehículo en el estrecho arcén a unos metros de la fachada de mi padre, lejos de la única farola que la alumbra y del camino que da a las otras casas de esa zona. Mencía no se mueve, apuntándome con su barbilla.

—¿Te refieres a por la mañana en el coche, por la tarde en el supermercado o hace un rato en casa de las amigas de mi hermana?

Sus preciosos ojos oscuros como el chocolate se abren con sorpresa y mete un respingo haciendo que el cabello se le salga tras la oreja para acariciarle el mentón. Sin mucho control extendiendo la mano para recolocárselos de nuevo con cuidado y aprovechando para acariciar su oreja.

—Me refiero a la que sea. No... —Pierde el hilo cuando clavo la uña con cuidado en el cartílago—. No.

—¿No? Pues yo me moría por hacerlo, cada una de las veces.

—Claro —replica retorciendo la boca.

—Pues claro, solo que no así. Quería que fuera algo más íntimo, más... especial. No quería meterte un morreo en medio de un pasillo como si fuese un adolescente salido. Quería darte un beso de los buenos, uno de verdad y en privado. Algo solo nuestro.

Llevo su mano hasta el cuello de mi cazadora, imitando el modo en que me tenía en el pasillo de Silvia hace menos de media hora y veo la duda en sus ojos, sabiendo perfectamente lo que pretendo.

—Vamos, Mencía —le pido invadiendo su espacio para quedar frente a frente. Tiene que ser ella quien dé el paso—. Bésame de una vez y acaba con esto.

Se me había olvidado lo bien que besa, lo bien que sabe y lo que provoca en mí. Lo perfecta que es para mí. Sus labios se posan en los míos con una suavidad sorprendente y tras un par de caricias con la punta de la lengua me obliga a abrir la boca de una manera muy tentadora. Su mano continúa agarrándose firmemente al cuello de mi cazadora y tira con fuerza hacia sí al introducir la lengua en mi interior y acariciar la mía para luego separarse.

—Brais.

No es más que un susurro, pero arrasa con todo. La agarro pegándola a mi cuerpo y me fundo en su boca sin control. En menos de un segundo hemos pasado de una caricia suave y dulce a ahogarnos sedientos. Desesperados. Cuelo una mano por debajo de la nuca tironeándole del pelo con la otra fija en su espalda.

No puedo pensar, solo siento. Y me dejo llevar por todas las emociones que guardo dentro esperando que ella lo entienda. Sus brazos me agarran por el cuello y una de sus manos juega con mi pelo provocándome unas ligeras descargas por la columna. Necesito que lo sienta, necesito que sienta este beso tanto como yo y no le doy tregua. Enrosco, acaricio y bailo con su lengua de todas las maneras hasta que siento que le falta el aliento y se separa lo justo para respirar entre jadeos.

Sus preciosos ojos almendrados se ven negros y brillantes clavados en mí con sorpresa y el pulso de su cuello late de manera febril. Recorro su mandíbula con un dedo que deslizo hasta ese punto de su cuello, que aprieto ligeramente hasta que entreabre los labios. Me cuesta no sonreír engreído por descubrir que le sigue gustando que haga eso, que sigue respondiendo a mí.

Se relame los labios y hunde las uñas en mi cráneo deslizándolas por la piel hasta debajo de mi nuca provocando más sacudidas. Aprieto la mano tras su espalda provocando que sus pequeños senos se aprieten contra el mío y choco mi boca contra la suya buscando a ciegas el botón del cinto con desesperación para arrastrarla sobre mí y ella pasa una de sus piernas por encima de las mías para quedar encajada a horcajadas entre mi cuerpo y el volante.

Hundo las manos en sus nalgas apretándola contra mi erección y me trago el grito que se le escapa al sentirla sin dejar de besarla. De devorarla. De darnos lo que necesitamos desde hace tanto tiempo. Mencía me clava los dientes en el labio inferior moviéndose con descaro sobre mi pelvis y yo rebusco fragmentos de su piel por debajo de las capas de tela hasta alcanzar su cintura y deslizo las yemas de los dedos sin apenas rozarla recordando lo mucho que le gustaban en el pasado ese tipo de caricias casi invisibles y ella responde. Su piel arde a cada roce. Su boca bombea en la mía como si luchara por su vida.

No he deseado nada con más intensidad en mi vida que este momento.

Guio ambas manos por los costados subiendo y bajando a un ritmo descontrolado, con ganas de tocarla entera. De saborearla entera. Cuelo las manos por debajo del resto de la ropa posándolas con firmeza sobre el delicado encaje y agarro sus pechos con ambas manos apretando y tironeando por el tejido y su suave piel expuesta hasta que noto que sus cumbres se endurecen a través de la tela y mi miembro palpita a la vez.

Se le escapa un gemido de placer que me vuelve loco y repito el movimiento de mis manos una y otra vez sin dejar de beber de sus labios. Al segundo gemido echo a un lado el sujetador y la estimulo directamente sobre su piel. El sonido que emite esta vez, el temblor que se adueña de su espalda y el modo en que sus rodillas se clavan contra mis caderas me vuelven loco y me hacen sentir poderoso. Todavía tengo este efecto en ella, igual que mi canija lo tiene en mí.

Y sé que no tengo derecho ni a pensarlo, pero no quiero que lo tenga con nadie más.

Bajo una mano con urgencia para liberarla de su cinturón y el sonido de cuero y metal al tirar provocan que se despegue de mí sonriendo embobada. Está preciosa. Me peleo un poco más con la hebilla y abre los ojos completamente empujando con ambas manos contra mis hombros.

—Espera. —Sujeta mis dedos para que no pueda bajar la cremallera. La voz sale

entrecortada, casi asustada y me detengo por completo.

—¿Qué pasa, Mencía? —susurro sin comprender. Nuestros pechos suben y bajan de manera descontrolada por lo que acabamos de compartir.

—Yo... —La voz tiembla apartándose—. No creo que debamos seguir con esto. No está bien.

—¿Entonces por qué se está tan bien cuando te toco, canija? —Agacho la cabeza y ella se envara antes de que mi nariz toque su rostro—. Porque yo siento que no quiero hacer otra cosa en la vida.

—Por eso mismo —susurra entrecortada tirándose al asiento del copiloto—. Porque si dejo que me sigas tocando, yo volveré a sentir lo mismo. Y no puedo pasar por eso otra vez, Brais. No puedo.

Se pasa las manos con nerviosismo por entre el cabello y después por la cazadora hasta detenerse en los pantalones tomando aire. Yo a cambio me quedo tan inmóvil que se me ha olvidado parpadear.

—No ha sido buena idea y lo sabemos los dos. Puede que hayamos crecido y madurado con los años, pero al final tú sigues siendo tú y yo sigo siendo yo.

No entiendo nada. Ni una sola palabra de lo que quiere decir. Inspiro hondo lentamente intentando librarme de la frustración de tener que volver a pasar por lo mismo con la misma mujer. Extiendo la mano sin llegar a tocarla y me la froto con saña por el pelo.

—¿Y eso qué quiere decir, Mencía? Porque, como yo lo veo, eso es lo único bueno. Que tú y yo sigamos siendo tú y yo —Odio sentir la desesperación en mi voz, pero tampoco es momento de dejarlo dentro—. No me digas que no lo has notado, porque estoy seguro de que seguimos teniendo ese algo que me va a tener atado a ti mientras viva.

—Puede. Pero eso no fue suficiente la otra vez ni creo que lo sea esta. Tú tienes tu familia y tu finca y yo... No... No puedo, lo siento.

Posa una mano con delicadeza sobre las mías con los labios apretados en una sonrisa triste que me pone los pelos de punta y sale disparada hacia su coche. Acabo de volver a perderla. Me dejo caer con fuerza contra el reposacabezas maldiciendo sabiendo que me he precipitado y la he vuelto a perder.

13. MENCÍA

Sumerjo las manos en el agua fría salpicando la piletta y las paso con insistencia por la nuca buscando aliviar un poco la tensión de la espalda. Estoy agotada, aunque es lógico porque no he parado en los últimos días. Me doy unos toquitos en las mejillas intentando no mojarlas y mi vista se va al espejo mientras seco las manos con una servilleta de papel.

—Lo estás haciendo muy bien —susurro tan bajo como puedo a mi reflejo.

La Mencía del otro lado me devuelve una mueca sarcástica. Si llenarme de tareas por hacer durante el día para evitar tener tiempo libre para que no se me vaya la cabeza es hacerlo bien, entonces sí, lo estoy haciendo genial. Si es no pensar en lo que *casi* sucedió el sábado, entonces no lo estoy haciendo tan bien. Para nada. Me cuadro, acomodo el bolso en el hombro y tiro la bola de papel al cubo de la esquina para regresar a la cafetería regañándome por lo bajo porque empiezo a flaquear.

Me dejo caer sobre la silla de madera y meto un trozo del bizcocho en la boca mordiéndolo sin ganas sacando el ordenador del bolso. He estado a punto de montármelo con Brais en su furgoneta en medio de una carretera como si fuese un macaco en celo y sin capacidad de raciocinio. Y ahora, después de dos días, una parte de mí se queja por no haberme dejado llevar hasta el final. «Ridícula». Resoplo apartando parte del cabello de mi cara y abro el servidor del trabajo comprobando algunos de mis expedientes.

Lo único bueno de todo esto es que ese casi resbalón ha servido para espolearme. Tengo que largarme de aquí cuanto antes y para eso tengo que reunir toda la información posible que haga que Enrique se olvide de esta tontería de jugar a los detectives por los daños en las fincas, acepte que se trata de una casualidad y esté de acuerdo en que puedo regresar a mi aburrida y confortable vida de siempre.

Bufo.

Repiqueo incómoda sobre el teclado con la vista clavada en la pantalla sin ver nada de lo que tengo delante porque lo que acabo de pensar no me lo creo ni yo. Puede que Brais piense de verdad que lo que está pasando en las fincas es producto del azar y de las gamberradas de cuatro chavales, pero cuanto más pregunto más empiezo a dudar de que eso sea verdad. Al menos, una parte de las cosas que están pasando.

Esta mañana a primera hora he ido caminando hasta una de las tiendas de productos agropecuarios de las que más se abastecen los agricultores de la zona y que queda muy cerca desde el hostel en el que ahora me alojo en Tui. Es la misma tienda de la que me habló Eduardo Fandiño a comienzos de semana y de la que ni me acordaba hasta que he repasado todas mis notas y me he dado cuenta de que podría ser un hilo del que tirar, ya que Leandro asegura que también ha tenido problemas con entregas y pedidos y al final esto no es tan grande como para que las distintas explotaciones no recurran a las mismas tiendas. Y eso también me ha llevado a pensar si esto mismo no le ha podido pasar a algún agricultor más.

Resoplo apartando el cabello de mis mejillas y abro el servidor para dejarlo todo por escrito en la ficha correspondiente para que Enrique se dé cuenta de que estoy trabajando y se deje de llamaditas de control. Le hago un gesto a la camarera para que me sirva otro café y crujo los dedos sobre el teclado. Tenía que haber hecho antes esta visita.

El sitio en sí no tiene nada de especial, es una tienda de productos agropecuarios llena de estanterías a rebosar como tantas otras que he frecuentado por trabajo. Y, para la cantidad de cosas que tiene, bastante bien organizada y con dos personas atendiendo tras el mostrador a primera hora de la mañana.

Al preguntar por el encargado, una de las chicas se ha apurado a dar el aviso para seguir atendiendo al comercial al que estaba tratando y pocos minutos después le he estrechado la mano a Pedro a un lado del mostrador. Se trata del propietario del negocio, un hombre que sobrepasa ampliamente los cincuenta, más bajo que yo y con las manos fuertes y ásperas de alguien que está acostumbrado a trabajar con ellas. La sonrisa ha asomado bajo el bigote hasta que se ha dado cuenta de para qué estaba allí y de que no iba a hacer ninguna venta.

A la tercera pregunta sobre los problemas con los pedidos suelta un gruñido cerrándose en banda a responder a más preguntas, cruzándose de brazos refunfuñando por lo bajo. Las contestaciones no pasan de monosílabos ladradas a más decibelios de los necesarios provocando que varios de los clientes cercanos se nos queden mirando. Lo último que me respondió antes de dar media vuelta y dejarme allí en medio plantada ha sido un seco:

—Ya me he encargado del problema.

Y por lo que me he enterado, es verdad. Me lo han asegurado dos hombres de la zona que se han apresurado a seguirme a la salida tras contemplar nuestro numerito en el interior. Al parecer, «el problema» en realidad se llama Jaime, tiene veinte años y es un sobrino de Pedro con pocas ganas de trabajar o hacer nada. Exactamente como me había dicho en su momento Eduardo. Esos dos hombres también me han asegurado que, desde su despido, la tienda ha vuelto a funcionar como antes y que en la última semana no han tenido más problemas con sus encargos.

Lo tecleo de manera resumida deseando que entre esto y otros avances que espero hacer en estos días sea suficiente para que mi supervisor me libere de mi destierro. Abro la conversación con Roge, uno de mis compañeros de departamento, pero veo que sigue pendiente y la vuelvo a cerrar poniendo una mueca. Una cosa es que quiera que Enrique se piense que no pasa nada y otra muy diferente es que yo me lo crea.

Todavía no he sido capaz de encontrar una explicación a la menor cantidad de brotes en la Boullada ni al deficiente funcionamiento del sistema de riego, así que he decidido preguntar a otro de mis compañeros con mucha experiencia en trabajo de campo por si a él se le ocurre algo, pero no hay respuesta, así que voy a tener que esperar.

Puede que quiera escapar de aquí otra vez sin mirar atrás, pero no me perdonaría que le estuviese pasando algo a la finca y que yo lo dejase estar. La cara de Brais con los labios hinchados y los ojos oscurecidos por el deseo aparecen con demasiada nitidez en mi cabeza sobresaltándome. No quiero pensar en eso. Y menos cada cinco minutos. Bajo la tapa del portátil con más fuerza de la necesaria y termino el café de golpe antes de salir a toda prisa del local.

Solo tengo que no pensar. No puede ser tan difícil. Rebusco las llaves del coche en el amplio bolso bajando la cuesta como un autómata parpadeando cada vez que su rostro viene a mi mente. Lo mejor es seguir con todas las tareas que me he impuesto para hoy. Si no tengo tiempo

libre no puedo pensar en tonterías que me pueden destruir, ¿verdad?

El problema es que ya he jugado a este juego antes. Ya he fingido que Brais y lo que siento por él no existe durante demasiado tiempo como para saber que no funcionará, que no lo voy a olvidar. Y menos con ese tatuaje en las costillas con nuestra fecha especial que veo cada vez que me ducho. Debería borrarlo. Ya no significa nada. Tiro el bolso a los pies del asiento contiguo y arranco el coche antes de ponerme el cinto.

Aunque odie hacerlo, aparco en Aselas quince minutos después. No me siento cómoda regresando a este lugar y la breve visita del otro día me ha dejado claro que tengo motivos para pensar así. No me gusta estar aquí porque Aselas es un lugar pequeño y es verdad eso que dicen de «pueblo pequeño, infierno grande», al menos para mí. No quiero volver a encontrarme con mi madre y menos sola y en la calle o en el interior de una tienda. No creo que esté preparada para eso.

No creo llegar a estarlo nunca.

Reviso nerviosa el reloj de pulsera pasando de largo la entrada de la tienda y me obligo a retroceder. Es imposible que me la encuentre a estas horas porque, hasta donde sé, sigue trabajando en el supermercado. Saco el teléfono para comprobar que tengo un mensaje del trabajo en la plataforma que no podré leer hasta que llegue al hostel y lo guardo en el bolsillo de la cazadora cuando tropiezo con un hombre que no se para ni para que me disculpe.

«Respira, Mencía».

Igual es una tontería, pero me he puesto nerviosa, aunque no haya motivo. Dudo si esta visita va a servir para algo, pero estoy convencida de que si en algún negocio de Aselas saben algo es «en la de Higinio». Se trata de la única tienda agropecuaria de la parroquia por la que cualquier vecino que tenga, aunque sea, un jardín pequeño se pasa. Y eso significa que es un punto neurálgico de chismes de la zona.

Ignoro si ha habido problemas con sus ventas. Supongo que no, se trata más que de una pequeña tienda de barrio a la que acudes al momento para llevarte lo que necesitas. No es una gran suministradora para las grandes explotaciones como puede serlo la que he visitado hace un par de horas. Pero seguro que algo habrán oído sobre las gamberradas a las fincas, así que me obligo a cruzar el umbral y dirigirme al mostrador.

La tienda no ha cambiado demasiado desde que yo era niña. Quizá cuenta con un poco más de iluminación y el que atiende ahora ya no es Higinio, sino Ignacio, aunque la gente la siga llamando de la misma manera por costumbre, pero a grandes rasgos es como volver hacia atrás en el tiempo.

Delante del mostrador hay dos hombres de edad avanzada que conversan acaloradamente con el tendero sin que vea nada sobre la meseta que se vayan a llevar. Junto a un expositor lateral una mujer de gran tamaño revisa varios paquetes de semillas con unos guantes amarillos en la mano y desde el otro lado de la estantería llegan unas voces suaves de otros clientes. No me imaginaba que a esta hora estuviese tan concurrida la tienda.

Avanzo de manera calmada hasta ellos deteniéndome a un metro de los que discuten con el tendero soltando golpetazos contra la superficie plana de vez en cuando. Uno de ellos no está de acuerdo con algo del ayuntamiento. No me interesa el tema, así que saco el teléfono del bolsillo y espero.

Unos minutos después la mujer de las semillas me bordea y deja todo lo que llevaba en

las manos sobre el mostrador. Al darse la vuelta me echa un buen vistazo sin cortarse y se aleja buscando más cosas.

Me arde la cara. Y más cuando escucho el nombre de mi madre por detrás de mí, al otro lado de la estantería y poco después aparece la misma mujer con otra más a la que le da un codazo sin discreción ninguna apuntándome con la barbilla hacía mí como si pudiese confundirme con alguno de los ancianos que berrean delante de mí culpando a los políticos de todos sus males.

Como si mi cara no fuese una copia exacta de la de mi madre como un castigo que llevo a cuestas.

Ni me muevo fingiendo que no las he oído, pero me empiezo a impacientar porque Ignacio no parece tener mucha prisa por hacer avanzar la cola ni los otros por dejar de darle a la lengua. Carraspeo dos veces por si así alguno se da cuenta, pero nada. Y por detrás los cuchicheos siguen en aumento y cada vez me es más difícil no escuchar. Meto la mano en el bolso decidida a encontrar los auriculares cuando el móvil me vibra en las manos y al leer el nombre de Brais hace que me replantee toda mi estrategia de trabajo porque el estómago se me vuelve del revés.

Me quedo mirando la pantalla pensando en su ofrecimiento de hacer las tareas conmigo y tuerzo la boca convencida de que si hubiese aceptado no hubiésemos estado en la tienda más de cinco minutos. Brais hubiera ido directo hacia el tendero para obtener su respuesta. Y, por lo visto en estos días, sigue siendo igual de directo. «Ignorar llamada». Deslizo el dedo sobre la pantalla y lo dejo caer hasta el fondo del bolso. Brais no está porque yo no quiero que esté y puedo encargarme de mis cosas yo sola.

Como llevo haciendo desde que me fui a la universidad.

—Disculpe, Ignacio, me gustaría hablar con usted para poder hacerle un par de preguntas. No nos llevará mucho rato, pero si ahora está muy ocupado puede decirme otra hora a la que le vaya mejor.

El teléfono vibra en el interior del bolso y lo ignoro pendiente de su respuesta. El tendero tuerce la cabeza hacia mi dirección rascándose bajo el bigote en una mirada larga y silenciosa, ya que los otros dos también se han callado girándose hacia mí.

—¿Tú eres la hija de Delia, la del supermercado?

Crispo los dedos por dentro de las mangas y asiento con un sabor amargo en la boca convencida de que me va a tocar escuchar alguna monserga como la del otro día a la que las dos de atrás se unirán encantadas y al fin me saldrá una úlcera. Apoya las dos grandes palmas sobre la superficie libre de cachivaches y el universo me sorprende una vez más.

—Ya se lo dije a Eduardo cuando vino a preguntar, muchacha. Daños en las fincas siempre hay, pero nada en especial. A veces un agujero en una valla, otras veces un animal se cuela y tira dos plantas o hace un pequeño estropicio, ... Lo de siempre. Si no fuera por esas cosas, a ver qué vendía yo aquí —bromea y los otros los le hacen los coros con sus risas.

—Claro que sí, pero yo no busco eso. Me refiero a algo de más envergadura, de más cuantía. Como a los que les ataban tuercas a las mazorcas y se les rompieron las máquinas, por ejemplo —digo recordando lo que me contaron la semana pasada.

Saca el mentón hacia fuera y sus ojillos bailan. Casi puedo ver cómo está pensando. Finalmente niega con poco afán.

—Yo de eso no he escuchado nada. No te puedo ayudar.

—¿Y algo de problemas con pedidos, productos, el sistema de riego, la producción ...?
—enumero con él negando a cada una de mis palabras.

—Bueno —interviene el de la barba—, a Matías algo le pasó con la valla que tuvo que cambiarla casi entera hace poco más de un mes.

—¿Y eso qué tendrá que ver, si no anda en la fruta? —increpa el otro anciano terminando la frase con otro manotazo—. Eso fue por otra cosa y a esta chica no le interesa, pasmón.

—¿Qué sabrás tú lo que le interesa? Ha preguntado por daños en fincas, y a ver si que te tiren la valla abajo no lo es —responde alterado.

El tendero chista llamándolos a los dos al orden con un dedo. Parece serio por el modo en que frunce la boca, pero sus ojos brillan con guasa al señalarlos. Me llama con un gesto de la mano para que me acerque un poco más hasta ellos.

—Se dedica a la explotación forestal maderera un poco más arriba, al este de la Boullada. Tiene problemas con los de su comunidad de montes desde hace tiempo —añade en voz baja por toda explicación elevando los hombros—, pero que no tiene que ver con lo tuyo, claro.

Claro. A uno le revientan media finca en la misma zona a un par de kilómetros de distancia de los Fandiño y seguro que no tiene nada que ver con lo que les ha sucedido a ellos. Ni como para nombrarlo siquiera. Me enfurruño por dentro, pero le regalo una sonrisa de cortesía moviendo la cabeza intentando ganármelo, porque si se ha callado esto también se ha podido callar algo más. Está claro que necesito a un lugareño que intermedie por mí porque los tenderos se me dan regular. En cambio, los que pululan por las tiendas se me dan mucho mejor. Ya llevo dos de dos.

—¿Y ese tal Matías tiene apellido o un número de contacto? Solo por si acaso, claro.

Salgo de la tienda apurando el paso anotando los datos del dueño de esa otra finca en la aplicación de notas con las voces de las clientas pegadas a mis espaldas yendo en la misma dirección. No tengo número de teléfono porque mis habilidades de persuasión son nulas, pero al menos tengo un mote: Matías «el Piñas». No lo conozco de nada. Y no es mucho, pero es algo y en cuanto consiga hablar con él se verá si tiene razón el tendero y lo que le ha sucedido no tiene que ver con lo que mi jefe está buscando o no.

Me aprieto el puente de la nariz con cansancio deteniéndome en mitad de la acera y la vista se me va al fondo de la calle, en donde antes vivía con mis padres, y la espalda se me tensa como un reflejo. Estar aquí está removiéndome más cosas de las necesarias. Sobre todo, porque preferiría que no se moviera ninguna.

A dos metros del coche mi teléfono vuelve a vibrar en la mano. Estoy a punto de quitar el sonido sin más cuando veo en el identificador un número que no reconozco y descuelgo por si es algo del trabajo.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Muchacha, soy Leandro. Viniste a mi casa hace unos días.

—Buenos días. ¿Qué tal va...?

—Eso quería preguntarte yo a ti —interrumpe sin tacto—. ¿Qué tal va la investigación?
¿Ya tenemos algo?

Investigación. Lo dice como si fuese yo Colombo, aunque al menos me ha tomado en serio.

—Más o menos —respondo ambigua—. En cuanto sepa algo en firme, le aviso.

—Eso espero. También he hecho algunas preguntas por ahí, pero no he sacado nada.

—Claro, pues ya hablaremos en otro momento....

—Espera, mujer, espera. Sé que estuviste con Correa, ¿te sirvió de algo?

Niego y al otro lado se escucha un gruñido, así que rectifico añadiendo que todavía estoy pendiente de analizar los datos del sistema de riego, pero que ellos no han sufrido daños.

—¿Y con los de Kiwis do Louro tampoco?

Me detengo ante el lateral del coche dejando el bolso a los pies del copiloto y lo rodeo.

—Con esos no he estado todavía. Brais no tenía su número, pero en cuanto pueda me pasaré por la explotación.

—Claro, porque no conocerá a los nuevos propietarios. La compraron hace menos de un año y no van a las reuniones de la cooperativa. Son de fuera —añade con desagrado, como si a los kiwis les importase que los propietarios sean de Tomiño, de Cádiz o de Manresa. Abro la boca queriendo zanjar la conversación—. Pero habla con su padre, con Eduardo, que seguro que conserva el número de su antiguo capataz, Ramón Verde o Vicente o algo así. Es el que está a cargo de la explotación desde hace unos meses.

Con la vista puesta en mis botas de piel me despido agradeciendo su llamada añadiendo mentalmente otra tarea más a la lista. A este paso no las voy a terminar nunca voy a estar desterrada para siempre. Exhalo lentamente con los párpados cerrados hasta apoyarme por entero en el reposacabezas al darme cuenta de lo fatal que va la operación «no pensar» y que ahora no me va a quedar más opción que llamarlo.

Tanteo el bolsillo y meto las llaves en el contacto con los párpados todavía bajados, pero al abrirlos veo que hay algo pegado a la luna delantera. Un papel cuadriculado y medio mojado que alguien ha colocado bajo el limpiaparabrisas izquierdo. La curiosidad puede más que yo y con el motor ya en marcha salgo arrancándolo de un tirón para volverme a sentar.

En la parte delantera pone mi nombre de pila en letras mayúsculas, aunque falta la tilde. Desdoblo el papel con cuidado de no romperlo porque se pega por la humedad y frunzo el ceño. Un mensaje corto y en las mismas mayúsculas en tinta azul.

«Lárgate de Aselas ya y déjalo estar».

Bah. Cómo si me quisiera yo quedar, no te fastidia. Vuelvo a clavar la vista en la nota sin entender para qué me han dejado este tipo de mensaje. O quién. Tampoco es que haya tratado con mucha gente de la zona en los diez días que hace que estoy aquí. En realidad, con los que más he tratado han sido los Fandiño y me juego un brazo a que no ha sido ninguno de ellos. Son demasiado frontales para eso, hasta para su propio bien.

Todavía con el papel en la mano me pongo el cinturón de seguridad y al comprobar por el espejo retrovisor si viene algún vehículo me fijo en el corrillo de mujeres detenido en la esquina conversando y reconozco la cara de una de antes en la tienda.

Eso hace que se me suba un regusto amargo al pensar que esa estúpida notita puede estar relacionada con eso, con sus cotilleos. Arrugo la nota y la tiro contra el bolso de mala gana

sospechando que ha podido dejarla alguien cercano a mi madre y que no me considere bien recibida en Aselas. Enderezo los hombros con rabia metiendo primera. Asco de gente entrometida que solo ven lo que quieren ver. Ya la semana pasada una de aquellas mujeres me acusó de mala hija por haberme atrevido a venir sin hablar con mi madre. Como si el pueblo le perteneciera. Como si yo quisiera estar aquí.

Ojalá poder dejarle una notita de vuelta diciéndoles que no me quedaría ni siquiera por la persona en la que no me permito pensar.

14. MENCÍA

Quince años antes

De reojo me llevo la mano a la mejilla apretando ligeramente para aliviar el dolor tras la intervención del dentista. No se me ocurre quejarme porque los ánimos siguen calentitos desde el viernes. Mi madre ha estado muy seria en el coche, pero ahora que cruzamos la calle principal en dirección a casa lleva la sonrisa fija en la cara saludando a los vecinos y yo la imito de manera automática.

Desde que Brais terminó el instituto el año pasado odio estos días así, en los que no puedo verlo más que de refilón cuando se pasa a saludarme. Mi madre se detiene a conversar con una vecina y yo continúo divagando en mi mente. Estar con Brais es lo mejor del día. Lo único bueno del día, normalmente, por eso tengo un poco de miedo de que mi madre se entere y lo estropee.

Porque lo haría, estoy segura.

Alguien me toca en el hombro y todavía no me he girado cuando lo estoy lamentando al escuchar la voz.

—Mencía, ¡qué bien que te encuentro!

Gimo por dentro al ver la sonrisa de la mujer deseando que mi madre no se hubiera detenido. Mi madre se gira devolviéndole la sonrisa, pero no es sincera como la de la madre de Ana, una de las nuevas en el taxi al conservatorio.

—Quería felicitarte.

«Cállate».

Pongo en ese pensamiento todas mis ganas, pero no ocurre nada de lo que quiero. La mujer continúa y mi madre tensa la barbilla de una manera imperceptible que conozco muy bien. Mierda.

—Mi hija nos ha contado que has quedado segunda en el certamen. ¡Qué orgullosa tienes que estar, Delia!

«Para, para para».

—Desde luego que sí —responde mi madre con una sonrisa aún más grande, pero la mirada que me clava durante un instante está helada—, y más colándose en los premios entre dos pianistas senior. Mi Mencía tiene mucho talento, es la mejor.

Intento que no se note mi respiración entrecortada mientras las dos me observan con atención. Cuando me doy cuenta mi mano sujeta un mechón de pelo y lo suelto enseguida. Mi madre odia que me toqueter el pelo y no quiero añadir más leña al fuego.

—¿Estás bien, Mencía? Has puesto una cara rara.

—Es que le acaban de hacer una endodoncia —indica mi madre y yo me llevo la mano a

la mejilla secundándola—. No es nada. ¿Qué tal le va a Ana con el grado de guitarra?

Tras unos minutos nos despedimos de las dos mujeres y continuamos con el camino a casa, pero yo ya estoy de los nervios por la anticipación.

—¿Te das cuenta de lo que haces? —sisea con amargura por lo bajo casi llegando al portal— ¿Has visto que vergüenza me haces pasar? ¡Qué bochorno!

Cierro las manos en un puño a ambos lados de los muslos con la espalda completamente envarada temiendo lo que viene a continuación. Volver a los mismos reproches del fin de semana cuando parecía que ya lo del estúpido certamen de piano había quedado atrás.

La puerta del edificio se abre desde dentro cuando mi madre está a punto de meter las llaves y la mueca de su cara se recompone por completo antes de que el vecino del segundo se dé cuenta, pero en cuanto estamos en el ascensor regresa.

Y sé que no va a parar hasta que lo descargue todo, una vez más.

Intento fijar la vista en las paredes blancas impolutas de nuestro moderno apartamento del centro de Aselas. La decoración, como todo en nuestras vidas, es perfecta. Al menos a simple vista, que es lo que importa. Deja el bolso en su sitio en el aparador de madera y con dos pasos me empuja ligeramente hacia el salón para después cerrar la puerta que da al recibidor de la entrada para que los vecinos no puedan escucharnos si alza la voz. La apariencia es importante. Es lo más importante.

Y yo la he vuelto a fastidiar.

—¿Es que no puedes hacer nada bien, aunque sea por una vez? —Se pasea de un lado al otro apartándose su cabello caoba de la frente—. ¿Cómo crees que me siento cuando hasta la madre de esa niñata inútil se burla de nosotras porque no eres capaz de hacer lo que te he dicho? No puedo estar llevándote de la mano eternamente, Mencía, ya no eres una niña pequeña.

—Mi profesora estaba muy orgullosa, dice que...

Su mano atrapa mi mandíbula con los ojos brillando contra los míos y un sudor frío me recorre la espalda. Nunca me toca, así que está claro que está más que enfadada. Está furiosa.

—¿Orgullosa? —escupe bajando mi cara hasta la suya—. Eso no te lo crees ni tú, bonita. No hay nadie que pueda sentirse así por ti. No has sido capaz de ganar este certamen, ni el anterior. Eres una inútil caprichosa que no sirve para nada. Te dije que ensayases y no lo has hecho.

—Sí que...

—No me toques las narices, *hija*. Has pasado más tiempo con la cabeza en los libros que ante el piano. Y fui muy clara. Solo tenías que ganar, Mencía. ¿Tanto te cuesta darle una alegría de vez en cuando a tu madre?

—No tuve más tiempo, mamá, con los parciales...

Me suelta poniendo cara de asco y se cruza de brazos ante mí, que me siento como puedo en el sofá con el estómago del revés. Intento poner buena cara para que no se enfade más, pero me cuesta mucho respirar y cada vez tengo más ganas de vomitar.

—Eres una completa decepción, Mencía. Una y otra y otra vez. Y parece que te da igual. ¿Acaso no te importamos lo suficiente tu padre y yo para que tú te comportes de esta manera?

Bajo los párpados con amargura hasta escuchar el repiqueteo de su pie a mi izquierda.

«Mi padre». *Ja*. A él todo esto le importa menos que nada, por eso el mes que echa en tierra al llegar del mar lo pasa prácticamente de bar en bar y no pasa por casa más que para dormir y cenar, como muy bien sabemos las dos.

Sube el tono con cada frase, alternando entre recriminaciones, insultos y expresiones condescendientes como si en vez de estar a punto de cumplir dieciocho años fuese todavía una niña pequeña que no entiende nada.

Inútil.

Fracasada.

Vaga.

Menos mal que me tienes a mí que sé lo que te conviene porque no sabes lo que haces.

Una y otra y otra vez.

Y cada vez me siento más mareada.

Me cuesta muchísimo respirar, pero si me quejo se va a enfadar todavía más así que intento contener las lágrimas sin moverme del sofá hasta que se desfogue y deje que me vaya a la habitación a descansar un rato antes de ponerme a hacer los deberes de química y trigonometría y, con un poco de suerte, cenar sola para no tener que escuchar más por hoy.

Aunque su voz sigue sonando días y días en mi cabeza, sobre todo cada vez que dudo. Especialmente de mí misma.

No sé cuánto rato ha pasado hasta que acaba. Quizás no hayan sido más de diez o quince minutos, aunque a mí se me han hecho eternos, pero su teléfono suena y tras comprobar quién la llama la expresión de la cara cambia y su voz se vuelve suave y aterciopelada. Me siento tan agobiada que no soy capaz de escuchar ni una palabra de las que dice y aprovecho que está ocupada para retirarme a mi habitación un poco tambaleante.

La sensación de náuseas en el estómago es tan intensa que tengo que doblarme porque siento que me puedo partir en dos. Me ayudo apoyando la mano en el marco de mi puerta para coger el impulso necesario para llegar hasta la cama y me tumbo deseando no despertar. Hace unos días, en la bodega de los Fandiño, Kevin puso en el altavoz una canción vieja y ruidosa que hizo que los dos se partiesen de risa. *Pánico a una muerte ridícula* se llama y toda la letra es una enumeración de maneras estúpidas de morir, aunque para sentirme siempre de la manera en que lo hago, cualquiera de ellas parece una salida mucho más aceptable.

Con los párpados cerrados y la mano sobre ellos intento controlar la respiración hasta que gran parte de la angustia desaparece y un acto involuntario como respirar se normaliza. Tomo una gran bocanada de aire, una, dos, tres veces. Fuera de mi habitación no se escucha nada y un poco más tranquila saco el teléfono del bolsillo y pulso llamar.

—Hola, soy Fefa. Brais no puede hablar que está conduciendo.

El aire se me escapa por entre los dientes.

—¿Estás bien, *filliña*?

No. Desde luego que no. Puede que la respiración se haya calmado, pero todavía me tiemblan un poco las manos. Me aprieto el puente de la nariz por enésima vez y me aclaro la garganta antes de responder nada.

—Sí, claro. Es que he ido al dentista.

—Ya. Por cierto, mi hijo me ha contado que has ganado un premio.

—He quedado segunda —corrijo con amargura odiando regresar al temita.

Mi madre siempre dice que segunda no es suficiente, que es igual de malo que quedar última.

—Me alegro mucho por ti, Mencía. Te lo mereces por todo lo que te esfuerzas.

Su voz suena tan sincera al otro lado que se me humedecen los ojos por respuesta. Mi madre quiere que sea perfecta para quererme. Y cada vez es más difícil serlo porque no soy capaz de llegar a todo, entre las clases y el conservatorio. Claro que la madre de Brais no tiene el mismo nivel de exigencia que la mía. El otro día estaba tan contenta porque él y Kevin habían sacado cada uno un cinco raspado en un examen del ciclo, así que me puedo creer que mi segundo puesto le parezca algo bueno o especial. Solo de pensarlo se me escapa un suspiro sin querer.

—Mencía...

—¿Vais a tardar mucho en llegar?

—Un poco, porque acabamos de salir del hospital, en Vigo.

Apenas la escucho y me siento mal. Fefa es una mujer buena, dulce y entregada a la que le está costando curarse del cáncer, aunque Brais me ha dicho que esta vez es la buena y que las visitas al especialista son las de control rutinarias.

—Dile que en cuanto lleguemos la llamo, mamá —escucho la voz de Brais de fondo mezclándose con el ruido del coche.

—¿Lo has escuchado?

—Sí, claro. Gracias.

Respondo de manera automática con ganas de colgar y cerrar los ojos hasta mañana, aunque no va a ser posible. He perdido media tarde en el dentista y tengo que estudiar porque no me quiero imaginar cómo se pondría mi madre si mis notas no fuesen las perfectas. Me quedaría sin navidades.

—Si necesitas algo o quieres desahogarte sabes que nos tienes ahí, ¿verdad?

«Ni de coña». Pongo los ojos en blanco con los párpados bajados conteniendo un resoplido porque no es cierto. Puede que ella lo crea, pero yo sé la verdad y es que nadie me cree cuando hablo de mi relación con mi madre. Y por eso no lo hago nunca. La última vez que me confié fue con la profesora de lengua, un par de meses antes de empezar con Brais, hace ya dos años. Fue un desastre épico. No se lo tomó en serio y además se lo contó a mi madre abriendo las puertas del infierno durante casi un mes.

Ojalá yo tuviese una madre como Fefa. Ojalá las pudiese intercambiar para no tener que estar más con la mía. Ojalá...

Dos golpes contra la puerta avisan y me precipito a colgar el teléfono. No quiero que una persona como Fefa sepa la clase de hija decepcionante que soy en realidad.

—Me voy con tu tía de compras, vuelvo para cenar. Ponte a ensayar para la actuación de navidad para que no nos dejes más en ridículo ante el resto del pueblo. Y deja de vagar. Te lo digo por tu bien, Mencía, preciosa, que parece que si no te estoy yo encima de cada cosa eres incapaz de hacer nada bien.

Siento la lágrima deslizándose hasta el borde de la sien. Ya no recordaba la estúpida actuación para la parroquia a la que me apuntó mi madre el mes pasado y para la que no tengo apenas tiempo para ensayar. Me tapo la cara con las manos y me dejo llevar.

Ojalá... ojalá pudiera no ver a mi madre nunca más.

15. BRAIS

Saco el móvil del bolsillo dudando y lo vuelvo a guardar en el bolsillo trasero del vaquero sin que Kevin saque el ojo de encima a ninguno de mis movimientos.

—¿Qué pasa?

Ni contesto. Levanto y bajo los hombros tanto como puedo conteniendo las ganas de lanzarle un saco de fertilizante a ver si así deja de ponerme esas caras. Odio cuando enarca la ceja de esa manera. Me adelanto a abrir el maletero de la vieja furgoneta C15 que usamos para estas cosas y meto uno de los sacos que están sobre la carretilla. Desde que empezaron los problemas con los repartos de los pedidos cada vez que necesito algo con un poco de urgencia vengo directamente hasta la tienda para asegurarme de tenerlo.

—Que no pasa nada, no seas pelmazo.

Kevin agarra otro que coloca sobre el mío con la ceja todavía enarcada y antes de echar mano al siguiente me palmea la espalda con una risilla escapando entre los dientes.

—Pues para no ser nada, has sacado el móvil del bolsillo tres veces.

Agarro un saco con cada mano inspirando lo más lento que puedo colocándolos con cuidado. Me molesta la conversación, pero la culpa de mi frustración no es suya y no quiero pagarlo con él. Terminamos de acomodar el resto de las cosas en silencio y cuando agarro los cuernos de la carretilla para regresarla a la tienda mi primo abre la boca otra vez.

—¿Es por Mencía?

—Ya sabes que sí. Como siempre.

Arruga los labios echando la barbilla hacia delante y extiende el brazo tirando por la carretilla contra su costado dejando parte de sus tatuajes a la vista.

—Pues llámala.

Pongo los ojos en blanco por lo que parece ser la mejor idea de la semana que no se le ha ocurrido a nadie más. He perdido la cuenta del número de veces que la he llamado desde el domingo: no ha respondido a ninguna y tampoco me las ha devuelto. Al parecer, lo que me dijo iba muy en serio.

—No coge, Kevin. Así que mejor parar antes de que avise a la policía —bromeo sin ganas.

—Hacemos una cosa. Yo devuelvo la carretilla y tú pruebas una vez más. Por si acaso.

«Ya. Por si acaso con las doscientas anteriores no se ha enterado».

Me quedo quieto sin saber qué hacer. Llevo la mano al bolsillo y la dejo caer antes de llegar. No quiero rendirme con Mencía, pero tampoco la puedo obligar. Cierro la puerta trasera de un golpe seco y me refugio en el interior de la furgoneta con la mirada fija en la pantalla del móvil. Si esto fuese una película romántica, sonaría en este mismo momento. No lo hace, claro.

Me vació en un soplido y le doy a llamar una vez más antes de arrepentirme.

Al tercer tono tengo apoyada la frente contra el cristal de la ventanilla llamándome de todo por haberle seguido el juego a Kevin. A la cuarta meto un bote en el asiento al escuchar mi nombre.

—Buenos días, Brais. —Suenas cansada, o harta. Debería hablar con Iria para saber cuánto me puede caer por acoso telefónico.

—Hola, Mencía. Quería hablar contigo.

—Yo también.

«¿Qué?». Espero no haberlo dicho en alto, aunque da igual. No me esperaba esta respuesta. Me quedo tan sorprendido que me toma más de un segundo reaccionar y ella toma la delantera.

—He hablado con Leandro. Bueno, en realidad me ha llamado ya un par de veces desde que estuvimos en su casa. Según él, el encargado actual de Kiwis do Louro es Ramón, el que trabajaba antes para vosotros.

Me trago un resoplido echándome el pelo de la frente para atrás. Vale. Entonces es por eso por lo que quiere hablar conmigo. Por el trabajo. *Genial*.

—Es por si me puedes pasar tú el número o prefieres que se lo pida a tu padre. No quería molestarlo. Y tampoco sé si aún va a estar cuando termine...

—¿Dónde estás?

—En su casa.

—Si me das quince minutos, me acerco y hablamos.

—Solo quiero el número de Ramón o de su jefe para poder ir hasta la finca. No tenemos que hablar de nada más.

—Anda que no, canija. De lo que tenemos que hablar eso es lo menos importante de todo. Espérame ahí.

—Estoy a punto de empezar la videoconferencia con los de mi empresa —chista con tono grave—, así que dame una tregua hasta que acabe, ¿vale?

Tendrá que valer. Espero a que Kevin regrese y le cuento la conversación de camino a la Boullada, en donde el coche de mi primo sigue donde lo dejamos al llegar. Kevin abre la reja para poder meter la furgoneta, que conduzco hasta el cobertizo. No conversamos mucho más mientras descargamos los materiales para almacenarlos en su sitio antes de darles uso. Tampoco cuando se sube a la furgoneta para que lo acerque a su vehículo.

—Entonces yo recojo la comida y tu al tío.

—Vale —me despido sin ganas y conduzco de vuelta hasta el caseto para ponerme con las tareas de mantenimiento más básicas que puedo hacer yo solo. Ya he detectado varias para las que necesito más músculo así que luego enviaré un par de mensajes en el grupo familiar y en el de la pandilla, a ver quiénes están disponibles para echar una mano el sábado por la mañana antes de la comida familiar. Y si necesitamos de más ayuda, llamaré a algunos chicos que trabajan con nosotros durante el año. Puede que ahora mismo las cuentas no den para tener a mucha más gente en nómina, pero lo que no podemos permitirnos es dejarnos ir con la empresa.

Hoy vamos a comer los tres con mi hermana Uxía en su piso y tengo menos ganas de lo

que debería. Por un lado, por todo lo ocurrido con Mencía. Tengo la cabeza en otro lado. Y por otro, por la gestión de las fincas. No es justo, pero tampoco lo puedo evitar. Me cuesta no hablar con ella de las cosas de la empresa cuando llevamos tantos años ocupándonos los dos de todo. Y sobre todo ella, que ha sido la responsable de haber mejorado tanto la empresa en los últimos años a pesar de los problemas.

Me muevo en automático esforzándome por concentrarme en lo que debo, que es el trabajo en este momento, así que me empleo con diligencia al hacer las tareas rutinarias de siempre y reviso que los fertilizantes estén apilados correctamente y en perfecto estado, que el paquete informático que controla el sistema de riego y drenaje funcione correctamente o que nada obstruya las vías de ventilación del cobertizo. Meto un rulo de valla, unos tablones y la pala grande en el maletero por si me hacen falta para luego. A veces cuando llueve se forman huecos en la tierra por los que se cuelan animales pequeños que pueden causar pequeños destrozos en las plantas o en los sistemas de sujeción.

Me rasco la nuca deslizando la mano de adelante hacia atrás repitiéndome que no piense en eso para evitar pensar en ella.

Cierro la puerta trasera y se me enciende algo en la cabeza. Es una estupidez, pero ahora que me he acordado no puedo no hacerlo, así que rodeo el cobertizo para detenerme ante el grupo electrógeno que abastece la finca de electricidad. Todas las explotaciones cuentan con uno ya que en medio del monte no existe la opción de unirse al tendido eléctrico tradicional y la necesitamos para funcionar.

Me inclino por el lado de la izquierda para comprobar el nivel del testigo del combustible del depósito que marca que está por poco menos de la mitad, lo cual es suficiente para aguantar hasta final de mes que es cuando el repartidor del gasoil se pasa por esta zona a rellenarlos. Me limpio las manos contra las perneras tras examinar el resto de los testigos y de comprobar que tanto el motor como el sistema de control funcionan correctamente y regreso a la furgoneta para continuar.

Estoy taponando el segundo hueco en el lado sur cuando me tenso al escuchar la vibración del teléfono en el vaquero y hundo la pala en la tierra retirando uno de los guantes para sacarlo del bolsillo. No es quien esperaba.

—Hola, hermanito. ¿Estás ocupado?

Me armo de paciencia para explicarle a mi hermana pequeña que tengo que terminar lo antes posible en la Boullada para poder pasarme por la tarde por la finca de Os Regueiriños y que tengo mucho trabajo pendiente cuando me interrumpe con su insolencia habitual bromeando sobre tonterías que no vienen al caso. Tras un par de minutos me doy cuenta de que se está conteniendo hasta que finalmente lo suelta.

—Oye, ¿has pensado lo que te dije el otro día sobre contratar a alguien?

Dejo caer los párpados con pesadez agarrando el mango de la pala con fuerza.

—¿Y tú has pensado en lo que te contesté yo sobre que no hay dinero, Iria?

No sé qué le ronda por la cabeza para ser tan insistente con el tema. Quizás alguna de sus amigas necesite trabajo. O quizás es que se ha dado cuenta de que soy un desastre incapaz de ocuparme de las tareas que antes hacía nuestra hermana como si nada.

—Que sí, que solo era una idea. Trabajas demasiado. Oye, que me ha dicho papá que vais a comer con Uxi y...

—¿No habrás llamado a papá para molestarlo con esa tontería tuya...?

—Que no, pesado —me interrumpe a su vez chasqueando la lengua—, que me lo ha contado en el trayecto al centro de salud después de dejar a Mencía en su despacho para la reunión del trabajo. ¿Me puedo apuntar?

Gruño sin tener ni idea de qué habla ahora hasta que caigo en la cuenta, pero ella continúa parloteando de manera descontrolada de una forma que solo hace cuando está nerviosa.

—¿Qué pasa, enana?

—¿Me puedo apuntar o no? Había quedado con Sara para comer y también había pensado en invitar a Mencía para que se conocieran, pero me he quedado sin planes. Una me ha vuelto a dar plantón para que no se enfade el novio y la otra ya no estaba al dejar a papá en casa.

—Habla con Kevin, que es el que ha encargado la comida. Y no des la turra con el temita delante de Uxía.

—Que sí, mi capitán —ríe antes de colgar.

Hundo el teléfono en el bolsillo elevando la vista al cielo plagado de nubes densas. Está claro que si pensé que iba a devolverme la llamada al terminar con la reunión me he equivocado. Roto un par de veces el hombro derecho sobrecargado para volver a empuñar la pala para cubrir el siguiente hueco de gran tamaño que todavía está encharcado y al acabar y asegurarme de que no hay más en esa zona conduzco hasta que encuentro el siguiente desperfecto en el perímetro. Me estoy moliendo vivo a trabajar, pero al menos es eficaz en no dejarme pesar tanto.

El teléfono me suena un par de veces con mensajes de mi primo y mis hermanas. Kevin se ocupa de encargar más comida y de recoger a Iria de camino a Aselas. En el chat grupal Uxía avisa de que ha recibido la notificación del juzgado para prestar declaración a finales de abril e Iria responde que cuente con ella. A través de la valla veo a lo lejos el pozo de piedra y cierro el puño con rabia al pensar en lo cerca que estuvimos de perderla hace unos meses. Y en lo dura que está siendo su recuperación, aunque siga sin quejarse de nada. Aprieto los labios, convencido de que es mejor no decirle nada de los problemas que he tenido con los del banco o de las sospechas de Mencía o de lo pesado que se ha puesto Rocha con lo del traspaso de la finca hasta que esté más recuperada y el mal trago haya quedado tan atrás que casi lo hayamos podido olvidar.

Me quedo un rato ensimismado con la vista perdida en ese punto antes de volver al trabajo cavando con más fuerza de la necesaria intentando eliminar todos los malos pensamientos cuando el teléfono vuelve a vibrar en mis vaqueros y maldigo en voz alta aprovechando que nadie puede oírme antes de tirar la pala al suelo para arrancarme el guante. Seguro que es Iria con otra de sus tonterías.

Me quedo pasmado al ver el nombre de la mujer que se me estaba escapando por segunda vez y paso varias veces la yema hasta que descuelga. Al otro lado escucho un hipido entre lágrimas que me sobrecoge el corazón.

—¿Qué te pasa, Mencía? ¿Estás bien?

—Brais, ayúdame, por favor.

16. MENCÍA

«Brais, ayúdame, por favor».

Estoy tan cansada que me parece que he pronunciado esas palabras hace días, pero no creo que hayan pasado más que unas horas.

Un agente se acerca a la puerta con una sonrisa amable acompañando mi nombre con un movimiento de la mano. El remolino de nervios vuelve a agolparse en mis tripas y en vez de incorporarme aprieto la mano que Brais no ha aflojado de mi antebrazo desde que hemos llegado.

—¿Podemos entrar con ella? ¿O mi hermano, al menos?

El agente parece que se lo piensa unos instantes y luego asiente moviendo la cabeza. Es Brais quien me ayuda a levantarme sin separarse de mí. Se lo agradezco, pero a la vez me siento ridícula por haberlo molestado llamándole con esto. No somos nada. Nada de nada. Pero en el momento solo me vino su cara a la cabeza.

Al entrar en la oficina otro guardia civil nos ve con una expresión seria del otro lado del escritorio con el auricular pegado a la oreja y señala las sillas con el índice antes de girarse hacia el ordenador para ver algo. Tiene el pelo aplastado para un lado, los ojos oscuros y brillantes y un rictus de preocupación en la boca que no desaparece en toda la llamada. No es mayor, quizá unos diez años más que nosotros, pero desprende autoridad.

Estar allí me pone más nerviosa y, como si supiese lo que pienso, la mano de Brais se desliza por la mía hasta entrecruzar los dedos y darme un par de apretones suaves. Se ha portado muy bien todo este tiempo. Aunque Brais siempre ha sido bueno conmigo. Lo mejor que he tenido.

—Disculpen la llamada —dice sonriendo tras colgar—. Soy el Cabo Iglesias y el agente Sánchez me ha comentado que quiere interponer una denuncia... —Sacudo la cabeza negando y él se calla al darse cuenta—. Estamos aquí para ayudarla, no para que se ponga más nerviosa. ¿Qué le parece si me cuenta lo que ha pasado y vemos lo que podemos hacer?

Su tono es agradable, pero firme y se nota que sabe lo que se hace. Suelta un par de bromas buscando relajar el ambiente y conversa con el resto durante unos minutos hasta que vuelve a fijarse en mí.

—¿Qué ha pasado, Mencía? ¿Te importa que te tutee? —Niego apretando la boca en algo que no parece una sonrisa por mucho que lo intente y él levanta las cejas echándose hacia atrás en su asiento—. Vale, igual te es más fácil si te hago unas preguntas. ¿Desde cuándo conoces a Fandiño?

Sorprendida busco de reojo a Brais que me hace un gesto para que responda.

—Desde... No sé, desde el colegio. Tengo la edad de su hermana —añado señalando hacia fuera— Somos de Aselas, nos conocemos todos.

—¿Eres de aquí? Es que llevo años en el puesto y creo que es la primera vez que te veo.

—Vivo fuera desde hace años.

—Desde que se fue a la universidad —añade Brais provocando que el cabo alce una ceja.

—¿Llevas mucho aquí? ¿Has venido de vacaciones o a ver a alguien o...?

—Diez días. Por trabajo.

«El trabajo». Incrédula pongo la mano libre en jarras contra la cintura dejando escapar un suspiro y al ver la mirada lastimera de los dos decido que ya he tenido suficiente de preámbulos. Me suelto de su mano para colocar ambas sobre las rodillas como para sujetarme a mí misma y Brais me las acaricia antes de dejarme espacio.

«Respira, Mencía, respira».

—Soy ingeniera agrónoma y trabajo de consultora en una empresa. Un holding a nivel nacional. Ayudo a agricultores y ganaderos a mejorar su modelo de negocio. Ay. Es que no entiendo por qué ha pasado esto, ¿sabes? Tenía el coche aparcado por debajo de la calle de correos. No había nadie ni más coches aparcados en ese momento. Entré en el todoterreno, pero cambié de idea. Quería dejar el portátil en el maletero, así que lo hice y cuando iba a volver a entrar...

Otro suspiro. Y otro más. Me baila un pie. Y estoy a punto de ponerme a llorar.

Bajo los párpados al sentir la mano de Brais apretando ligeramente mi hombro derecho. Los dejo entrecerrados mirando un punto en el suelo decidiendo soltarlo todo rápido y de una vez como si me arrancase una tirita.

—No sé muy bien cómo pasó. De repente sentí un golpe muy fuerte en la espalda, me di con la cabeza contra el coche y ya no me pude mover porque me aplastaba contra la puerta con mucha fuerza y con la otra mano me empezó a apretar la garganta. No podía respirar. No podía gritar. No... No lo pude mirar. Sé que llevaba guantes gruesos negros como de moto y...

Me agobio al recordarlo, aunque sé que ya no está sucediendo y se me corta de nuevo la voz. Cierro los párpados para tomarme un momento antes de seguir para no derrumbarme como antes y me doy cuenta de que el guardia civil está tecleando en su ordenador. Seguramente lo lleve haciendo un buen rato. Siento el brazo de Brais rodeando mi espalda y su voz pausada cerca de mi sien.

—Respira hondo, canija, que lo estás haciendo muy bien.

Suelto el aire de a poquitos entre los dientes antes de volverlos a abrir y el cabo me anima a seguir con tacto.

Lo hago intentando librarme de las emociones. Intento dejar de lado lo que sentí en ese momento. La sensación de agobio infinita, el pánico que se adueñó al instante de mi cabeza, las piernas flojas incapaces de sujetarme. La incredulidad de que algo así me estuviese pasando a mí un miércoles al mediodía cerca de un descampado en un sitio donde nunca pasa nada.

—Pensé que me iba a robar o a hacer... *algo*. Intenté apartarme, pero era mucho más fuerte que yo y casi ni lo movía. Me apretó la tripa contra la espalda y me tiró del pelo apretándome más del cuello. Y entonces me dijo que parase de meter las narices donde no me llamaban con tantas preguntas por las fincas

—¿Por las fincas a las que asesoras?

Asiento sin ganas.

—Y cuando me intenté apartar dijo «deja de ir detrás de la Boullada y de los Fandiño si no quieres que a la siguiente te parta la cara». Y me separó un poco del coche para lanzarme contra la puerta otra vez, pero más fuerte. Cuando me di de vuelta ya no lo vi, debió subir por el cruce.

El cabo Iglesias asiente con mirada seria echándose hacia atrás en su silla de escritorio. Sus agudos ojos oscuros se clavan en los míos con intensidad y me arrugo un poco ya sin fuerza por la tensión contenida.

—No le vi la cara, creo que llevaba un pasamontañas negro. No soy muy buena testigo, ¿verdad?

Niega con una sonrisa que no le alcanza los ojos inclinándose ligeramente hacia mí.

—¿Se te ocurre algo más? Algún detalle de la ropa, un olor, un acento... Si no, tampoco pasa nada.

—No —niego sacudiendo la cabeza. He revisado varias veces la escena en mi cabeza y no he sacado más en limpio.

—Si se te ocurre algo más adelante nos lo dices. A veces a algunas personas les ocurre eso.

No me quito el agobio de encima, aunque el resto de la testifical es mucho más sencilla. Primero quiere que le explique lo que he hecho durante el día hasta llegar a la amenaza del coche. Lo resumo centrándome únicamente en lo que le puede interesar, explicando que, tras asistir a dos reuniones por videoconferencia, la primera más general y la segunda solo con los de mi departamento, he visitado algunas tiendas pequeñas que también cuentan con productos agropecuarios de la zona, aunque sin resultados.

A cambio, omito deliberadamente contarle nada sobre la llamada de Brais a primera hora y que escucharle me ha afectado más de la cuenta, el soliloquio de su hermana de camino a casa de su padre con lo molestas que están algunas de su pandilla porque su amiga Sara no acudiese al cumpleaños la semana pasada a pesar de haberlo organizado y que a veces le da la impresión de que anda escondida o el sentimiento cálido que se adueñó de mi pecho al recibir el inesperado abrazo de Eduardo Fandiño en su cocina. Tampoco digo que en más de una ocasión he estado a punto de llamar a Brais porque una parte de mí quiere escuchar lo que tiene que decir sobre *lo nuestro*.

Aunque, en realidad, no hay nada nuestro.

Y aun así, mientras temblaba contra el lateral del todoterreno de alquiler sintiendo que las piernas estaban a punto de vencerse incapaces de soportar mi propio peso, la única persona que vino a mi mente fue Brais. Lo necesitaba.

Intento no divagar y concentrarme en lo que digo, aunque en más de una ocasión pierdo un poco el hilo cuando a sugerencia de Brais cuento pinceladas sobre las sospechas de fraude al seguro de mi supervisor por los ataques a algunas de las fincas. Tras dos o tres preguntas sobre mis escasas averiguaciones Iglesias quiere que le detalle todas las empresas con las que he estado en contacto desde que he llegado o qué sitios he visitado, pero me cuesta recordarlos todos. Los tengo anotados en mi agenda, pero no tengo ni idea de dónde está mi bolso. Me siento extenuada y comienza a dolerme la cabeza. Al segundo rugido de mi tripa el cabo da por finalizada la declaración para que vayamos a comer y Brais arruga los labios al ver que son casi las cuatro de

la tarde.

—Come algo e intenta descansar, que te vendrá bien —indica recogiendo las hojas firmadas de mi declaración.

Se supone que hay que leerla con atención, como bien me ha indicado, pero no he sido capaz de descifrar ni una línea. Siento que llevo tanto rato aquí que me cuesta concentrarme. Y quiero largarme y olvidarme de lo sucedido, aunque sea por un rato.

—Y también me gustaría hablar contigo —añade hacia Brais—, no ahora mismo, pero cuando antes mejor.

—¿Qué te han preguntado? —Levanta los hombros con desinterés, pero en cuanto me cruzo con sus ojos color miel es obvio que no es más que una pose.

—Nada. Tonterías de polis —indica con sus manos anchas y huesudas contrayéndose sobre el volante hasta que las puntas de sus dedos se blanquean al accionar el intermitente—. Que igual Iglesias se había creído que si supiera quién te ha atacado iba a ir hasta allí a decírselo en vez de estar retorciéndole el pescuezo, pero ahora ya le ha quedado claro que no.

«Porque nadie le toca los cojones a su familia». No hace falta que lo diga en alto, se lo he escuchado demasiadas veces en el pasado para no saberlo de sobra. Y queda claro que alguien lo ha hecho nombrándolos al atacarme.

Farulla algo entre dientes al torcer en una calle en dirección al centro de Tomiño y por enésima vez me pregunto a dónde voy, porque desde su regreso al piso de su hermana no es que haya abierto mucho la boca. Teniendo en cuenta hacia donde conduce, he supuesto que regresábamos con Iglesias y por eso me sorprende que estacione frente al gimnasio nuevo.

—¿No vamos al cuartel?

—¿Para qué? —responde seco arrancando las llaves del contacto. Parpadea un par de veces observándome fijamente—. ¿Te has acordado de algo más?

No. De nada más que de su brazo incrustado en mi cuello robándome el aliento mientras me tenía completamente dominada contra el coche. Aprieto los labios negando y a él se le escapa un suspiro demasiado alto antes de salir de la furgoneta.

Al salir de la declaración hemos ido directos hasta el piso de su hermana, en el centro de Aselas. Uxía apartó varias raciones de la comida que tenían encargada y los dos comimos prácticamente en silencio y sin más compañía que ella. En realidad, eso fue un alivio porque no me apetecía ver más miradas lastimeras o tener que repetir otra vez la misma historia y ella ya la conocía de primera mano.

Si me sentí un poco tonta yendo con los Fandiño al cuartel, al quedarme a solas con su hermana en el salón de su casa me sentí completamente ridícula al darme cuenta de una cosa. Uxía había sufrido un ataque brutal unos meses atrás y por lo que había leído y escuchado en la tele y en la prensa, se había enfrentado a su agresor como una auténtica jabata. Como una guerrera. Había presentado batalla. Casi la matan y todavía le quedaban secuelas.

A cambio yo me había quedado retemblando contra mi coche de alquiler a saber cuánto tiempo por un empujón y una amenaza de nada. Y aún peor, me había costado cinco intentos abrir el coche con el mando de tanto como temblaba. Había tenido que llamar a Brais

sintiéndome perdida y casi sin poder hablar. Y tanto él como su hermana habían escuchado mi grito de pánico cuando Uxía golpeó el cristal de la ventanilla para que le abriera el coche para hacerme compañía mientras él me tranquilizaba al otro lado de la línea de camino hasta mí.

—¿Entonces a dónde vamos? —pregunto al tenerlo frente a mí al bajarme del coche. Su pelo castaño está hecho un desastre que apunta a todos lados y la barbilla puntiaguda tan apretada que parece a punto de estallar.

En vez de contestar pasa una de sus manazas sobre mi hombro acercándose contra su costado y la sensación familiar de su chaquetón de pana contra mi mejilla y su olor fresco y especiado a recién duchado hacen que me dé igual que no responda. Ni cinco minutos después entramos en un edificio antiguo en la parte baja de la general y me aprieta más contra él para subir juntos por las escaleras. Cuando mete la llave en una de las cuatro puertas del tercero me queda claro que vive allí y no en Aselas, como yo creía.

—¿Por qué hemos comido en casa de tu hermana si nos hubiera costado menos venir hasta aquí andando?

Tuerce la boca en una mueca dejándome pasar a un espacio amplio de paredes amarillas y muebles azules que no me pegan nada con él. Cruzo el umbral y me doy cuenta de que se trata de una cocina salón dividida únicamente por un escalón que no tiene ningún sentido en medio de esa estancia. Al fondo hay unas ventanas grandes con vistas hacia donde hemos estacionado el coche y frente a mí hay tres puertas, aunque una de ellas tiene pinta de esconder un armario, más que una habitación.

Brais toma mi mano con la misma naturalidad que ha hecho desde que me sacó de mi coche para llevarme al cuartel y me guía hasta sentarme en el sofá de color azul desvaído que queda frente al televisor, mientras que él se acomoda en una banqueta de madera. Este piso es demasiado pequeño para él. Mis piernas tropiezan con la mesita de café y mido veinte centímetros menos.

—¿No me vas a contestar? ¿O no es tu piso?

Con los labios arrugados estira el brazo y vuelve a adueñarse de mis dedos.

—Allí teníamos comida ya. Y no quería que te quedases sola el rato que tuviese que pasar en el cuartel.

Vale. Eso tiene sentido. Aunque el modo en que me está mirando comienza a ponerme nerviosa.

—¿Te han dicho algo raro los guardias?

—Que no te sacase el ojo de encima, y eso pienso hacer. Te quedas aquí.

—Tengo que trabajar.

—El bolso con el ordenador está ahí—indica con un movimiento de la cabeza hacia atrás. Tenso la cara y su pulgar se tensa en torno a mi muñeca—. Aquí tienes sitio de sobra para trabajar sin que nadie te moleste. Y si tienes que ver más fincas te acompaño. Y si yo no puedo, Kevin o mi padre o alguien.

—Es que no creo que sea buena idea... Estoy bien.

—Seguro —señala hacia abajo con la barbilla—, por eso te lleva botando el pie desde que te subiste a mi furgoneta.

Me suelto de su mano con molestia y hundo ambas palmas con fuerza sobre la rodilla para parar de repicar con el pie en el suelo. Ni me había dado cuenta de que lo estaba haciendo hasta que me lo ha dicho. Lo rehúyo recorriendo el estuco amarillento de la pared opuesta intentando tomar una decisión. El movimiento circular de su índice contra mi piel me despierta unas cosquillas que me recuerdan demasiado a lo que estuvo a punto de suceder hace apenas unos días.

—No me puedo quedar a vivir aquí contigo —susurro sin verle.

—Joder, Mencía, que no te estoy pidiendo que te mudes a vivir conmigo para siempre —ruge con molestia agarrándose las caderas—. Solo quiero que estés bien y a salvo hasta que averigüen quién te ha amenazado o por qué. Si no quieres, no me hables o lo que sea que quieras hacer, pero no te pongas en peligro solo porque...

Se pasa el antebrazo por la frente con furia levantándose de golpe y medio segundo después se cuela en la habitación de la derecha cerrando con un portazo.

Me reclino hacia atrás en el sofá que me devuelve su olor al recostar la cabeza en la gruesa tela azul. Estiro la manga del jersey y, al soltarla, la pierna vuelve a botar descontrolada recordándome el amasijo de nervios que se adueña de mi estómago cada vez que pienso demasiado y eso algo que no he sabido dejar de hacer desde que he llegado a mi antiguo pueblo. Claro que el hecho de que un tipo me empotre contra el coche con pocos miramientos no ha ayudado, pero el haber visto a mi madre o haber recibido aquella notita en su nombre tampoco.

O quizá sea por lo del sábado noche.

Suelto el aire contenido forzando una sonrisa porque hasta yo sé que eso es mentira. Uno de los pocos momentos en los que he sido capaz de dejar la mente en blanco y no pensar fue ese, en el coche, entre sus brazos, muriéndome por las ganas de más. Como cada vez que me he sentido tranquila en este pueblo. Ahora y entonces. Y a pesar de rechazarlo cada una de las veces no ha dudado dejar lo que estaba haciendo para venir a ayudarme. Como siempre.

Me muerdo el interior del carrillo dudando durante varios minutos más, completamente paralizada.

«Por una vez, deja de pensar y actúa».

Me incorporo con rapidez del sofá y al abrir la puerta de su habitación lo encuentro sentado a un lado de la cama con los codos sobre las rodillas y la cazadora arrugada a sus pies. No me fijo en nada más que en Brais. Levanta ligeramente la cabeza observándome con una expresión sorprendida que ignoro llegando hasta él inclinándome lo suficiente para rozarle los labios con los míos, pero su mano me detiene. La aparto y lo vuelvo a besar.

—Esto no es lo que quieres, Mencía. Me lo dejaste muy claro el sábado.

—Puede, pero es lo que necesito —respondo colocándome de pie entre sus piernas recorriendo su mandíbula angulosa con la yema de mi dedo.

—¿Y lo que necesitas es...?

Trago saliva al ver la expresión de sus ojos. Puedo responder muchas cosas y todas ellas serían ciertas. Quiero dejar de pensar y dejarme llevar; recuperar lo que una vez tuve y no he vuelto a sentir más. Me gustaría darme una oportunidad. Quiero... Opto por la respuesta más clara, directa y sincera que tengo. Aunque me cague de miedo.

—A ti.

Me humedezco los labios con nerviosismo nada más decirlo y sus ojos almendrados destellan con un ardor que me revuelve por dentro antes de estirar el brazo tirando de mí hasta que acabo a horcajadas sobre él estampando su boca en la mía para devorarme entera arrancándome el primer gemido en cuanto entra en mi boca.

«Joder».

Una mano se cuela bajo mi ropa ascendiendo por el costado erizando la piel a su paso mientras la otra se incrusta en mi culo para pegarme a su cuerpo firme y duro mientras yo intento seguir el ritmo endiablado de su beso sin saber cómo hago para poder respirar al mismo tiempo. Se separa de mi boca y sus ojos me observan de una manera que me dejan claro que soy suya.

Que sigo siendo suya.

De un tirón levanta el jersey y la camisa a la vez clavando la vista en mi pecho con ansia y cuando su lengua me acaricia por encima del encaje del bralette nuestros jadeos retumban por su habitación. Le agarro por el pelo y lo pego contra mí muerta de necesidad y su boca toma de nuevo el control torturándome de una manera exquisita a través de la tela acariciando, chupando y mordiendo sin pausa.

Dejo caer la cabeza hacia atrás para darme cuenta que estoy tumbada en el colchón, aunque tampoco me importa. Solo sé que quiero más, mucho más. Todo. Las palmas de sus manos estimulan mis pechos hinchados y su lengua avanza sinuosa hasta detenerse en mi ombligo haciendo que la piel hierva a su paso antes de ascender de nuevo.

Un tirón brusco retira el encaje de mi pecho derecho desgarrando la costura y antes de que pueda decir nada su boca lo cubre chupando con ansia.

Gimo. No lo puedo aguantar más. Mis pechos son tan pequeños que le caben por completo en la boca y esos tirones me están volviendo loca cuando pasa de una a la otra. Apenas soy consciente de que sus manos me abandonan hasta que siento el frío en mis pezones húmedos y tensos. Su barba incipiente me araña la piel al mordisquearme la tripa y noto el movimiento de sus dedos liberándome del pantalón sastre.

—Solo esta noche—susurro más para mí que para él.

—Eso ya lo veremos —replica arañándose el interior del muslo hasta detenerse sobre mis bragas.

Contengo la respiración. Llevo un culote antierótico y meses sin depilar, pero el modo en que me observa con los ojos oscurecidos al quitarme las bragas hace que me sienta la mujer más deseada del mundo. Se arrodilla entre mis piernas separándose las rodillas y murmura algo entre dientes que no llego a entender.

—Brais...

Quiero decirle que se desnude, que se tumbe sobre mí o que haga cualquier otra cosa más que mirarme de ese modo. Sin embargo, cuando levanta la cabeza acariciando el interior de mi muslo se me corta la respiración y me limito a sostenerle la mirada sintiendo que todo lo que tuvimos un día sigue vivo ahí.

—¿Qué? —pregunta con una sonrisa desafiante con un dedo recorriendo los labios de arriba abajo esquivando mi entrada.

Voy a protestar, pero me agarra las piernas para colocarlas en sus hombros y cualquier atisbo de pensamiento se escapa cuando pasa la lengua entre los pliegues resbaladizos. Me

tiemblan los muslos con sus manos sujetándome para que no los cierre y tengo que agarrarme con fuerza al edredón en el momento que una de ellas me tantea introduciendo dos dedos.

Lo escucho pidiéndome que me relaje mientras no deja de torturarme de una manera exquisita que me deja sin habla. Mi voz sale entrecortada y de una manera vergonzosa y ni sé lo que farfullo. Soy incapaz de centrarme en nada más que sus dedos, su nariz y su boca haciéndome sentir. Llevándome al límite una y otra vez para después aminorar y mantenerme en una especie de trance delicioso y sin final.

Extiendo los brazos intentando acariciarlo, pero le clavo las uñas cuando me tenso y él aprieta mis caderas para evitar que me escape sintiendo mis temblores. Todo da vueltas a un ritmo endiablado y una parte de mí pide la liberación, pero otra no quiere que esta tortura acabe jamás.

—No te aguantes más, Mencía. Córrete —exige contra mi sexo y me derrumbo por completo acatando la orden.

El tiempo se detiene, igual que mis pulmones. Un orgasmo brutal me recorre de arriba abajo arrasando todo lo que encuentra a su paso sacudiéndome sin control. Intento aaferrarme a algo sintiendo que mi espalda se contrae y se retuerce sin que yo pueda controlarla. Los párpados caen pesados y grito algo inteligible dejándome llevar por completo por primera vez en mucho tiempo.

No sé cuánto rato pasa, porque todavía respiro de manera entrecortada, pero al abrir los ojos veo la cara de Brais sobre la mía con los ojos completamente oscurecidos de deseo y algo más que no quiero identificar. Sonríe con una mezcla de felicidad y vergüenza y él se inclina lo suficiente para acariciar la punta de mi nariz con su barbilla. Inhalo despacio para evitar hacer o decir alguna tontería de la que arrepentirme al medio segundo.

Como, por ejemplo, que ha sido perfecto.

O que quiero más.

O que no creo que me baste con solo una noche antes de volver a mi vida normal.

En cambio, levanto un brazo enredándome en el cabello de su nuca y me incorporo lo que puedo para comerle la boca con las escasas fuerzas que me quedan y acaba siendo él quien controla el beso. Al moverme siento su pene rozando mis caderas atrapado entre la tela de su bóxer. Sorprendida me separo.

—No hace falta que hagamos nada más, canijis. Sentirte así ya ha sido perfecto.

«Ni de coña».

Cuelo una mano entre los dos agarrándolo por encima de la tela de algodón y lo noto palpar entre los dedos en cuanto los muevo. Me gusta saber que no soy la única al límite en esta habitación. Intenta besarme de nuevo, pero meto los dedos por la goma elástica hasta lograr bajarlos y subo acariciando su piel aterciopelada desde la base.

—Sí que hace falta. Quitátelo. Esto es algo que solo va a pasar esta noche.

Con un movimiento rápido se los quita y se queda de rodillas frente a mí con una sonrisa engreída.

—Ya.

Claro que ya. Intento borrarle la sonrisa agarrándolo de nuevo, pero se tumba sobre mí

con su pene contra mi entrada y mi vientre se contrae de anticipación.

—Deben ser las seis de la tarde, Mencía. Y la última vez que lo comprobé, en Tomiño no existían las noches polares.

Lo último lo susurra pegado a mi oreja y al terminar me muerde el lóbulo para luego lamerlo. Está haciendo trampas. Sabe que no me contengo cuando hace eso. O lo sabía. Exhalo en silencio arrugando la colcha entre mis dedos.

—Es una manera de hablar. Y no hagas eso.

Otro mordisco más fuerte y después su barba y su lengua torturando mi cuello.

—Otra manera sería decir que podemos repetirlo tantas veces como queramos mientras te quedes en el piso.

Concentro toda mi atención en el roce de sus manos en mis caderas. No tengo pensado pasar más que este día en su casa, así que lo que hemos dicho significa más o menos lo mismo. Mañana por la mañana, en cuanto salga para trabajar puedo ir en taxi hasta el coche. O en bus hasta Tui, directa al hostel.

—Vale.

—Vale, ¿qué?

Me retuerzo como puedo hasta alcanzar su miembro y le devuelvo la sonrisita al escuchar su jadeo. Sacudo la mano de arriba abajo un par de veces satisfecha viéndole apretar los dientes.

—Que te des prisa y te dejes de tanto hablar.

Retira mi mano apartándose y escucho el rasgido del condón que se coloca entre mis piernas. Recorre mis pliegues con su punta, intento guiarlo donde lo quiero me aparta para recorrerme una y otra vez provocando que mis piernas tiemblen de nuevo. Con los ojos tan oscurecidos que casi ni se aprecia la manchita oscura se tumba sobre mí y disfruto de sentir su peso sobre mi cuerpo. Tenía que haberle quitado la camiseta, pero ya es tarde. Está casi dentro de mí. Abro las piernas todo lo que puedo ansiosa por recibirlo mientras que él me muerde la barbilla con delicadeza.

—Prométemelo, Mencía, que no te irás mientras sigamos sintiendo esto.

Me parece que jadeo un sí. No estoy segura. Sé que le aprieto las nalgas obligándolo a entrar y él lo hace tan lento que creo que me muero. Su frente se posa en la mía y su aire caliente se mezcla con el mío. Mis manos se clavan en los músculos tensos de su espalda. No me puedo creer que esté dentro de mí otra vez.

Mueve la cadera ligeramente y exhalo a punto de correrme de nuevo. Todo lo que me hace este hombre sigue siendo un puto peligro. Clavo un talón en su nalga fijando los ojos en él y asiento. Es mi puto peligro. No sé por qué, pero digo que sí con más seguridad de la que tengo.

Sale despacio y entra de nuevo con una embestida brutal. Me quedo sin aire y comienzo a temblar. No sé qué he prometido exactamente, pero si incluye más de esto, seguro que puedo aguantarlo un par de días, aunque cuando llegue a A Coruña tenga que pagar las consecuencias. Me levanta una pierna y entra con contundencia sin darme tregua con la frente arrugada y perlada de sudor. Estiro las manos, inconsciente de lo que hago con todo el cuerpo al borde del colapso.

A la tercera embestida el mundo se derrumba y disfruto del éxtasis que me envuelve en

una ola de placer tras otra sin dejar de gritar su nombre.

17. MENCÍA

Levanto la cabeza al notar una sombra y veo que me hace una seña con la mano para que lo siga, así que me apresuro a meter todo de nuevo en el bolso antes de dejar esa sala de espera estrecha y alargada.

—¿Lleva mucho esperando? —pregunta pasando de largo la del día anterior y entrando en una habitación al fondo. Es mucho más pequeño que el despacho del cabo y en este caso los expedientes están en las estanterías del fondo, en vez de en el escritorio donde entre la mampara de plástico y el ordenador no queda sitio libre para mucho más.

Evalúo la respuesta. Desde salí furtivamente del piso de Brais aprovechando que su primo tenía que ir a hacer un recado me ha dado tiempo a repasar un par de veces la lista que he hecho en el Excel, he intentado llamar un par de veces a mi supervisor sin éxito dejándole un mensaje explicándole lo sucedido y he revisado la mitad de los emails pendientes del trabajo, así que he debido echar mínimo una hora.

—No, no mucho.

Me detengo frente a él que ya sentado tras el escritorio me señala la silla, pero no reacciono. Este guardia no estaba el día anterior y aunque es una tontería en mi cabeza había dado por hecho que volvería a atenderme el cabo y que no necesitaría repetir una vez más la historia. Además, por las voces alteradas que se filtran desde el otro lado de la pared, es obvio que el otro despacho está ocupado.

El hombre que tendrá cerca de sesenta años me observa con atención entornando los párpados y me reprendo al instante. Poso el bolso sobre el único hueco libre de la mesa y me apresuro a sacar el ordenador y la agenda antes de que piense que me falta un tornillo. La noche pasada ha sido una de las mejores de mi vida, pero liberar tanta química de golpe en la cama de Brais ha debido cargarse algo dentro de mi cabeza. Sonrío apartando la silla verde acolchada en la que cuelgo el bolso y uso el espacio para colocar ahí el ordenador.

No sé qué me pasa, pero voy medio alelada. Puede que sea porque Brais me ha despertado entre besos muy temprano para avisarme de que tenía que salir por algo de trabajo. O puede que sea porque lo que he hecho durante más de media noche en su cama de alguna manera ha vuelto difusos los márgenes, entremezclando los viejos recuerdos con los nuevos y tengo miedo de confundirme.

Así que en cuanto Kevin me ha dejado sola en el piso que comparten mientras duran las obras de su edificio, he cogido una camiseta y una sudadera de Brais que me quedan enormes además de no pegar nada con mi pantalón sastre de ayer y he venido pitando para el cuartel. Necesito hacer algo con toda esta energía y mantenerme ocupada porque me niego a admitir que me siento abrumada con tantas emociones. Estoy cagada de miedo y, a la vez, deseando repetir lo sucedido.

Su carraspeo me saca de mi ensimismamiento forzándome a actuar.

—Me llamo Mencía Rodríguez. —Estiro la mano sobre la mesa hasta que me doy cuenta de que no se trata de una visita comercial y me obligo a tomar aire.

—Ah. La de ayer.

—Esa misma —confirmando encantada de no tener que explicarme. Al menos es un alivio que por una vez tener un nombre menos común haya servido para algo—. Ayer el cabo me pidió que le facilitase los nombres de las empresas o personas con las que me haya reunido desde que he llegado. Los he juntado en una hoja de cálculo y no sé si tengo que imprimirlos o mandarlos por email o ...

—¿Por qué no te sientas? —sugiere girándose hacia su ordenador.

—Estoy un poco nerviosa. Es la primera vez que me siento de este lado.

El agente se muestra amable y diligente en el tiempo que estamos juntos. En primer lugar, se encarga de incorporar el listado a mi expediente y al acabar lo repasa en silencio deteniéndose en varios de ellos. He intentado ser detallista, anotando tanto el nombre de las empresas como de las personas con las que me he visto en estos días y me he asegurado de que esté completo contrastándolo con las citas de la agenda. Si hasta he añadido una columna con las citas canceladas.

Agarro el asa del bolso retorciéndola entre dos dedos y al darme cuenta de lo que hago me lo recrimino y lo coloco con cuidado sobre las piernas mientras él teclea y lee algo en la pantalla.

—¿Puedo hacerle una pregunta? — Se vuelve mirándome por encima de la montura de metal de sus gafas—. ¿Sabe cuándo podré marcharme a A Coruña?

—¿De vacaciones? —Río negando.

—Vivo allí.

—Ah —se rasca la nuca un par de veces—, pues eso mejor se lo preguntamos al cabo. Aquí pone que el coche es de alquiler y que está pendiente practicar la prueba pericial por si encontramos huellas o algo que valga la pena, así que estará en un almacén. Supongo que lo mejor sería que se quedase hasta entonces, no deberían ser muchos días.

Asiento pensando en lo que ha dicho. Huellas o algo que pueda valer. Ni se me había ocurrido pensarlo, aunque es algo de lo más lógico. Tampoco se me ocurrió que debía arañarle, como hacen en cualquier película de asesinatos. Solo me dio por quedarme petrificada hasta que el tipo me soltó y se largó.

Valiente testigo estoy hecha.

Se escucha el sonido de una puerta y unas voces un tanto alteradas que finalmente se alejan. El agente se incorpora y sale momentáneamente del despacho para regresar con el cabo Iglesias que va de paisano con un vaquero negro y un jersey gris suelto.

—Buenos días, Mencía. ¿Ya de vuelta por aquí? —Sonríe, aunque con aspecto cansado y ojea el monitor de pie con el otro a su derecha comentándole el listado en voz baja.

Meto la mano en el bolso para capturar mi móvil, cuelgo la llamada disculpándome con los agentes. Seguro que Kevin ya le ha ido con el cuento a su primo de que no estoy en el piso como si me fuese a pasar algo en el centro de Tomiño. Aunque tampoco hubiese pensado que me pudieran atacar en Aselas. Por si acaso le envío un mensaje a Brais indicándole donde estoy para que no vuelva a sonar y levanto la cabeza para descubrir que ahora es Iglesias el que está sentado

y el otro a punto de salir por la puerta.

—Respecto a lo de regresar a A Coruña —comienza adelantándose a mi pregunta—, te aviso en cuanto tengamos los análisis y así nos evitamos problemas. ¿Te parece?

Claro. Como si tuviera más opción.

Durante unos minutos se queda en silencio leyendo algo en la pantalla repicando los dedos sobre el escritorio, hasta que parece recordar que continúo aquí, frente a él. Se gira y levanta parte de su pelo engominado con la punta de los dedos.

—Por cierto, hay algo que quería preguntarte. He leído la declaración de Brais y me ha llamado la atención algo de lo que nos ha dicho. Al parecer tú y otra persona creíais que alguien perjudicaba las fincas y él no. Hasta ahora, claro —añade levantando las cejas con elocuencia. Cruza los dedos sobre el teclado atravesándome con sus vivos ojos oscuros. —¿Por qué pensabas esto si acababas de llegar? ¿Ha pasado algo que se me ha escapado?

Su tono de voz es ligero, pero su mirada es feroz, horadante. Está claro que es muy competente en su trabajo. Bajo los hombros agarrándome a mi bolso y sus labios se arrugan como si creyese que estoy preparando una mentira, así que me lanzo:.

—Supongo que Brais lo ha dicho por Leandro Pérez y por mí. Ese también sale en mi listado, aunque no ha sido uno de nuestros clientes. Leandro cree que el presidente de la cooperativa ha intentado boicotear su empresa para quitárselo del medio como rival por la presidencia. Lo gritó en medio de una reunión y por eso me enteré yo. Brais dice que es imposible que el presidente haya hecho algo así; yo no lo conozco.

Iglesias se inclina hacia adelante sobre el asiento y por un momento parece perplejo, pero enseguida me invita a continuar. Puede que mi jefe no quiera que airee nuestros problemas empresariales, pero llegados a este punto no me dejo nada. Esta vez me tomo mi tiempo y le explico desde por qué me eligió a mí para intentar cerrar los proyectos hasta sus sospechas de reclamaciones fraudulentas al seguro. En el momento en que menciono la palabra «investigación» sus cejas se arrugan y me esfuerzo por aclarar que solamente he visitado dos fincas más, además de unas cuantas tiendas.

—Por si sirve de algo, en esto estoy de acuerdo con Brais. Tampoco creo que esté habiendo una conspiración contra el seguro de mi empresa. Y aún así....

Dudo y retuerzo el asa del bolso de nuevo. Iglesias se estira hacia atrás con los pies casi rozando los míos por debajo de la mesa. Este escritorio es mucho más pequeño que el suyo. Sacudo la cabeza con incomodidad, incapaz de dar sentido a varias de mis ideas. Abro la boca un par de veces y la vuelvo a cerrar sin saber por dónde empezar.

—Dilo como te salga y ya está.

—Es que no es algo grande o concreto, sino un cúmulo de pequeñas cosas.

—Pues di una.

—Lo primero que me llamó la atención fueron los problemas con los pedidos y las entregas. No sé si les ha sucedido a muchas explotaciones porque no he tenido tiempo de preguntar en todas, pero sé que a los Fandiño y a Leandro sí, y a otras también —añado recordando a los dos señores que me abordaron a la salida de la agropecuaria—. Y como dice Enrique, mi supervisor, vale que el tipo haya echado ahora a su sobrino, pero ¿pasa eso durante un mes con varios de sus clientes habituales y no se entera?

Volviéndose hacia el ordenador comienza a hacer preguntas tecleando a toda prisa mis respuestas. No creo que los de la tienda de Tui tengan nada que ver con el ataque, y se lo indico, pero él continúa preguntando hasta que se da por satisfecho con este asunto antes de pasar al siguiente y acaba sacándome todas mis pequeñas investigaciones por la zona, aunque no me parece que haya servido de mucho, ni para él ni para mi supervisor.

Tras más de dos minutos en silencio sosteniéndonos la vista doy por finalizada la reunión y me cuelgo las asas del hombro levantándome del asiento. El cabo me acompaña hasta la salida agradeciéndome la prontitud al llevarles la lista y queriendo asegurarse de que estoy bien tras lo de ayer.

Bajo los escalones de la entrada y escucho sus pasos tras de mí, como si fuese a acompañarme hasta la reja exterior cuando no hace falta. Me giro para decírselo sin fijarme demasiado en el patio de cemento, pero unos árboles al fondo me llaman la atención y al ver las flores algo se enciende en mi cabeza al recordarme los brotes de las plantas de los Fandiño. Me quedo quita en medio del patio a un metro de la verja metálica con la boca abierta como si me hubiese dado un pasmo y la mano de Iglesias se cierne firme pero delicada sobre mi codo.

—¿Mencía?

—El X890 —farfallo entre dientes.

No sé cómo he podido olvidarme de eso. Y no solo ahí adentro, sino en los últimos días. Es evidente que no pienso con claridad. Su mano agita ligeramente mi brazo recordándome que no estoy sola y al bajar la vista hacia allí Iglesias me suelta metiendo ambas manos en los bolsillos sin quitarme el ojo de encima.

—Tengo que irme a comprobar los datos. Joder, que los tengo desde hace días ahí muertos de la risa. Y eso podría explicarlo. Un funcionamiento deficiente podría provocar una menor cantidad de brotes que...

Me doy cuenta de que divago por el modo en que me mira con las cejas arrugadas. Estiro las mangas de la sudadera de Brais hasta taparme las puntas de los dedos y fuerzo una sonrisa ordenando mis pensamientos.

—¿Qué sabes de sistemas de riego para grandes explotaciones?

A Iglesias se le escapa una carcajada sacudiendo la cabeza que me deja a las claras que sabe más o menos lo mismo que el resto de los profanos. Nada.

—¿Es importante saber?

Me encojo de hombros dudando.

—Puede. Brais se acercó a mí para que le ayudase con esto. Dudaba si cambiar su sistema de riego por otro aprovechando una subvención y me llamó la atención porque tiene un modelo X890, que es buenísimo. Es muy caro, pero funciona como un cañón y por eso lo recomendamos tanto en mi empresa. No conozco a nadie que haya tenido problemas con él, pero los Fandiño han tenido varios y eso es raro. Tanto que hasta Enrique me pidió que lo comprobase, porque si falla no lo podemos recomendar a nuestros clientes.

El cabo señala hacia el interior del cuartel con los ojos brillantes, pero me apresuro a negar porque sería perder el tiempo.

—Tengo que comprobarlo. Y quizá hacer unas llamadas. En cuanto tenga algo os lo traigo. —Levanta una ceja y extendiendo la mano a modo de despedida—. Prometido.

En cuanto nos soltamos apuro el paso cruzando la verja entreabierta y camino a toda prisa de regreso al piso de Brais pensando en lo que debería hacer, porque hasta el momento me he limitado a comprobar que tanto el sistema de control de los Fandiño como el de los Correa funcionase correctamente. Atravieso la plaza del ayuntamiento rebuscando en el bolso hasta dar con el móvil y marco el número de Roge, un compañero de trabajo con mucha más experiencia que yo en estos asuntos, pero que ha pasado de contestar a mis mensajes en toda la semana.

En cuanto descuelga me lanzo sin saludar siquiera.

—¿Has visto mis emails con lo del sistema X890?

Su gruñido debe significar que sí. Al cabo de unos segundos de silencio, su voz nasal suena desganada al otro lado.

—¿Qué quieres, Mencía? Estoy ocupado.

Lo resumo rápidamente intentando no sonar sofocada. Roge y yo no somos amigos. Puede que yo no me relacione mucho con la gente en el trabajo, pero él todavía menos y no quiero hacerle perder el tiempo. Sobre todo, por si lo vuelvo a necesitar. Tomo aire al entrar en el zaguán del edificio de Brais y decido no subir las escaleras hasta que me responda, pero no me da ni tiempo de llegar al rellano.

—¿Has probado a comparar los datos? —Me detengo en seco con ganas de gritarle que he comparado los datos de los dos ordenadores y que ambos funcionan correctamente, pero se me adelanta. —Me refiero a las telemetrías de los del riego y drenaje en sí mismos, no a los sistemas operativos.

Joder. *Claro*. Qué manera de dar en el clavo y hacerme sentir lerda de un solo plumazo. Reanudo la subida hasta el tercero escuchando un suspiro molesto en mi oreja.

—Pásamelos cuando los tengas —sugiere antes de colgar.

Cierro de un portazo perdida en mis pensamientos y apenas me doy cuenta de la mirada inquisitiva de Kevin, al que saludo sin prestar atención colándome entre la pequeña mesa redonda de la cocina y la pared en donde busco el enchufe más cercano al que conectar el portátil.

Hasta ahora me he limitado a comprobar que el sistema operativo de los dos X890 a los que he tenido acceso funcionasen correctamente tanto para controlar el riego como el drenaje y los datos daban bien. Entro en las carpetas donde he guardado cada uno de los volcados y los abro en dos pantallas separadas que pongo simétricas en la pantalla buscando la misma franja de días. Lo que Roge propone tiene mucho más sentido. La finca de los Fandiño y la de los Correa está a una distancia de unos diez kilómetros en línea recta según un programa topográfico, aunque en coche parezca bastante más.

Eso significa que tienen un clima y meteorología muy similar. Claro que puede llover en un sitio y en el otro no, pero la mayoría de los días tienen que arrojar datos muy similares porque están muy próximas. No es que el sistema X890 mida la temperatura. Los de Novatech Green no paran de incorporar mediciones y todo tipo de gráficas a sus aparatitos nuevos, pero no tienen esa funcionalidad, aunque tampoco es necesaria porque lo hacen de otra manera que resulta muy eficaz.

Si hay lluvias intensas tiene que funcionar el sistema de drenaje para que el exceso de agua quieta no estropee el cultivo de las plantas. Y cuanto menos lluvia o humedad, más tiene que funcionar el sistema de riego. Es sencillo. Tanto que me siento un genio y un poco idiota a la

vez por haber necesitado que Roge me lo recuerde como si fuese una novata.

Jo-der.

El brazo completamente tatuado de Kevin aparece a un lado de la pantalla posando una taza de café ante mí y al ver sus ojos sorprendidos me doy cuenta que he debido gritarlo y no solo pensarlo. Compongo una mueca y le agradezco la bebida sumergiéndome en los datos otra vez. Lo que tengo delante tiene tan poco sentido que sé que Brais estaba en lo cierto al asegurar que aquel chisme no iba bien. Saco un pantallazo cada vez que los datos difieren demasiado entre sí y de un vistazo rápido llevo al menos siete.

Sacudo la cabeza con incredulidad, bebo un gran trago del café y sigo repasando los datos cada vez más segura de mi teoría. El patrón se repite. Varios días en que ambos sistemas funcionan de una manera muy similar y de repente el de los Fandiño hace todo lo contrario y deja de regar o de drenar.

Me froto las rodillas por encima de los pantalones y ni me entero de que Kevin sale del piso hasta que escucho la puerta cerrarse de golpe. Da igual. Abro el correo electrónico y adjunto todas las capturas de pantalla, escribo una breve explicación y se lo envío a Roge, que me contesta apenas veinte minutos después.

«Habla con los propietarios por si te facilitan los datos de todo el año y busca un tercer X890 en la zona por si acaso, para que no se puedan refutar los datos. Huele mal, probablemente el de tu amigo esté trucado. Sube a la plataforma todo lo que puedas conseguir y le intento echar un vistazo durante el fin de semana».

La leche.

Si está dispuesto a hacer trabajo extra y no remunerado significa que tengo razón. Roge nunca se implica más de lo necesario. Choco la espalda con la pared de estuco amarillo cubriendo los ojos con las manos por la incredulidad de tener razón. Me pongo de pie buscando algo con lo que entretenerme y decido que puedo tomar una ducha larga para distraerme hasta que regrese Brais y pensar con tranquilidad en cómo se lo cuento, pero me detengo y rebusco en la agenda hasta dar con la anotación y reenvío los dos correos con mi compañero de trabajo al email facilitado por el primer guardia civil esta mañana antes de dirigirme al baño.

18. BRAIS

La miro de reojo por encima del hombro sin que se dé cuenta. Al parecer está muy entretenida contemplando lo que sea que le enseñe mi padre en una esquinita de la finca de casa, a un lado del cobertizo. No es la única que está ocupada, al parecer, porque el teléfono da un tono tras otro hasta que se corta y vuelvo a marcar desde la terraza que lleva desde el exterior hasta la cocina de la casa de mi padre.

Tres llamadas después escucho la voz ronca y marcada al otro lado. No lo culpo. Lo he llamado más en estos dos días que en los últimos dos meses, pero es que necesito respuestas.

—Que estoy trabajando, hombre, que no puedo hablar.

—No busco conversación, solo que me cuentes si te has enterado de algo o no.

—Pues no —rosma bajando la voz—, cansino.

—Pues pregunta, Torre, joder. ¿Para qué me va a servir tener un cuñado guripa? Será para estas cosas, porque para quitarme multas no vales.

Resopla con molestia y le imito despegándome de la pared. Necesito saber que Mencía está a salvo y que están a punto de detener al imbécil al que se le ocurrió tocarla. Y más después de haber metido la pata hace solo unas horas. La risa franca de Mencía alivia la tensión de mi espalda y los busco para verlos regresar hacia la casa agarrados de bracero con el bastón de mi padre colgando.

Las cosas con Mencía han cambiado mucho. O casi nada, según se mire. Desde que me la he llevado a casa no se sigo capaz de quitarle las manos de encima a cada oportunidad. Tanto que Kevin ha decidido pasar el fin de semana en casa de nuestro amigo Julián para «darnos algo de intimidad».

Es lógico, yo haría lo mismo por él si fuese a la inversa.

El problema no lo tenemos entre las sábanas o en el baño o en el asiento que sea de mi furgoneta. Ahí nos entendemos de maravilla. No sé cómo ponerlo en palabras. Es como cuando estábamos juntos, pero mucho mejor. Quizá porque los dos nos conocemos mejor internamente. Quizá porque tenemos más experiencia y somos más desinhibidos. O quizá porque Mencía sigue siendo tan perfecta para mí como lo era entonces. El caso es que apenas me toca estoy en llamas y a ella le pasa exactamente lo mismo.

Por eso, en un momento de inconsciencia o subidón con los pantalones colgando por los tobillos y mis dedos enredados en su cabello corto sobre la C15 que usamos para desplazarnos por la finca no puedo evitar abrir la boca al escucharla bromear sobre que necesita ropa con urgencia para dejar de vestirse con la mía que le queda como un saco.

—¿Por qué no te mudas? ¿Conmigo?

Lo suelto antes de tener tiempo a pensar las implicaciones de lo que he dicho. Mencía pestañea aturdida varias veces y el nervio de su frente se contrae ligeramente.

—¿A qué te refieres?

Recorro sus muslos largos y finos con la yema de los dedos, incapaz de soltarla. Siempre me pasa lo mismo. Esa sensación incesante de querer un poco más. Con la otra mano le aparto un mechón de la mejilla y jugueteo con él sin sacarle los ojos de encima.

—Pues a que vayamos al hostel a por tus cosas y las traigas al piso para que puedas ponerte ropa de tu talla y no de la mía y tengas a mano cualquier otra cosa que puedas necesitar. Aunque puedes seguir usando mis camisetas si quieres, me encanta vértelas puestas.

Sonríe, pero no es de verdad.

—De todos modos —añado—, esa tampoco es tu habitación de verdad.

Salta como un resorte escapando de mis manos.

—Claro que no. La de verdad está en A Coruña, pero los verdes no me dejan irme.

Me da la espalda para terminar de vestirme y ahí se me escapa un suspiro sabiendo que se ha acabado el tiempo muerto. Puede que el sexo nos vaya estupendamente, pero hay un montón de minas alrededor enterradas. Y no sé si está preparada para que intente pisarlas.

—Y por eso en mi piso estás mejor —respondo subiendo los pantalones para seguirla hasta la zona vallada de almacenaje para que haga una nueva copia de los datos del sistema de riego—. El internet es mejor y seguro que la cama también.

La agarro por la cintura para besarle el cuello un instante antes de abrir el candado y dejarla pasar delante.

—Puede, pero no me parece buena idea.

—¿Por qué no? —Soy incapaz de morderme la lengua al escuchar otra vez esa respuesta.

Se gira y sus grandes ojos oscuros casi centellean de rabia. Doy un paso más acortando las distancias, pero ella se aparta de nuevo. Mueve la boca con los labios cerrados conteniéndose. Al parecer, ella sí que es capaz de mordérsela, aunque eso ya lo sabía. Siempre se ha sabido controlar ante los demás. Uno no se gana el mote de «princesa de hielo» o «iceberg» por soltar lo primero que le viene a la cabeza.

—Porque me siento más tranquila sabiendo que tengo un sitio propio al que acudir si decides cambiar otra vez de idea.

Auch.

Eso ha sido un golpe bajo. Demasiado. No tengo la respuesta preparada cuando me entra una llamada y al ver que es del cuartel me siento obligado a descolgar.

La llamada no ha servido para nada más que para perder la oportunidad de mantener una conversación tensa y complicada con Mencía y que los dos de manera deliberada dejamos pasar cuando nos subimos a mi coche con parada en la casa de mi padre, que está empeñando en comprobar personalmente que «la chica» está bien.

Torre es un buen tipo, eso lo sé de sobra. Y por eso necesito que se asegure de que están manos a la obra. De que hay alguien investigando el caso en vez de relegarlo a la inmensa montaña de papeles y pasar al siguiente. Escucho sus pasos en las escaleras y entro en la vivienda porque no quiero que ni mi padre ni ella escuchen la conversación.

—No te lo pediría si no fuese importante, tío. Tengo que saber que ya no corre peligro.

Un suspiro largo.

—¿Vas en serio? ¿Con ella?

—Sí. —No he tenido nada más claro en la vida. Ahora solo necesito que ella se dé cuenta y quiera lo mismo—. Por eso no soporto pensar que la hayan atacado y más si es por algo relacionado con la finca...

Otro suspiro todavía más largo.

—Mira, cuando salga del aeropuerto hago unas llamadas y si los compañeros quieren contarme algo te lo haré saber, pero no te prometo nada. Y tanto sin me entero de algo como si no me debes una.

Apenas cuelgo suena el timbre de la puerta y me apresuro a bajar por las escaleras interiores para evitar que lo haga mi padre. Son casi las ocho de la tarde del viernes y no solemos recibir muchas visitas. Al menos no tan formales. Los de casa, incluyendo a cualquier amigo de mi padre o nuestro, no timbra. Se limita a abrir el portal que da a la finca y subir por las escaleras de fuera para entrar directamente por la cocina.

En cuanto abro la puerta me dan ganas de cerrarla de vez con un bufido, pero me contengo. Tampoco pongo los ojos en blanco ni suelto un berrido. Solo estrujo con fuerza la madera con la mano apoyándome con el cuerpo en el marco de la puerta para evitar que entre.

—¿Qué quieres, Rocha? Porque como sea otra vez la tontería esa de que te traspasemos la finca ya te digo y de una vez por todas que no.

Si mis palabras le molestan no lo demuestra.

—No vengo a eso, aunque la oferta sigue en pie. —Se pasa una mano por la nuca y sus ojillos de rata intentar ver tras mis hombros—. ¿Por qué no me dejas pasar, chico? Solo quiero preguntarle a tu padre si sabe por qué he recibido diez llamadas de cooperativistas avisando de que la guardia civil se ha pasado por sus fincas y vuestro apellido ha salido a relucir en cada una de ellas.

Aprieto los párpados con fuerza para que ese hombre no vea como elevo los ojos a la vez que me echo un lado para que entre en el zaguán para comentar por encima lo sucedido en una pequeña salita que nunca usamos.

No hace falta que confirme que se ha enterado de lo sucedido a mi chica, porque toda Aselas lo supo en el mismo día. Dudo sobre qué contar y qué callar y me guardo las sospechas de sabotajes de Mencía; especialmente la del sistema de riego porque si ella está en lo cierto y eso lo ha provocado alguien, este individuo es tan buen candidato como cualquiera para haberlo hecho, aunque parezca imposible.

Me apresuro a mencionar que el atacante nombró la Boullada y Rocha se da por satisfecho cruzándose la gabardina incorporándose del asiento, ya que eso justifica la presencia de los guardias en explotaciones cercanas. La visita dura menos de diez minutos y apoyado desde la puerta le envió un mensaje a mi cuñado para informarle de que los suyos no están siendo especialmente discretos antes de subir a la cocina y unirme a la sesión de fútbol con mi padre.

Le doy con la cabeza a Torre para que se cambie de asiento. Kevin y mi padre se han levantado a por la cafetera y el postre mientras que Iria está distrayendo a las otras dos mujeres con alguna historia ridícula de las suyas que ya les ha arrancado un par de carcajadas. Echo de menos a

Xian, que otra vez más ha vuelto a fallar a la habitual comida familiar de los Fandiño de los sábados.

—¿Te has enterado de algo más? —pregunto estirando la mano bajo el mantel hasta apresar el muslo de Mencía que me da un ligero manotazo para luego entrecruzar los dedos conmigo.

Torre hace una mueca al sentarse junto a mí y le pega un largo trago a su cerveza con la vista fija en mi hermana.

—Más o menos. El presi tiene razón. Al parecer tu chica ha visitado muchos lugares en estas dos semanas y todavía van por la mitad de la lista que les facilitó, pero por ahora no tienen nada.

—Genial. Pues deberían darse más prisa para que no vuelva a pasar. Si es que de verdad lo quieren atrapar.

—Ya sabes cómo van estas cosas. Hacen lo que pueden y no es el único expediente sobre la mesa. Hay que darles tiempo.

Abro la boca para soltar una burrada, pero me contengo al ver su expresión. Como siempre va de paisano, a veces se me olvida que es uno de los suyos. Y que fue capaz de cerrar dos casos en menos de un mes. Y que es el único novio decente que ha tenido mi hermana en toda su vida. Así que asiento con escasa fe y me trago la frustración con un poco de Estrella Galicia.

—¿...Vais a ir a casa de Nerea? —pregunta Uxía a nuestra hermana.

—Sí, pero no tengo muchas ganas. Algunas siguen enfadadas con Sara y...

Resoplo por lo bajo antes de concentrar la atención en Torre porque estoy cansado de escuchar la nueva crisis de las amigas de Iria al enterarse de que Sara ha vuelto a mentir para encubrir algo de su novio que no me interesa después de la bronca por el plantón en el cumple de Silvia.

Aunque sí que me sorprende un poco el comportamiento de mi hermana. Suele ser muy decidida y plantar cara enseguida cuando no está de acuerdo con algo y esta vez le está costando actuar. Supongo que se debe a que Sara es una de sus amigas íntimas más antiguas y aunque no esté de acuerdo con su comportamiento, le está costando soltarla a los leones.

Kevin y mi padre regresan dejando la cafetera, los pocillos y media bica en el centro de la mesa y, tras servirlos, mi padre se une a la conversación de las chicas y mi primo a la nuestra.

—Ayer estos me dijeron que dos guardias se habían pasado por sus trabajos —pregunta a media voz inclinando la cabeza a su derecha—. ¿Es por lo de ella?

Torre asiente y yo resumo lo que me ha contado. Mi primo anoche cenó con dos amigos, Mariño y Julián, que además de trabajar para nosotros en la recogida, lo hacen a veces para otras empresas del sector cuando no tienen otro trabajo.

—Según Julián, se echaron allí un buen rato respondiendo preguntas y el encargado acabó hasta las narices. Y me soltó que cuando les preguntaron que si sabían de alguien que tuviese problemas con nosotros le costó un montón morderse la lengua por no decirles que con quien más problemas hemos tenido tú y yo ha sido con los picoletos.

Torre bufa en respuesta a nuestras carcajadas, pero no puedo parar de reír porque es cierto.

—Al menos podríais estar un poco menos orgullosos de haber sido unos cabestros — gruñe mi padre frente a mí soplando a su descafeinado, pero no nos lo tomamos en serio porque ni él es capaz de fingir que le importa.

Mi primo y yo fuimos unos auténticos cafres en la juventud y más de una vez mis padres tuvieron que venir a sacarnos del cuartel, aunque nunca por nada grave. Tonterías. Bullas. Hasta que llegó Mencía y preferí centrarme. Sin darme cuenta busco a tientas su mano bajo la mesa. Ella era perfecta. Todavía lo sigue siendo. Su mano se tensa entre las mías y se me seca la garganta porque todavía sigo preocupado por sus palabras de ayer, aunque se haya quedado a dormir en el piso. Al menos, de momento.

—Te dije cuando empezaron que ese Juan era un gilipollas. —La voz de Uxía resuena a mi espalda acercándose a la nevera. En eso tiene razón. El novio de Sara es un imbécil integral que no la trata demasiado bien entre cuernos y desplantes y al que ella se niega a dejar. Si la novia fuese mi hermana, mi yo del pasado ya le había arreglado algún empaste a guantazos.

Me inclino hacia Torre para preguntar en tono bajo si se han tomado en serio las sospechas de Mencía sobre que nos han trucado el sistema de riego. Es tan surrealista que es difícil de creer, pero no porque dude de Mencía, y menos después de lo sucedido. Torre se pega más a mí para que no trascienda. Él no debería estar comentando esto conmigo y yo no quiero que ni mi padre ni el resto de mi familia se preocupen de más por el momento.

—...Pues que le plante cara o que lo deje, joder, que tiene casi treinta tacos para dejarse mangonear así.

—Por si no la conoces, Sara no es como tú —replica Iria igual de alterada—. No todas somos tan fuertes como tú, Uxía.

Las voces de las dos provocan que Torre se calle al instante y sus dedos se crispen sobre el vidrio sin sacarles el ojo de encima. No puedo culparlo por ser protector con mi hermana después de casi haberla perdido, pero conozco a estas dos lo suficiente como para saber que no llegará la sangre al río. Y más cuando mi padre chista golpeando la mesa con los nudillos para que paren y ellas obedecen al instante.

Le doy un par de segundos, pero mi cuñado levanta la vista hacia el resumen del partido de ayer en la pequeña televisión de la cocina, así que le meto el codo en las costillas.

—Lo del riego, Sergio.

Se encoge de hombros sin despegar la vista de la pantalla, como si hubiese perdido todo el interés.

—Tienen que localizar a un experto para que lo analice, así que tardará.

—Mencía es una experta en ese tema—recalco molesto.

—Una experta que trabaja para la privada, no para el estado. El procedimiento es así, pesado. Si no la creyesen no lo estarían investigando.

Asiento y al notar la vista de mi padre fija en la mía cambio de tercio y me arranco con la plantilla del Celta, aprovechando que en las noticias gallegas salen imágenes de la rueda de prensa del entrenador por el partido de esta noche en Balaídos y mi padre despótica encantado sobre doscientos problemas con la alineación. Todavía vamos por la defensa cuando a Torre le suena el móvil y me enseña la pantalla.

—Voy a ver si le saco algo o si solo quiere que le invite a una cerveza —bromea

despejando el cabello oscuro de la frente antes de salir al pasillo.

Tardo un segundo de más en caer que el identificador «Sánchez» se refiere al guardia del cuartel de Tomiño con el que tan buenas migas ha hecho desde que llegó a Aselas, aunque yo no lo conozco más que de verlo uniformado por el pueblo. Desconecto de las conversaciones que hay a ambos lados de la mesa y cuelo una mano bajo el mantel buscando la suya, que está rígida y enclavada en su rodilla.

—Pues yo creo que tu amiga Sara está en una relación abusiva y que necesita ayuda, porque quizá no lo sabe ver. A mí me paso y...

—¿Te pasó con quién? Si el otro día dijiste que solo has salido con mi hermano en serio y ni de coña...

Uxía ha subido la voz con cada palabra logrando que todos nos giremos hacia ellas. Mi hermana tiene las mejillas ligeramente sonrosadas mientras que Mencía parece que está tallada en hielo. Extiendo la mano para acariciarla y me rehúye con la vista clavada en algún punto perdido de la pared.

—No he dicho que fuese Brais. Cuando te trata mal un novio es un delito y lo denuncian en la tele, cuando te lo hacen en casa te dicen que es por tu bien y, si la apartas de tu vida, en el pueblo te llaman «mala hija». ¿Sabes lo que me costó compaginar el instituto con el grado de piano? ¿Los conciertos, los ensayos y no bajar la nota media de clase del nueve? Odiaba tocar el piano desde los doce. Lo *odiaba*. Y nunca era suficiente. ¿Sabes lo mal que me sentí cuando saqué la cuarta nota más alta de Galicia en selectividad y me estuvo machacando por no esforzarme lo suficiente toda una semana?

Se me parte el corazón al escucharla porque se nota el amargor que esconden sus palabras. Cuando estábamos juntos, evitaba hablar de su familia y si le preguntaba directamente por algo de su madre me respondía que no tenían una relación tan cercana como nosotros con la nuestra. Todo un eufemismo, por lo visto. Mis padres casi montan una fiesta cuando Kevin y yo terminamos el instituto y cada vez que Iria sacaba un diez se lo contaban a todo el mundo, aunque no viniese a cuento.

En el silencio espeso de la cocina no se escucha más que la respiración entrecortada de Mencía y la voz de Torre a lo lejos, en otro lugar de la casa. Mi padre se estira por encima de la mesa y la envuelve por los hombros durante un instante susurrándole algo en el oído que hace que a Mencía le brillen más los ojos.

—Lo siento, no me gusta hablar de esto. No... —Arrastra la silla levantándose—. Voy al baño.

—¿Por eso se fue y no volvió? —pregunta mi hermana pequeña con esos ojos almendrados tan parecidos a los míos cargados de preocupación— ¿Por eso lo dejasteis?

Niego moviendo despacio la cabeza pasándome el antebrazo por la frente.

—No. Se fue y no volvió porque le prometí que nos marcharíamos juntos a Lugo y a falta de una semana para mudarnos le dije que no podía hacerlo, que me quedaba.

19. MENCÍA

Cierro la puerta del coche con rabia y tras una mirada de reojo a dos hombres que conversan a un lado de la acera sin prestarme atención encaro la cuesta con una sensación de frustración creciente en el estómago. El viaje a O Porriño no ha servido para nada más que para perder el tiempo. Casi dos horas, en concreto. Y lo que más me fastidia es que me lo podía haber ahorrado de haber hecho caso a Brais. Ya la semana pasada me había comentado que estaban fuera y que no llegarían hasta finales de esta semana, pero no quería esperar más.

Todo se está retrasando demasiado y estar aquí me está afectando. Estoy perdiendo los papeles. Mi comportamiento en la cocina de los Fandiño lo demuestra claramente. Aunque la psicóloga que me ayudó durante cuarto de carrera estaría orgullosa de mí por haber sido capaz de compartir esas vivencias con alguien de mi pasado. O alguien que no fuese ella, sin ir más lejos. Pero yo no me siento de esa manera.

Arrugo el ceño torciendo en la bocacalle a la derecha con la mano fija en el asa del bolso como si me lo fueran a robar al darme cuenta de algo: *solo* he necesitado de diez años para hacerlo. Y ni siquiera fue algo premeditado. Fue un reventón. Algo muy poco propio de mí.

Por eso quería conseguir los datos necesarios lo antes posible. Averiguar si mis sospechas sobre el sistema de riego son ciertas y poner tierra de por medio. Lo único que he sabido de Roge es un escueto mensaje preguntándome por los datos de tercer equipo, que todavía no he conseguido y por eso me he levantado temprano para poder alquilar otro vehículo e ir en persona hasta la explotación para conseguirlos. Otro error. La excursión solo me ha servido para confirmar que tienen el X890, el mismo modelo de riego que los Fandiño y los Correa, y que no sé aparcar con un coche automático.

Con un resoplido giro hacia la calle del hostel, pero me detengo a dos metros de la entrada sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —Se vuelve con una sonrisa tensa en los labios.

—Verte —responde dando dos pasos hacia mí—. Quería... —Me sujeta por los hombros tirando hacia sí para abrazarme con fuerza—. Perdona, Mencía. Quería disculparme por lo que dije el otro día. No.... No lo sabía.

Se separa, me mira a los ojos, me vuelve a abrazar y tengo que contenerme para no hipar en respuesta.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, sí —responde Uxía pasando su antebrazo por el mío. Puede que yo sea un poco más alta y que ella todavía siga de baja médica, pero su hermana tiene razón: es fuerte, muy fuerte. En todos los sentidos—. ¿Lo hablamos arriba con calma? Te alojas aquí, ¿no?

Muevo la cabeza de arriba abajo y luego a los lados arrancándonos una sonrisa a ambas y señalo con la barbilla hacia el cruce. Prefiero ir a un bar cualquiera que a mi minúscula habitación de hostel donde no hay otro asiento que la cama de ochenta centímetros de ancho y de

la que estoy saturada tras dos días allí recluida.

La música pop de los Cuarenta Principales resuena demasiado alta, sobre todo teniendo en cuenta que solo hay una mesa ocupada por un hombre que revisa algo en su portátil cuando entramos. La guio hasta mi mesa de siempre tras pedir en la barra y sus ojos se fijan en la gran pantalla al otro lado de la estancia.

—¿Cómo has venido a Tui? —pregunto en cuanto el camarero deja las bebidas y dos trozos de bizcocho sobre la mesa—. Pensaba que no podías conducir.

—Y no puedo. Las pastillas... —explica torciendo la boca alargando la mano para acercarse el zumo—. Pero tenía que hablar contigo. Me ha traído mi amiga Celia, no sé si te acuerdas de ella.

Asiento. Claro que la recuerdo. Ellas dos y Rita eran inseparables, tanto en el instituto como por Aselas, y Celia era la más calmada y agradable de las tres. Bebemos en silencio de nuestras consumiciones hasta que alarga el brazo sobre la mesa apretándome la mano bajo la suya.

—No tenía ni idea de que te pasaba eso en casa, Mencía. —Intento sonreír antes de terminarme el café, pero solo me sale una mueca—. Papá tiene razón cuando dice que no sé controlarme y... me pasé. Brais nunca nos contó nada...

—No tienes que disculparte —repito con el pocillo entre las manos para evitar su agarre—. No lo sabías porque no lo he hablado prácticamente con nadie. Tampoco se lo conté a tu hermano cuando estuvimos juntos. Me... me daba vergüenza. Me culpaba a mí misma de la situación. Cada vez que intenté contárselo a alguien se ponía de parte de ella, o esa era mi impresión. Y luego viéndolos en vuestra casa.... No creía que Brais lo pudiera entender teniendo una madre tan genial como Fefa.

—Sí que lo era, sí. Era la mejor. —Tras unos segundos la veo arrugar la frente. Tiene escrito en la cara que no piensa dejarlo estar, así que tomo la delantera.

—¿Y si cambiamos de tema? Sigo sin sentirme cómoda hablando de esto.

Boquea apartando un mechón de pelo castaño de la frente.

—¿Por qué te has ido del piso de mi hermano? ¿Es por mi metedura de pata?

Joder con los Fandiño.

Dejo los ojos en blanco un buen rato a ver si lo pillas, pero en cuanto la miro levanta una ceja en respuesta esperando. No pienso responder a eso ni de coña. Puede que no sea la hermana abogada, pero también va sobrada de lengua.

Y no quiero que me saque que estoy hecha un lío, que contar lo de mi madre me ha revuelto por completo, y que sin darme cuenta confundo mi relación de Brais de ahora con la que tuvimos de adolescentes y que eso hace que sienta por él más de lo que debería o de lo que resulta seguro para mí. No quiero que sepa que estoy acojonada perdida y que me cuesta aclararme teniéndolo tan cerca. Poso la taza y me cierro en banda cruzando los brazos.

—¿Cuándo viene Celia a buscarte? —Su carcajada resuena con fuerza en el amplio local.

—Está de compras en el Outlet. No hay prisa. —Levanta el brazo para llamar al camarero y aprovecha para echar un vistazo en derredor. No hay nadie más que el del portátil, que se ha puesto unos cascos—. Torre me ha dicho que han citado a varios para declarar en el cuartel. Por lo tuyo.

Se me corta el aliento y espero con paciencia hasta que el camarero se aleje, pero no añade nada más. Y yo tampoco. Los ojos le brillan sobre su vaso de agua.

—¿Qué es lo que me oculta mi hermano? Porque los he escuchado hablar sobre tu visita a la finca de los Correa y sé que no son tus clientes. —Baja el tono inclinándose hacia adelante—. ¿Han tenido algo que ver?

Me aprieto las rodillas por debajo de la mesa pensando en qué explicar y qué no. Sus hermanos y su pareja no quieren preocuparla con los problemas de la explotación, pero yo no puedo levantarme y largarme sin más. Uxía no me dejaría. Así que le doy una parte de verdad indicando someramente que mi jefe me ha encargado que verifique si el sistema de riego que comparten con los Correa es de fiar para seguirlo recomendando después de que a alguien le haya dado problemas.

Asiente y conversamos un rato sobre los beneficios de ese sistema respecto al anterior que tenían, esquivando la bala. Nada de indicar que la primera queja vino de su hermano, nada de que se ha pensado sustituir ese sistema carísimo por otro mucho peor por esos problemas. Un par de preguntas tuyas después estamos conversando acaloradamente sobre las ventajas de unos prototipos de drenaje muy novedosos que están probando en unas explotaciones de kiwis australianas y que a las dos nos han llamado la atención por diversos motivos.

Para cuando me doy cuenta estoy distraída y sonriendo disfrutando de una conversación cómoda y distendida con una casi amiga del pasado a la que resulta que también le interesan cuestiones tan aburridas como aparatos de I+D+i, como a mí. El tiempo pasa rápido a partir de ese momento y cuando en algún punto su amiga la llama para avisarla de que la recoge en unos quince minutos me da pena. No suelo tener conversaciones así de técnicas e interesantes con personas que no sean del trabajo.

—Por cierto, los de Kiwis do Louro también tienen nuestro sistema de riego, pero no te recomiendo que vayas a verlos si no es imprescindible. O si no te obligan tus jefes. Son unos misóginos engreídos que tienen en nómina al cerdo de Ramón, así que...

Abro la boca para contarle que me he pasado por allí esta mañana, pero la cierro inmediatamente limitándome a asentir ante sus ácidos comentarios de por qué es mejor que vaya con su hermano o su primo para que me tomen en serio ya que a ella tampoco se la tomaban en serio como encargada de la empresa. Tampoco lo hago en su diatriba de que despidió a Ramón cuando intentó sobrepasar ciertos límites en el momento en que tuvieron que contar con él cuando a Eduardo le dio el primer achuchón al corazón.

—¿Seguro que no puedo convencerte para que te vengas a comer con nosotras? —pregunta por tercera vez cuando su amiga estaciona en un hueco libre frente al bar.

—Seguro —indico sacando el portátil y el cargador del bolso.

Uxía se levanta, da dos pasos hacia la puerta y cuando me despido con la mano se vuelve a sentar. Esta vez a mi lado, agarrándose con fuerza del brazo.

—No te enfades con Brais, que no sabe que he venido a verte, pero o lo digo o reviento. Después de lo del sábado Iria está convencida de que Brais y tú lo dejasteis porque no se fue contigo a Lugo y me lo ha repetido tantas veces que ahora yo también lo pienso.

—Con todo lo que ha llovido eso ya da igual, ¿no crees?

Le vibra el teléfono. Es su amiga, pero corta la llamada y se pega más a mí.

—Pues no. Si me lo hubieses preguntado antes de Torre te hubiese dicho que sí, pero ahora que sé lo que es estar hasta las trancas con el amor de tu vida también sé que no da igual. Y a mi hermano no le das igual. Si no se fue contigo a Lugo fue porque no podía.

«Ya». Eso dijo él. Tiro del brazo para que me suelte, pero, aunque pone una mueca de daño no afloja el agarre. Bajo los párpados inhalando tan despacio como puedo con la mano libre apretándome el puente de la nariz. Esto no puede estar pasando. Dos pitidos afuera y su móvil vuelve a sonar.

—Dame dos minutos, Celi —responde y cuelga sin despedirse. Abro los ojos para encararme con ella.

—No voy a hablar de esto contigo. Dale saludos a Celia.

—Se los daré en dos minutos —replica sin soltarme. Sus narinas se dilatan y habla cada vez más rápido y en un tono más agudo de lo habitual—. En casa no pasábamos por un buen momento y no podíamos...

—¡Para, déjalo estar! —interrumpo de manera parecida. Me estoy poniendo tan nerviosa al recordar aquella situación que se me nublan los ojos. No quiero que lo justifique o se invente una excusa que deje en buen lugar a su hermano. Solo quiero revisar mis emails antes de volverme a encerrar en mi cuartucho con una pizza rancia para llevar. En vez de cerrar la boca, levanta la barbilla con ojos brillantes, desafiante—. Tú te fuiste a la universidad, igual que yo, y él cambió de idea sobre estudiar el ciclo en Lugo y decidió quedarse aquí. Y no hay más.

—Sí que hay más, pero tú no lo sabes porque no te lo ha dicho. Dos semanas antes de que me fuese para la universidad a mi madre le detectaron una recurrencia del cáncer. Otra recaída más y más complicada que las anteriores. Mi padre estuvo a punto de perder la cabeza y Kevin todavía estaba enganchado a las drogas de aquella. Alguien tenía que hacerse cargo de la empresa por el bien de todos y Brais fue el que se sacrificó de entre nosotros dos. Me convenció para que fuese a la universidad en vez de quedarme en casa con él argumentando que yo tenía mejor cabeza para los estudios y de que lo que aprendiese iba a servir para mejorar la finca. Y todavía estoy en ello.

El aire se enfría a mi alrededor y casi puedo ver a Brais ante mí sentado en la vieja moto de su primo con la visera del casco tapándole los ojos informándome escuetamente de que no puede mudarse a Lugo, pero que podemos seguir saliendo a distancia durante un tiempo y que podemos llamarnos mientras. Y que nos veremos cuando yo baje de visita a casa de mis padres o cuando él pueda escaparse unos días a verme.

Como si yo quisiera bajar de visita a ningún sitio y menos a este. Sobre todo, porque el principal motivo por el que elegí esta ingeniería sobre otras era que no la había más cerca de mi casa. Y el trayecto de Lugo a Aselas en coche o en autobús era lo suficientemente largo como para evitar que mi madre viniese a por mí cada dos por tres.

Toda la escena se repite con rapidez en mi memoria. La sensación de ahogo al darme cuenta de que me iba sola y que no le costaba nada dejarme atrás. El dolor y la decepción por su cambio de idea. Mi rotundidad al soltarle a la cara que entonces prefería dejarlo. Su mueca al escuchar esas palabras sin entender que no podía arriesgarme a seguir con él y estar yendo y viniendo para volver a caer en las garras de mi madre ya que la única manera de lograrlo era alejarme por completo de Aselas.

Noto sus dedos apretándome con cuidado en la parte alta del brazo y su tono preocupado

contra la sien.

—Te mereces saberlo, Mencía. Estuvo muy jodido cuando te fuiste, aunque se comportase como si nada. Creo que siempre pensó que lo arreglaríais cuando volvieras al pueblo en vacaciones o así, pero no volviste. Y, si no te lo contó, supongo que sería por lo mismo que yo no lo hice con Celia hasta que pasó un tiempo. Una cosa era saber que mamá volvía a estar enferma y otra decirlo en voz alta porque se convertía en algo mucho más real.

Siento su beso de despedida en la mejilla y los pasos quedos alejándose como si los escuchase en una película. Tengo la garganta tan seca que me olvido de lo escrupulosa que soy y me termino su botella de agua de un trago para digerir mejor la información. *Demasiada* información.

«Tranquila, Mencía, respira».

Suelto poco a poco el aire entre los dientes con la mirada perdida en la carcasa del ordenador. De todas maneras, ya nada de eso importa. Han pasado casi quince años desde que me fui a la universidad, así que ese momento ha quedado muy atrás. O debería.

Enciendo el ordenador y arrugo la boca en una mueca al ver el email de mi compañero Roge preguntándome por los datos del tercer equipo del X890. Me tomo dos minutos para ordenar mis ideas y le respondo que no creo que pueda conseguirlos por mí misma, o al menos no rápidamente, reenviándoselo directamente al contacto del guardia civil.

20. BRAIS

Me doy tanta prisa por salir que todavía me peleo con la cremallera para abrigarme de la fina lluvia de camino a la furgoneta antes de sacar el teléfono del bolsillo del vaquero. Compongo una mueca burlona al desbloquearlo para enviarle un mensaje a Torre, mi cuñado. Al parecer, no es el único *informante* de lo que sucede en el caso. Entro en el chat para enviarle un audio corto y resumido cuando algo me hace volver hacia atrás y lo veo.

Un mensaje. Suyo.

«Hola, Brais. ¿Tienes un hueco esta tarde?»

Me cago en Rocha y en todo al ver que me lo ha enviado hace más de una hora. Me olvido del audio y de cualquier otra cosa que no sea aislarme en el interior de la furgoneta y tomarme un momento para comprobar que es cierto. Y después juego con el teléfono entre los dedos sin saber a lo que enfrentarme.

Mencía lleva *desaparecida* cinco días. No es una desaparición real, claro. Más bien incomunicada. Conmigo. El sábado pasado, tras la comida en casa de mi padre insistió en regresar al hostel porque necesitaba un tiempo para ella sola y apenas he sabido más que un par de monosílabos suyos en respuesta a mis mensajes.

Roto los hombros estirándolos un par de veces como si me preparase para entrar en pelea. Igual es así, en cierto modo. Sin mirar, con la vista fija en una gran nube oscura que cubre gran parte del cielo, pulso llamar.

—¿Brais? —Su voz suena dudosa y entrecortada. Se me eriza la piel de la espalda en respuesta. No me gusta nada—. ¿Hola?

—¿Dónde estás, en Tui?

—Sí, por la catedral, dando un paseo. ¿Tienes un momento, para hablar?

Meto las llaves en el contacto con decisión, arranco y me pongo el cinturón. Lo que sea que me tenga que decir, prefiero que sea a la cara.

—Claro. En tu hostel en veinte minutos.

Cuelgo. Sin despedirme y sin dejarla contestar para protestar. Expulso todo el aire que llevo un rato conteniendo en los pulmones y opto por llamar a mi cuñado para obligarme a no pensar en la desagradable sensación en la parte baja de mi espalda durante el trayecto.

Para cuando aparco, la fina lluvia de antes se ha convertido en un aguacero y me empapo subiendo la cuesta. Con los coches pasa como con los caracoles, salen cuando llueve y me ha costado aparcar más de lo que esperaba. Me detengo un momento observando la desgastada fachada del edificio en el que ha preferido quedarse en vez de conmigo. Puede que el letrado diga hostel, pero tiene pinta de pensión de mala muerte. Y mi opinión no mejora mientras subo las escaleras viendo el descascarillado de las paredes y el estado de la barandilla de madera.

Apenas golpeo la puerta, Mencía la abre unos segundos más tarde, con el cabello corto

humedecido por la lluvia y una larga chaqueta de punto gris oscuro que le cubre hasta los muslos y solo deja ver parte de un pantalón de chándal del mismo color que choca con la versión tan profesional con la que ha vestido desde que ha llegado.

Sonríe agarrada a la puerta, pero no con una de esas escasas sonrisas de verdad que muestra raras veces en público y con las que me ha atrapado. Es una copia ladeada y nerviosa que me eriza el vello de la espalda porque me está trayendo una sensación de *déjà vu* espantosa.

—Has llegado rápido. Pasa.

Da un paso hacia dentro, pero yo me quedo muy quieto en el hueco de la puerta tomándome mi tiempo.

La habitación es igual de espantosa que todo lo que he visto hasta el momento en ese lugar. Desconchones en una de las paredes, dos esquinas enmohecidas y una cama ridículamente pequeña que parece ocuparlo todo, salvo el hueco del armario en el lateral cuyas puertas abiertas prácticamente rozan el colchón. Estoy convencido de que si extendiendo los brazos de lado a lado puedo apoyar las palmas en ambas paredes.

Y, con lo cutre que es esto, Mencía lo ha preferido antes de volver conmigo.

Incapaz de dejar de mirarla doy dos pasos al interior y ella se frota las manos contra los muslos con una sonrisa cada vez más tensa, hasta que desvía la mirada más allá de mi espalda, al pasillo escasamente iluminado por el que he entrado.

—¿Estabas ocupado?

—Reunión de la cooperativa —resumo sacudiendo la mano para restarle importancia—. Con tantas visitas de los guardias a las explotaciones, los ánimos andan calentitos. Leandro está jodido porque no hay nada contra Rocha.

Sonríe con más ganas y espera a que continúe, pero no lo hago. Podría hacerle un resumen similar al que hace unos minutos he compartido con Torre y así rellenar la incomodidad con charla ligera. Contarle, por ejemplo, que los agentes han hecho muchos avances descartando sospechosos porque han cerrado otros casos. Como, el de Matías, el que vende madera más allá de mis fincas y que ha quedado claro que quien se cargó su verja fue uno de la comunidad de montes tras una discusión que se les salió de madre.

O que este fin de semana han detenido a unos chicos en el interior de uno de los viñedos de O Rosal donde se habían colado tras una juerga regada de alcohol en la que se acabaron cargando una caseta de herramientas y dos tramos de veinte metros de verja. Y que, tras llevarlos al cuartel, uno ha admitido que no es la primera vez que hace algo así. Que es exactamente lo que yo decía desde el principio: chavalería empinando el codo y haciendo tonterías. Como lo hemos hecho muchos de la zona. Y que explica por qué algunos lunes aparecen una bombona de Don Simón con una funda de un iPhone junto a prendas de vestir tiradas por las fincas.

O que Leandro se ha cabreado como un mono porque, entre todas las actuaciones y citaciones para declarar en sede policial, no hay ninguna contra Rocha o su hijo, lo que este se ha apresurado a restregarle por la cara en medio de la reunión a la que ha podido suponiendo veinte minutos más de gritos y desvaríos por parte de ambos.

—Gracias por venir.

No le pega ser tan formal. Al menos, no conmigo. Inhalo con fuerza esperando el mazazo.

—¿Qué querías decirme?

Sacude la cabeza con la boca abierta provocando que un par de mechones húmedos se le peguen a las mejillas y al fin sus ojos distantes y oscuros se quedan conmigo.

—Quería decirte que me alegro de que aquel día en A Guarda te acercases a mí con tu hermana Iria a la salida del bar. —La presión del pecho baja. Sonrío y ella lo hace de vuelta. Una sonrisa completa—. Ha estado genial poder pasar tiempo otra vez contigo y con tu familia y poder reconciliarme con el pasado, aunque sea un poquito. Seguro que eso nos ayudará a avanzar a los dos.

Doy un paso hacia ella cerrando la puerta con la deportiva de un taconazo y luego otro paso más, encantado de haberme equivocado y librándome de la sensación incómoda. Estoy tan cerca que percibo su olor afrutado, cálido y muy mío y que me recuerda todo lo que la he extrañado estos días.

Me detengo a un paso de Mencía, que me sorprende extendiendo la mano para acomodarme el cabello mojándose la mano de paso. No puedo evitar alargar la mía para entrecruzar nuestros dedos y acariciarle el interior de la muñeca.

—Fue cosa de Iria. Y yo también me alegro de que se haya entrometido, pero no se lo digas.

Pestañea poniendo una mueca.

—Estás empapado. ¿Quieres una toalla? —Se gira en dirección al armario—. Aunque sea para secarte el pelo.

Retrocede hasta que mi mano cae y al moverse veo un bolso de viaje encajado entre el lateral de la cama y la puerta del armario abierta. Me quedo completamente rígido señalándola con el índice.

—¿Qué es eso? —No contesta ni se gira ni hace nada más que meter la cabeza en ese ridículo armario de contrachapado como si hubiese dentro mucho que rebuscar. La saliva se me espesa—. ¿Eso es que te vuelves al piso conmigo?

Su garganta sube y baja de una manera exagerada cuando se voltea ofreciéndome una pequeña toalla de color azul claro.

—Yo... he hablado con Enrique, mi supervisor, y está de acuerdo con que mi trabajo aquí ha terminado...

—¿Y te largas? ¿Otra vez? ¿Así, sin más? —pregunto con más agresividad de la que pretendo. El cuerpo me tiembla entre la incredulidad y la estupefacción. El aire entra y sale acelerado de mi cuerpo solo para despertar un centenar de viejos sentimientos.

—¿Qué otra cosa voy a hacer? —replica con hastío encogiéndome los hombros—. Venía para tres días de trabajo y han pasado dos semanas. He cerrado la mayoría de los proyectos que tenía al llegar y muchos otros que han salido sobre la marcha. Incluso he ayudado con esa ridícula investigación que quería mi jefe, que ahora está en manos de la policía. Y ya he arreglado lo de la entrega del todoterreno con la compañía de alquiler. No tengo mucho más que hacer aquí. ¿Qué sentido tiene que me quede?

Boqueo sin que salga ni una sílaba y camino por la habitación de manera errática en el estrecho hueco desde los pies de la cama hasta la puerta. Quiero gritar de la frustración. Quiero meterla debajo del brazo y no soltarla hasta tenerla atrapada a la pata de mi cama. Quiero que me

diga que es la peor broma que le ha gastado a nadie en su vida. Agito la cabeza pasándome la manaza por el cabello desde la nuca hasta la frente y otra vez al contrario mientras que sus manos se contraen en torno a sus muslos con los labios apretados.

—¿Es en serio?

Tuerce la boca asintiendo.

—Yo... Vivo en A Coruña. Trabajo allí. No... ya no tengo nada aquí.

—¿Nada? —bramo—. ¿*Nada*?

Espero dos segundos sin que haya respuesta.

—Joder, Mencía. No me puedo creer que lo vayas a volver a hacer, que vayas a huir de nuevo cuando es más que evidente *para los dos* que lo que tuvimos sigue igual de vivo que entonces y no te atrevas a mentir.

Las mejillas se le sonrojan ligeramente.

—Yo no miento. Quería ser sincera, madura, y poder hablar las cosas con propiedad antes de despedirnos.

—¿Sincera? —Me paso la punta de la lengua por el labio superior. Sabe a decepción y a algo amargo que flota disuelto en el aire. Tuerzo los ojos hacia la humedad del techo buscando controlarme—. ¿Lo que quieres es que seamos sinceros *de verdad*?

Menea la cabeza con los ojos muy abiertos. No tengo claro si afirma o niega, pero a estas alturas ya me da igual.

—Muy bien: estoy enamorado de ti. Lo llevo estando desde que corrías por los pasillos del instituto sin saber que estaba ahí observándote. Desde la primera vez que te vi me fijé en ti. Aunque no es un gran secreto, porque siempre he sido muy claro contigo respecto a lo que siento por ti. *Siempre*. Y si quieres un poquito más de sinceridad te diré que estoy convencido de que tú también estás enamorada de mí.

Mencía da un paso hacia atrás escondiendo una mano en la manga de punto. Tiene los ojos desbocados, pero llegados a este punto no pienso callar.

—Brais...

—Has dicho que querías sinceridad y ahí la tienes. Y te sigo conociendo lo suficiente para saber que estás cagada de miedo por tener que afrontarlo. No pasa nada. Ahora entiendo mejor por qué te fuiste la otra vez y no quisiste mirar atrás. Yo tampoco lo hice bien. Tenía que haberte explicado todo lo que pasaba en casa y que me ataba aquí. Tenía que haber luchado más por ti. Pensaba... —sacudo la cabeza para evitar divagar. No tiene sentido ahondar en algo que ya no puedo cambiar—. Entiendo que has sufrido y que llevas media vida intentando protegerte para cuidar de ti porque en tu casa no lo han hecho, pero apartarte de mí no te va a traer eso.

Una lágrima baja por la sien y escucho su respiración entrecortada, pero no ya no puedo parar. Para bien o para mal, voy a soltarlo todo y a llegar hasta el final.

—No te estoy pidiendo que lo dejes todo por mí, Mencía, o que renuncies a tu vida sin más. Podemos amoldarnos. Podemos hacerlo funcionar. Solo somos tú y yo y lo demás da igual. Podemos vernos los fines de semana o juntar días o videollamadas o lo que sea. Puedo ser paciente y esperar hasta que estés preparada para asumir lo que sientes en voz alta, pero tienes que darme algo.

—Yo... —Cierra los ojos y ya sé que no me va a gustar su respuesta—. Puede que tengas razón, Brais, pero eso da igual.

«¿Cómo va a dar igual?» Tengo que clavarme las uñas por dentro del bolsillo para echar mano de todo mi autocontrol y dejarla terminar.

—Cuando me fui la otra vez fue porque no podía más. No podía quedarme aquí. No *podía* vivir aquí. —Un suspiro sonoro y se derrumba sobre la cama con los hombros temblando—. Y no ha cambiado nada. Tú sigues teniendo que ocuparte de tu familia y de vuestro negocio y eso no va a dejar de ser así nunca. Las dos veces que me he cruzado con mi madre en estos días

se me ha arrugado el estómago del vértigo. Las señoras que me conocen de Aselas siguen cuchicheando y yo no quiero tener que estar pasando por eso todo el rato.

Exhalo y me siento a su lado. Le tomo la mano con cuidado y deposito un beso cálido en su sien que intento que transmita todo lo que llevo dentro.

—Lo entiendo, canija, pero no puedes esconderte en ese miedo y quedarte en pausa. Tu madre hace mucho que no forma parte de tu vida, y no lo hará si tú no quieres. Y en cuanto a esas cotillas... Tu vida es solo tuya, Mencía, y tú decides lo que haces con ella. Deberías vivir para ti y no para gente que no te importa y a la que le das igual. Y si tú quieres, me gustaría que te quedases. Conmigo. No tiene que ser aquí, si no quieres. Si me das un poco de tiempo puedo arreglarlo para ir a donde sea contigo.

Asiente despacio apretando sus dedos largos y finos contra mi dorso con una expresión que me cuesta descifrar.

—Lo haces parecer fácil, pero ha sido llegar y una parte de mí se siente como si regresase a quince años atrás. Ah. —Se le escapa sonido mezcla de suspiro y sollozo—. No se me da bien la gente. Y tampoco creo que lo más inteligente sea cambiar nuestras vidas por un amor adolescente que ni siquiera llegó a cuajar. Tú perteneces aquí y acabarías enfadándote conmigo por estar en otro lugar.

—Eso no va a pasar.

—No lo puedes saber. Esto ni siquiera es...

—Claro que lo sé —replico con total seguridad colocando su mano en mi regazo—. Y claro que va a funcionar, pero tienes que ayudarme.

—Eso tampoco lo sabes. —Agita la cabeza temblorosa con la barbilla apretada.

—Llevo enamorado de ti quince años. Nunca he dejado de estarlo, pese a creer que no tendría otra oportunidad. Hace años que he dejado de intentar encontrar a otra persona que pudiese ocupar tu lugar, porque no la hay. Eres o tú o nada, canija. Y si el destino nos regala otra oportunidad, yo no la quiero desperdiciar. No quiero perder la oportunidad de vivir, de estar juntos, de ser felices. Te quiero. Y tú también lo sientes. Puede que te dé miedo admitirlo en voz alta o que necesites más tiempo, pero sé que aún me quieres porque lo siento aquí —indico levantando nuestras manos entrelazadas hasta mi pecho—. Y porque un amor como el nuestro es una condena que dura para siempre: no se puede olvidar.

Se queda muy quieta, con el labio inferior hundido y un mar de lágrimas rodando por sus mejillas. Hunde el labio inferior y sopla entre dientes con los hombros temblando. Suelto su mano para tomarla por ambas mejillas y rozar sus labios antes de apoyar su frente contra la mía.

Boquea con los ojos brillantes e inundados y veo que tiembla. Que duda. Contengo la

respiración anhelando con toda mi alma que nos diga que sí, que se arriesga. Sus ojitos oscuros parpadean y me miran solo a mí.

—No puedo, Brais. Yo... —La voz le tiembla, errática, y a mí se me parte el corazón por los dos—. Si sale mal no creo que sea tan fuerte como para poder soportarlo de nuevo. Lo siento, no puedo.

Del impacto, los párpados se me cierran. No sé cuánto rato me quedo así, pero no me obligo a abrirlos hasta que una fuerza salvaje, una rabia incontenible me sube por la espalda, pero no puedo hacer mucho más. Si eso es lo que quiere, eso es lo que le voy a dar. Asiento dos veces en un gesto rápido, mecánico y me incorporo de la cama como si quemara. En dos pasos abro la puerta y la miro una última vez.

—Si necesitas algo, lo que sea, recuerda que puedes contar conmigo —digo justo antes de cerrar y salir de su vida de nuevo.

21. MENCÍA

Tengo cosas que hacer, me recuerdo obligando a despegar la espalda de la pared. Me incorporo con cuidado de la cama sintiéndome pesada, dolorida y cansada después de una noche casi en vela. Busco las botas junto a la puerta ignorando la autocompasión que me ha arañado la conciencia durante las últimas horas. He tomado una decisión y ahora solo tengo que seguir adelante con ella. Sola, vacía y a salvo en otra ciudad.

El estómago me ruje con impaciencia mientras termino de guardar el pijama y las chancletas. La idea era salir temprano, pero van a ser las nueve y todavía no he dejado el hostel. Por la esquina superior de la ventana veo que el cielo está gris. Muy apropiado con mi estado de ánimo. El problema es que no me gusta conducir, menos cuando diluvia, y tiene pinta de que va a acabar cayendo un aguacero.

Cierro la cremallera de un tirón intentando tomar la mejor decisión. Mi bar de confianza, el de la pantalla gigante no abre hasta las once, pero hay uno pequeñito a unos metros que sirve desayunos no demasiado buenos que siempre está abierto. Con el bolso de viaje en un hombro y el bolso colgado del otro me las apañó para bajar por las escaleras sin tropezar con otros inquilinos y para cuando llego a la calle cambio de idea.

«Si hoy va a ser un día de mierda, qué menos que darme un capricho». Bajo dos calles y tiro el equipaje y el ordenador en el maletero antes de regresar cuesta arriba. Hay una cafetería pequeñita y muy cuca que sirve magdalenas pretenciosas y un café con mucho cuerpo. Y eso es exactamente lo que necesito antes de empezar el día. Un pequeño capricho que me ayude a olvidarme durante dos bocados de lo que va a ser mi vida. Un poco de satisfacción instantánea. El pastelito lleno de fruta y azúcar que está a la derecha de la tarta y que le señalo a la camarera antes de sentarme.

La experiencia desde la dura silla de madera y teniendo que escuchar la aburrida diatriba de dos abogados en la mesa contigua discutiendo los términos de un acuerdo no está siendo tan satisfactoria como pretendía. Doy otro mordisco al pastelito con la mirada perdida en el café porque no me sabe a nada. A nada que amortigüe el recuerdo de la sonrisa triste de Brais al despedirse, al menos.

Me apoyo en un codo y tiro el resto del postre sobre el platillo dispuesta a dejar de fingir que puedo mejorar el día solo a base de azúcar. Bebo el café de dos tragos sin disfrutarlo siquiera y rebusco hasta sacar el monedero para pagar este despropósito y largarme a mi piso antes de que se me ocurra otra tontería para mejorar el día. Estoy levantándome cuando suena una llamada y descuelgo.

—¿No has visto mi mensaje?

Exhalo con cansancio antes de responder:

—Estoy desayunando, Roge.

—¿Tan tarde? Bueno, ¿y lo que te subí ayer al portal de la empresa?

Me aprieto los ojos con la palma libre dejándome caer en el mismo asiento. Para eso estaba yo ayer, para trabajar.

—No he podido. Están siendo unos días complicados por aquí.

—Ah, ya —Roge es tan empático como una caja de zapatos—. Bueno, pues échale un vistazo. Sabía que había algo raro y he encontrado una discrepancia. Como un patrón.

—¿De qué estás hablando?

Suspira de una manera tan ostensible que soy capaz de imaginármelo poniendo los ojos en blanco.

—Del X890 de tu amigo, Mencía. ¿Para qué te iba a llamar?

—Pues no lo sé —replico hastiada. De mi *amigo*, dice. No me apetece hablar de Brais, ni aunque sea de manera indirecta —. Ya te dije que la policía judicial ha asumido la investigación, así que nos quedamos fuera.

—Ajá. ¿Sabes que el sistema de riego de tu amigo cada equis días da unos datos que se repiten exactamente y después vuelve a coincidir con los de la otra explotación?

¿Qué? Me envaró en la silla picando el anzuelo, muerta de curiosidad, porque eso no tiene sentido si el aparato funcionase con normalidad. Aguardo unos segundos hasta que me canso de esperar.

—¿Qué?

Escucho su risilla socarrona mezclada con ruido de gente.

—Échale un vistazo a lo que te he subido al portal web. Si se te ocurre algo, mándamelo al email que entro ahora en la sala de abajo. Tengo una reunión.

Cuando cuelga yo ya me he levantado como un resorte de regreso a mi pequeño coche de alquiler. Echo hacia atrás el asiento todo lo que puedo para ganar algo de espacio y no sentirme completamente encajonada entre el ordenador y el volante. Paso del correo y entro directamente en la web de la empresa. Ahí lo está. El mensaje de Roge cargado de pantallazos con redondeles y flechitas. Y en cuanto paso un par me quedo con la boca abierta al darme cuenta de lo que ha encontrado mi compañero.

Mis dedos tamborilean contra los laterales del ordenador con un millón de ideas bullendo en mi mente. «Un *patrón*». No sé de qué, pero es un patrón. Como cuando en los exámenes tipo test los profesores vagos hacen plantillas con las respuestas y te das cuenta que las cuarenta preguntas se responden con ABBAC, una y otra vez. Solo que esto no tengo ni idea de quién lo ha hecho. Ni cómo. Ni para qué.

Y que en vez de ABBAC es más bien ABCD.

Los datos de irrigación se repiten de manera obtusa y metódica durante cuatro días seguidos mes tras mes. Números perfectos y redondos que no es normal encontrarse en la realidad climática. Riego al 10, al 20, al 60 y al 85 por ciento de la capacidad del X890, respectivamente. Y al quinto día, sus parámetros contienen hasta tres decimales y, según las imágenes que tengo delante, coinciden de manera bastante aproximada con los de la finca de Correa.

No tiene ningún sentido.

Y a la vez tiene todo el del mundo.

Un sistema que deja de funcionar resulta muy descarado. Las plantas de los kiwis necesitan tanta agua que unos responsables mínimamente diligentes enseguida se darían cuenta del problema. O de que existe un problema. Sin embargo, un funcionamiento defectuoso podría provocar los daños de manera mucho más discreta y desapercibida, solo necesitando un periodo más largo para ello. Eso podría justificar una menor presencia de brotes debido a un deficiente funcionamiento del sistema, que regaría mucha o poca agua de manera continuada y con independencia de las necesidades de la explotación.

¿Cómo lo han podido hacer? No tengo ni idea. La primera respuesta que me viene a la cabeza es que alguien ha pirateado el sistema informático de los Fandiño, aunque no me lleva más de dos segundos dejarla en segundo plano. No me creo que exista ningún supervillano informático detrás. Para hacer algo así se necesitaría a alguien que supiese un mínimo de programación bastante avanzado y la mayoría de los profesionales del sector con los que he tratado malamente se manejan con ordenadores y móviles a nivel usuario.

Y, además, está lo de la cadencia.

Los ciclos no son exactos. Varían en periodos de entre veinte a veintisiete días. Y de una manera que a simple vista parece aleatoria. Si lo han hecho así programando a uña me parece un esfuerzo excesivo. Hago un nuevo recuento de los días que transcurren entre el principio y el fin de ciclo anotando el resultado en una nota del teléfono. No soy capaz de entender la progresión de los números. No veo una escalera o una secuencia lógica, si no un baile sin significado. Arrugo el ceño pasando el dedo por las celdillas de la pantalla notando cómo se esfuerza mi cerebro por encontrar la salida, igual que cuando se me atascaba una integral indefinida o me peleaba con la química avanzada durante la carrera. Es lo bueno de las ciencias: siempre hay una respuesta, solo hay que saber verla.

Tiro el ordenador al asiento contiguo y me golpeo la cabeza contra el reposacabezas varias veces seguidas buscando otro enfoque. ¿Qué pasa cada veinte o veintisiete días? O mejor dicho, ¿qué puede pasar en una finca de explotación de kiwis en ese periodo de tiempo? A bote pronto, no tengo ni idea.

Cruzo los brazos sobre el volante y escondo la cabeza entre ellos. Menuda experta en cuestiones agrícolas estoy hecha. La cabeza se me va al patrón sin darme cuenta y voy diciéndolo en voz baja como si fuese una especie de mantra.

ABBAC. ABBAC. ABBAC. Lo repito como un millón de veces, aunque en realidad sea ABCD. Es porque me suena mejor. Lo otro parece una canción de parvulario antes de saber hablar bien, correctamente. ¿Antes de funcionar correctamente? Vuelvo la cabeza con intensidad y hago sonar la bocina, pero me da igual.

¿Y si es algo tan sencillo como eso? Los ordenadores tienen una opción para arrancarlos en modo seguro. «A prueba de errores» le llamaba de una manera muy optimista mi Windows Vista. No tengo ni idea de si el controlador del sistema de riego tiene algo así, pero podría ser. En el fondo, todos esos aparatos electrónicos cuentan con sistemas operativos y funcionan como ordenadores, aunque no los pensemos de esa manera.

Me coloco el ordenador de nuevo sobre los muslos abriendo un mensaje directo a Roge para contarle mi idea y rogarle que eche un vistazo al manual técnico del X890 a ver si lo mencionan, ya que yo no tengo acceso. También que verifique si tiene un sistema de prueba que funcione con unos valores concretos por defecto al arrancarlo. Y si esos valores son los de nuestro ABBAC.

Según escribo la primera frase, los dedos bailan por el teclado enviando una pregunta tras otra. Antes de darle al intro me quedo con el índice en el aire, porque, aunque Roge corrobore cada uno de mis puntos, todavía quedaría pendiente el saber cómo o por qué el supuesto sistema de errores arranca de manera automática con esa frecuencia y odio que las únicas respuestas que me vienen a la cabeza sean soluciones informáticas complejas poco factibles de estar detrás del problema. Cosas como troyanos o reprogramación o similares. Aún así, pulso la tecla, aunque menos animada tras añadir la posibilidad de contactar con los de Novatech, para verificar que su software no ha sido corrompido.

Mi cabeza vuela a la pregunta que no he respondido antes y me paso un buen rato con la vista perdida en algún punto del salpicadero intentándolo sin llegar a ningún puerto. Así que bajo a algo más simple. ¿Qué «cosas» están relacionadas con el riego de algún modo y que se repitan cada equis tiempo? El abono del campo, por ejemplo. Estos sistemas de riego complejos cuentan con dispositivos a los que se le incorpora el fertilizante para distribuirlo a la vez. Es más efectivo y más cómodo.

Y, además, no tiene ninguna relación con mi problema. Mejor pensar en otra cosa.

Afuera unos pitidos cercanos me sobresaltan. No hay tráfico, pero un coche parado en medio de la carretera pita de nuevo y veo a un hombre apurar el paso hasta otro aparcado varios metros adelante. Abre metiendo medio cuerpo y tras dos segundos cierra con un gesto de agradecimiento. Se habrá dejado las luces encendidas. Tardo un segundo de más en procesarlo. Parpadeo una, dos, tres veces al caer en la cuenta.

«La luz».

La finca de los Fandiño está lo suficientemente apartada, en medio de dos montes, como para tener acceso a un tendido eléctrico convencional. Al igual que muchas otras plantaciones de cultivo. Y necesitan electricidad. Los Fandiño tienen un equipo electrógeno en un rincón cercano al cobertizo de almacenaje. Con un chispazo de impaciencia tomo el teléfono en la mano y llamo a Brais.

Puede que esta idea sea una excusa para volver a hablar con él. O puede que sea la persona más cualificada para decirme la autonomía del depósito de su equipo electrógeno porque podría coincidir con la cadencia de mi patrón ABBAC. Él puede confirmarme de primera mano si rellenan el tanque aproximadamente una vez al mes. Y justificaría la diferencia de días si el combustible que usan dura más o menos. La llamada se termina sin que responda y arrugo la boca con un mohín.

Aunque la excusa para llamar es legítima, me siento un poco ridícula sosteniendo la pantalla frente a mí y dudo qué hacer a continuación. Una parte de mí quiere meter la llave en el contacto y no quitar el pie del acelerador hasta ver la Torre de Hércules. Sin embargo, la otra...

«¿Lo que quieres es que seamos sinceros *de verdad*?».

Ay. Estrujo el teléfono sin meditar mucho la respuesta para enviarle un mensaje.

«Hola, Brais. Tengo que comprobar una cosa en la Boullada. Salgo ahora desde Tui, nos vemos allí. Si no puedes, avísame y me paso por casa de tu padre para que me abra. Creo que es importante». *Enviar*. Si soy sincera, me gustaría ayudarles a zanjar su problema con la finca. Claro que, si soy sincera de verdad, lo que me gustaría es atreverme a admitir en voz alta que todo lo que dijo Brais en el hostel es verdad y que estoy cagada porque la otra parte de mí lo quiere *todo*.

Exhalo con fuerza, harta de mí misma y de mis dudas. El teléfono me interrumpe y descuelgo para confirmar que me recibirá en la Boullada, pero la voz del otro lado es la de Roge y mantenemos una charla muy breve por el manos libres mientras conduzco. La compañía del X890, Novatech Green, se niega a comprobar si el sistema ha sido vulnerado si no es por orden judicial y niegan que el aparato cuente con un sistema a prueba de errores. La parte buena, es que sí cuenta con un arrancado automático de prueba del aparato y que trae unos valores por defecto. La parte regular es que no le han confirmado que coinciden con los que tenemos y para que lo hagan tenemos que tramitar unas solicitudes que no se van a resolver en una mañana.

Al llegar a la finca no hay nadie y no me sorprende el pinchazo repentino en mi estómago. Es casi como si me lo esperase. Saco el teléfono y compruebo que no he recibido ningún mensaje, pero antes de hacer nada más me doy cuenta de que la verja de entrada no está cerrada, si no arrimada.

Sonrío. Ha visto mi mensaje y ha venido. Si estaba en Aselas, seguro que debe llevar un buen rato por la finca. Me bajo para abrirla lo suficiente para meter el coche dentro y la vuelvo a arrimar para que no se golpee antes de conducir hasta el destino con una idea formándose en mi cabeza.

No veo a Brais en ningún momento, aunque el morro de la vieja furgoneta asoma por detrás de la reja que guarda el cobertizo de almacenaje y no me permito pensar en ninguna otra opción que sea que está ocupado con alguna tarea de mantenimiento mientras aparco casi frente a la misma. Si no quiere verme, está bien. Solo tengo que comprobar si hay algo raro con la instalación del X890 e irme con el rabo entre las piernas. Así que me pongo los auriculares y le doy a reproducir una de esas listas plagadas de recuerdos y tarareo en voz baja una de Los Suaves al salir del coche.

La cancela que separa la zona de almacenamiento del resto de la finca está abierta. Una nueva punzada me recorre el vientre al pensar que me está evitando, pero está en su derecho y yo tengo que apechugar con mis propias decisiones. Me corrijo al instante girando hacia el lugar donde se encuentra el control del riego. No es apechugar, es lo mejor. Aunque si soy sincera, *sincera...*

Compruebo las conexiones rápidamente. Todo está bien. *Estupendo*. Resoplo al comenzar los primeros acordes de nuestra canción favorita de los Foo Fighters. *Nuestra, claro*. Me retiro de un manotazo el cabello de los ojos y ojeo el sitio con la mirada con el pie tamborileando al ritmo de la batería.

—Echa otro vistazo, Mencía —me obligo a mí misma—. Tiene que haber algo.

Lo repaso de nuevo tirando suavemente de cada cable para comprobar que van hasta donde tienen que ir y que están enchufados hasta el fondo. Todo está bien y estoy haciendo el tonto vagando a solas por una finca en vez de estar de camino a mi casa. Sin embargo, uno de los cables que llega al ladrón va un poco tenso. No tiene que ser nada, pero podría no hacer bien la conexión. Me pongo en cuclillas y alargo la mano para intentar acomodar el cable y al tirar un poco se me queda en la mano.

A cambio, por lo que indica la pantallita, el sistema de riego sigue funcionando. Sin estar enchufado. Me dejo caer de rodillas apretando el cable con ambas manos.

—¿Cómo coño puede...?

Me giro bruscamente al sentir un movimiento tras de mí. No es Brais. Sus ojos oscuros

refulgen yendo del cable caído junto a mi pie hasta mi cara.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces aquí tú? —replico levantándome con el corazón acelerado.

Me llevo la mano a una oreja para quitarme uno de los auriculares sin quitarle la vista de encima. No me ha llevado más de un segundo reconocerlo. Es Ramón Verde, el antiguo encargado de los Fandiño y que ahora trabaja en Kiwis do Louro, en O Porriño, así que no debería estar aquí.

No es alto, quizá un par de centímetros más que yo, pero es el doble de ancho, mucho más fuerte y tiene mucha pinta de estar cabreado conmigo. Su boca se tuerce en una mueca de desprecio con sus manazas acostumbradas al trabajo del campo cerradas en sendos puños a los lados.

—Ocuparme de mis asuntos —grazna dando otro paso hacia mí—. Y tú no deberías estar metiendo las narices en ellos.

Su voz suena oscura, a juego con las nubes que cubren el cielo sobre nosotros. «Sus asuntos». No tengo ni idea de a qué se refiere, pero le sostengo la mirada con el corazón dando tumbos.

—No lo hago. Solo he venido a comprobar algo. Estoy ayudando a un amigo.

—Lo que estás —sisea con reproche— es complicándome las cosas.

Me obligo a estirar los hombros y a tragar saliva, con el cuerpo atrofiado. En cambio, el cerebro discurre a mil por hora. El sistema sigue funcionando y alguien se ha tomado las molestias de que parezca que está enchufado al alargador cuando, seguramente, lo esté al generador directamente. ¿Por qué?

—¿Yo? Te has colado aquí. No creo que eso le haga gracia a los Fandiño.

Bufa inclinándose hacia atrás y yo tuerzo la vista, primero al generador y después a su espalda. La salida está a un par de metros tras él pero, desde mi posición actual, estoy bastante acorralada.

—¿Qué es lo que saben? —pregunta irritado avanzando otro paso hacia mí—. ¿Qué le has contado a ese noviete tuyo?

Sacudo la cabeza y retrocedo hasta chocar con el generador con el costado.

Algo que sé por mi trabajo es que la mayoría de los depósitos de gasoil o combustible cuentan con una llave de paso con la que cortar el suministro y que se usa para rellenarlos con seguridad. Y para que los demás sistemas sigan funcionando durante el corte cuentan con un switch, que es un mecanismo que es capaz de proporcionar energía de manera autónoma a los equipos durante un tiempo generalmente corto.

Con lo eficiente que es Uxía, seguro que es el tiempo suficiente como para completar el llenado del tanque. En cambio, con esa trampa con los cables se han saltado las medidas de seguridad y el sistema X890 se apaga cada vez que rellenan el depósito. Y eso hace que se active por defecto el sistema a prueba de errores o fallos o como narices lo llamen los de Novatech Green.

Y estoy segura en un noventa por ciento de que eso sucede con la frecuencia de veinte a veintisiete días que salía en las gráficas de Roge. Y con un porcentaje todavía mayor de que el

hombre que tengo delante está pringado hasta esas cejas grises y arrugadas bajo las que no deja de escrutarme.

—No le he contado nada a nadie, acabo de llegar.

—¿Cómo lo supiste? Y no te hagas la tonta, que no se te da bien.

Boqueo un par de veces y respondo sinceramente.

—Los brotes. En las demás fincas había más.

Su boca se tuerce en una mueca cruel a modo de sonrisa.

—Pues tiene huevos la cosa. Aunque estaba claro que ese niño no sirve para hacerse cargo. En cambio, tú ... Tenían razón en el pueblo cuando decían que eras muy lista. Igual demasiado... o muy poco. Te dije que no metieras las narices donde no te incumbía. —La mirada brilla enloquecida con el tono de voz cada vez más alto—. Tú no tenías que estar hoy aquí. No tenías que haberte metido en esto. Si hasta te advertí que dejases el tema correr. Dos veces.

Planta dos dedos gordos ante mi rostro como para que lo entienda bien y, al parecer, causa su efecto porque en ese momento comprendo que no solo es quien me empujó contra el coche dejándome temblando durante un par de horas, sino que también la nota del coche que creí que alguien había dejado en relación con mi madre en realidad la había dejado él.

Solo con evocar aquel momento la boca me sabe amarga y recuerdo la fuerza al apretarme el cuello contra el lateral del todoterreno para dejarme resollando. Está claro que tiene mucha más fuerza que yo y ya me lo ha demostrado antes.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Para qué intentas sabotear su sistema de riego? ¿Para que vuestra finca tenga más producción?

Niega frotándose la cara con cansancio entrecerrando los ojos.

—No entiendes nada. Esos dos críos me echaron como un perro de aquí. Como a un *perro*. Yo trabajaba para Fandiño desde mucho antes que esos dos supieran de qué iba el negocio y, de repente, prescinden de mí. «No encajas con lo que queremos para el negocio» —añade aflautando la voz—, me suelta la chica con el hermanito detrás sin atreverse a dar la cara. Que no encajo...

Recuerdo vagamente fragmentos de algunas conversaciones con los Fandiño donde ha salido el nombre de Ramón Verde, pero nada reseñable. Algo sobre que dejó de trabajar para ellos hace algunos años y que ahora lo hacía para otros. Y de repente recuerdo la expresión amarga de Uxía comentando que ese hombre había intentado aprovecharse de su posición en la empresa en un momento complicado para ellos con Eduardo hospitalizado tras su primer ataque al corazón. «El cerdo de Ramón», había exclamado.

—Les dije que me lo pagarían y vaya si lo van a pagar. Sin brotes están jodidos este año y el que viene, porque la producción se les va a caer en picado. Y, con lo mal que llevan las cuentas, de cerrar el chiringuito no les libra ni dios. Y ahí sí que me voy a reír yo.

—Estás... —Chiflado, pienso para mis adentros cuando clava la vista en mí y me doy cuenta de que he hablado en alto—. Esto no tiene sentido.

—Claro que sí. Yo era el encargado de esto —exclama extendiendo ambos brazos alrededor—. Yo. Y la gente lo sabía. Había alcanzado un estatus y me trataban en consonancia para que enchufase a sus hijos o conocidos cuando llegaba la recogida o la poda o las tareas de

mantenimiento. Y cuando me echaron, se olvidaron del pobre Ramón porque... Pues a ver cómo encajan esos dos inútiles en la cola del paro y con una deuda de cojones cuando quiebren.

Escudriño a mi alrededor buscando cómo escapar de aquí. Su corpachón ancho y robusto todavía cubre parcialmente la única salida y aunque no se me dé mal correr, tampoco creo que vaya a tener mucho éxito si tengo que pasar a menos de un metro de él.

—Deja que me vaya. —Abre los ojos de manera exagerada pasándose las dos manos por las perneras del pantalón. Demasiado inquieto para mi gusto.

—No creo que pueda hacer eso.

—Claro que sí. Solo tienes que apartarte y dejarme llegar a mi coche. Es fácil.

—Yo creo que no. No quería hacer daño a nadie, pero ahora que lo sabes no puedo... No creo... —Remueve la puntera del pie sin moverse del sitio frotando las manos con más ganas en los muslos. Un mechón grisáceo cae sobre su ojo derecho y lo aparta de un manotazo—. Estoy demasiado cerca de conseguir mi venganza y no pienso dejar que te largues, me descubras y se salgan con la suya.

—¿Y para qué has venido tú? —le reto buscando ganar tiempo y desviar su atención.

—Para acelerar el proceso, que llevo casi medio año con esto y ya se me va haciendo largo. En los últimos días no he podido quitarme de la cabeza que estabas a punto de pillarme y mira... no me he equivocado. Pero tú sí: no tenías que haber venido.

Un sudor frío me baja por la espalda por el vistazo que me lanza y me agarro con los dedos temblorosos a los bordes de mis mangas.

—¿Qué planeas hacer?

Se saca algo del bolsillo de herramientas del pantalón.

—Con el sistema, hacer que explote cuando vengan hoy o mañana a rellenarlo. Contigo... —Inclina la cabeza hacia la izquierda y mueve una llave Alen del tamaño de mi mano a modo de cachiporra—. Ya se me ocurrirá algo.

Inhalo despacio intentando ocultar lo nerviosa que me ha puesto con ese gesto. Si Ramón decide recurrir a la violencia, mis oportunidades de salir indemne se reducen drásticamente, y lo tenemos claro los dos.

Y esta vez ni siquiera voy a poder escuchar la voz tranquilizadora de Brais cuando todo acabe.

Ramón da dos pasos más hacia mí y el corazón frena para luego latir desbocado. *Brais...* Ese tipo está a punto de darme con la llave y en todo lo que puedo pensar es que he sido una cobarde incapaz de echarle valor y arriesgarme. No por él. Por mí misma. Por lo que siento con él, y por él. Por esa seguridad y calor que solo he sentido entre sus brazos. Y ahora ese loco que tengo delante está a punto de rematarme con la llave Alen y tirarme al pozo donde apareció Román hace más de quince años para que no me cargue su estúpida venganza.

Un pitido largo nos sorprende a ambos y nos giramos en direcciones opuestas buscándolo. Suena cercano, seguramente de algún coche circulando por la pista del monte a mis espaldas.

—¿Le has avisado? —ruge empuñando la herramienta hacia mi brazo.

Lo esquivo por poco y golpea una tubería de metal del equipo eléctrico. Y el camino

hacia la puerta ha quedado casi despejado. Clavo mi codo en su costado con toda la fuerza que logro reunir y echo a correr escuchando su jadeo a mis espaldas. Lo oigo bramar un insulto tras otro, primero más lejos, luego más cerca, pero yo ya estoy delante del coche.

Estoy tan nerviosa que por un momento rebusco en los bolsillos desesperada por no encontrarlas hasta que recuerdo que lo he dejado abierto.

—¡Sal de ahí! —berrea a menos de un metro y yo me apuro a apretar el botón del cierre centralizado con el dedo tembloroso. Esta vez lo estoy haciendo mucho mejor que en nuestro anterior encuentro y lo logro a la primera.

Suelto una gran bocanada de aire sintiéndome a salvo y segura en el interior del vehículo. Me estiro hacia el bolso que he dejado en el hueco de los pies del copiloto en busca de las llaves y el ruido de un golpe seco me hace levantar la cabeza al instante.

No, no, *no*.

Es Ramón golpeando mi ventanilla con la llave Alen. Aunque no lo está haciendo bien. Según los de los cursos de riesgos a los que he tenido que asistir por el trabajo, si te quedas encerrado en un vehículo hay que golpear en una esquina y no en el centro. Y aún así, cuando repite el golpe, se me escapa un chillido.

—¡Sal!

Hundo la espalda en el asiento negando y reanudo mi búsqueda de las llaves hasta que las encuentro. Ramón las ve en mi mano y golpea con furia dos veces más el cristal sacándome otros tantos chillidos, incapaz de insertar la llave en la ranura. No puedo despegar la vista de la ventanilla y de esa pequeña línea que indica que ya la ha resquebrajado. «Tranquila, Mencía, tranquila». Regreso a mi mantra habitual recitándolo en alto, aunque mi voz resuena aguda y nada tranquilizadora. No sé cómo, pero me las apaño para meter la llave y el rugido del motor se convierte en lo mejor que me ha pasado en todo el día.

Otro golpe seco, esta vez con un fuerte sonido metálico que intento ignorar. Presiono la palanca de cambios y tiro de ella para meter la marcha atrás con el pie sobre el acelerador y la vista en el retrovisor deseando largarme de la finca para perderlo de vista.

El impacto resuena en mi interior con más violencia que los anteriores y al bajar la vista del espejo descubro la mata de pelo gris oscuro de Ramón al otro lado del cristal antes de que caiga al suelo y lo vuelva a golpear con el vehículo. Suelto el volante y tiro del freno de mano incapaz de creer que haya atropellado a un ser humano. Me quedo allí sentada sin saber qué hacer, porque tampoco pienso bajarme a ayudarlo por si está fingiendo. «Iba despacio, acababa de arrancar, no he podido hacerle mucho daño».

Hincho los carrillos, resoplo sacando el teléfono del bolsillo del abrigo y me paso de manera compulsiva la mano por mi cabello corto incrédula ante lo que acaba de suceder. Marco el número de emergencias sin desbloquearlo y espero a que me atiendan con la cabeza pegada al volante y los codos en las rodillas. Para cuando he terminado de pedir la ayuda reiterando que no pienso salir del coche porque me ha atacado cada vez que me piden que compruebe si está vivo, escucho un golpecito en la ventanilla acompañado de un nuevo chasquido del cristal.

Abro la boca para gritar, pero no hace falta. Es Brais, con los labios apretados y el cabello castaño cayendo desordenado a ambos lados de la frente. Me paso una mano por los ojos con escepticismo y reacciono cuando hace el gesto de que baje la ventanilla quitando el seguro.

—¿Estás bien, Mencía? —Asiento y me limpio dos lagrimones con sendos manotazos.

Sus dedos huesudos recorren mis mejillas y me esfuerzo por sonreír sin parar de llorar. No entiendo qué me pasa.

—Yo... él... No sé si está vivo y...

Brais sacude la mano en el aire como si eso careciera de importancia y me saca del coche apretándome contra su pecho como si quisiera que me fundiese contra él.

—¿Tú estás bien, canija? —Asiento contra la curva de su cuello aspirando su olor fresco y familiar, notando el efecto calmante de sus manos en mi espalda.

Su voz suena tranquilizadora por encima de mi cabeza y me dejo llevar hasta su furgoneta, que está aparcada unos metros más allá del cobertizo y que por eso no la he visto llegar. Entrecruza los dedos de su mano libre con la mía trazando ligeros círculos en mi muñeca mientras que le resume a alguien la situación por teléfono. No sé a quién, pero tampoco tengo fuerzas para preguntarlo. Se adueña de mis hombros, me besa suavemente en los labios y me reclina contra él en el escaso margen que nos deja el habitáculo sin soltarme la mano.

—¿Me puedes hacer un favor?

Levanto los párpados con pesadez sin entender a lo que se refiere.

—Claro —respondo en un susurro.

Su brazo se cierne pesado sobre mi pecho incrustándose en él a pesar de su gruesa cazadora de pana.

—La próxima vez, dame quince minutos de margen antes de meterte de lleno en un lío. Estaba en el gimnasio, con Kevin. Al llegar a la taquilla te llamé y ahora ya sé por qué no contestabas.

Aturdida me llevo una mano a la oreja y caigo en la cuenta de que he perdido uno de los cascos durante la refriega. Antes de que conteste nos interrumpe un bocinazo lejano e insistente. Brais arranca su furgoneta y junto a la entrada nos encontramos con un Patrol de la Guardia Civil seguido de una ambulancia a las que guía hasta la zona del cobertizo.

Desde que los guardias se bajan del todoterreno hasta que Brais me lleva al centro de salud de Tomiño todo pasa demasiado deprisa y despacio a la vez. Mi estómago está hecho un manojo de nervios que, en vez de calmarse, logra que me tiemblen las piernas y me sienta cerca de perder el control.

Apenas recuerdo las respuestas que he dado al guardia. Solo tengo pequeños fragmentos inconexos de lo sucedido. El más alto de los dos guardias agachándose a un lado de mi coche de alquiler y yo torciendo la vista porque me niego a ver cómo he dejado a Ramón tras el impacto. Brais pasándome un brazo por los hombros y ayudándome a recostarme sobre el capó de su vehículo mientras siento que me cuesta respirar. Uno de los facultativos apartándome el pelo de la cara y pasándome una linternita por los ojos. La ambulancia saliendo a toda pastilla de la Boullada para llevarse a Ramón al hospital a Vigo mientras nosotros tenemos que quedarnos en la finca un buen rato más. El techo de su furgoneta con la cabeza dando vueltas tumbada en el asiento de atrás. Las arrugas en la frente del médico del centro de salud tras escuchar por boca de mi acompañante un interesante resumen de todo lo sucedido en las dos últimas semanas antes de empezar a teclear.

Y ahora estoy sentada en el sofá del piso de Brais con un vaso de agua en una mano y un puñado de pastillas en la otra. Sobre la mesita de café, tres cajas de medicamentos que hemos

recogido en la farmacia de camino a casa. Quizá que cada vez que me intentase explicar se me escapasen un par de lágrimas no me ha ayudado a dar la imagen de que estoy bien, por mucho que lo repitiera. O solo un poco nerviosa.

Me meto todo de un puñado a la boca y trago bajo la atenta mirada de los dos primos, que murmuran en voz baja desde la meseta de la cocina antes de que el mayor se vaya. En cuanto hago ademán de coger el teléfono lo tengo frente a mí.

—Tienes que descansar y relajarte, Mencía. Lo ha dicho el médico.

—Pero tengo que llamar a mi jefe y a Roge y a los del seguro... Y uno de los guardias nos pidió que le pasásemos el parte médico y...

—Shhh. —Se sienta a mi lado, deja mi teléfono junto al vaso y logra que me tumbe usando sus piernas como almohada y juguetea con calma con los cabellos cortos de mi nuca de la manera que me encanta—. Seguro que no pasa nada si haces todo eso después de comer. O mañana.

22. MENCÍA

No recuerdo haber estado tan nerviosa en toda mi vida.

Nunca.

Así que me obligo a subir un escalón tras otro sin descanso antes de que los nervios de mi estómago se descontroren. Han pasado quince días desde que atropellé a Ramón Verde, trece desde que llamé a Enrique, mi supervisor, para explicarle lo sucedido y que habría que dar parte al seguro por escacharrar el otro coche y once desde que Brais me llevó de regreso a A Coruña cargando con todos mis trastos en su maletero. Aunque si pienso en lo sucedido me parece mucho más lejano.

Y solo con pensar en todo lo que hemos compartido se me corta el aliento. Estar con Brais en mi pequeño piso unifamiliar ha sido mucho más sencillo de lo que podría esperar. Normal. Cotidiano. Familiar. Algo en lo que no he tenido que esforzarme en absoluto y eso que no estoy nada acostumbrada a compartir mi espacio. Ni mi vida. Pero me ha gustado caminar de la mano por el paseo marítimo, descubrir un bar del casco viejo con música cargada de recuerdos, ver películas de los noventa abrazados en un sofá demasiado pequeño para él y pasar la mitad de la noche despierta en mi cama rogándole con cada envite. Puede que haya tenido que ir a trabajar a la oficina tres de los días, pero, a la vez, han sido las mejores vacaciones de mi vida. Y me han dejado con ganas de más. De mucho más.

Con ganas de tenerlo *todo*.

Por eso me apresuro a subir el último tramo de escaleras, aunque me tire el brazo con molestia por el peso y al llegar le doy al timbre con impaciencia. Casi no parezco yo, la Mencía aburrida y reflexiva con todo tan planificado y que prefiere dedicarse al cálculo diferencial que a socializar con gente. Con cada segundo de espera el revoloteo de mi estómago es cada vez mayor y la boca está tan seca que no creo que vaya a poder soltar una palabra, pero no me movería de esa puerta por nada.

—¿Mencía?

Tenía razón, soy incapaz de hablar. Lleva una toalla en los hombros, la frente perlada de gotitas y un pantalón de chándal gris que le queda demasiado bien como para que pueda concentrarme. Imponente. Así me tomo mi tiempo esbozando una sonrisa y centrando toda mi atención en esa manchita oscura de su ojo izquierdo que tanto me gusta.

—No tienes que timbrar, para eso te di...

—¿Iba en serio? —lo interrumpo— ¿Lo que me dijiste en el hostel?

Entrecierra los párpados apuntándome con su barbilla afilada. Cuelga las dos manos de los extremos de la toalla con una expresión entre divertida y curiosa.

—Vas a tener que ser más precisa, Mencía, porque ese día te dije *muchas* cosas. Como que estaba enamorado de ti, y tú de mí —añade alzando las cejas con descaro—, y sí. ¡Y tanto

que iba serio!

Me da un golpecito en la punta de la nariz y se echa a reír por la cara que pongo. En la semana que pasó conmigo en A Coruña no paró de reírse, y yo tampoco. Fue como un recordatorio perenne de lo fácil que es ser feliz a su lado. Cuando tuvo que marcharse por un problema relacionado con el seguro me prometió un millón de cosas. Llamadas, ir poco a poco, subir a A Coruña cada fin de semana que pudiera. Las dos primeras las ha cumplido a rajatabla, llamando cada día y sin presionar ni un poquito. A la tercera no le ha dado tiempo porque todavía es jueves por la mañana. No ha pasado ni una semana para poder comprobarlo.

Respiro hondo y su voz resuena potente en mi cabeza de nuevo. «¿Lo que quieres es que seamos sinceros *de verdad*?». En los cuatro días que me he pasado sola en mi piso me la he repetido de manera recurrente, como un nuevo mantra que ha sustituido al anterior que me ha acompañado por tantos años. Menos pensar en estar tranquila y más en lo que quiero.

En lo que quiero *de verdad*.

—Me refiero a cuando dijiste que me quedara contigo porque podíamos hacerlo funcionar —suelto del tirón plantando mi bolsa de viaje a sus pies con esfuerzo.

Brais pestañea en ambas direcciones, confundido.

Yo estiro la manga de la chaqueta hasta que no da más de sí esperando una respuesta que no llega inmediatamente y me cuesta aguantar. Dos segundos después lo entiende y suelta un par de gritos de guerra a la vez que me levanta por la cintura cerrando la puerta de su piso a su espalda de una patada. Por cómo me agarra parece que tiene pensado atraparme allí adentro y no soltarme nunca. «*Ojalá*». Tiene la sonrisa más grande que le haya visto hasta el momento y sus preciosos ojos color miel brillan entusiasmados sin dejar de darme vueltas por toda la cocina hasta que se detiene.

—Me parece —susurra a un centímetro de mi boca— que ya lo estamos haciendo, canija.

23. BRAIS

Aparto la taza y saco el teléfono para comprobar la hora. Según su mensaje iba a tener una reunión aburrida con gran parte del equipo que terminaría a las doce, pero son casi las tres y todavía no ha salido. Repaso el aburrido edificio que más parece un bloque de pisos que de oficinas con su piedra gris y aspecto añejo. Apenas ha tenido que venir cuatro veces en el último medio año y la he acompañado cada vez, excepto esta.

La gran puerta de entrada se abre y sale una multitud en tromba, hombres trajeados en su mayoría, con unas cuantas ropas deportivas y mujeres mezcladas por el medio. No me cuesta nada localizarla. Es como tener una brújula que siempre apunta a ella. Su cabello del color del chocolate luce más despeinado que de costumbre. Supongo que ha debido ser una reunión dura porque tanto su rostro como el de las dos personas con las que conversa tienen aspecto cansado.

Aún así está preciosa. El cabello le ha crecido tanto que casi le roza los hombros y revolotea alrededor de su cara al cruzar la carretera con una sonrisa en la cara. Es tan contagiosa que no puedo resistirme a imitarla.

—¿Qué haces aquí, Brais? —pregunta sorprendida colgándose de mi cuello entre beso y beso.

—Turismo —respondo burlón ganándome un codazo—¿Has comido algo ahí dentro?

Niega y paso mi brazo por sus hombros para pegarla a mi costado antes de echar a andar de regreso a su piso con su cuerpo amoldándose perfectamente al mío. Acomoda el bolso en bandolera y pasa la otra mano por mi cintura apretándome contra ella en un gesto muy nuestro.

—¿Qué tal ha ido en el juzgado?

Doy de hombros con desgana. Uno de los motivos por los que no he podido acompañarla es que esta mañana he tenido otra declaración en el Juzgado de Tui. En esta ocasión, por los daños que Ramón Verde ha causado a nuestra finca de la Boullada. No está siendo un asunto pacífico ni agradable. Lo primero, porque cada vez que recuerdo que ese tipo amenazó a mi Mencía con una llave y le intentó dar en el brazo me hierva la sangre. Mi hermana, que es la que se está haciendo cargo del caso, no hace más que recordarme que no puedo partirla la cara. Y menos en el juzgado.

El otro motivo por el que quiero reventarle la cara es porque mi chica tenía razón en su primera valoración de la finca: tenemos muchos menos kiwis de los que deberíamos. Ahora que estamos a mes y medio de la recogida resulta obvio lo lejanos que resultan los datos del año anterior y que esto también va a tener consecuencias para el año que viene. Ese tipo quería poner nuestra explotación en peligro y si los del seguro se ponen tontos y no pagan lo habrá conseguido.

Y aunque Iria asegure que además de la condena penal va a tener que responsabilizarse económicamente, todos sabemos más que de sobra que Ramón carece del patrimonio suficiente para ello. Bajo la cabeza e inhalo su aroma afrutado al besar su coronilla.

—Igual de divertido que lo tuyo el otro día.

Aprieta los labios en una sonrisa tensa y lamento al instante haberle recordado su procedimiento de hace una semana. Mi hermana se ha hartado de repetir que eso no ha llegado a ser un juicio de los de verdad, pero igualmente tuvimos que ir hasta Pontevedra. Y afortunadamente todo quedó en nada.

Nunca había visto a mi hermana pequeña en un juicio. Se ve mucho más seria y profesional de lo que me esperaba. Se me hinchó el pecho con orgullo al verla con su toga negra declamando que aquello se trataba «en todo caso, de un atropello por imprudencia leve» en donde no se podía considerar al atropellado una víctima porque «había sido el causante e instigador de los hechos controvertidos» al perseguirla con la llave Alen en la mano y golpear el coche hasta astillar la ventanilla con ella dentro.

Parece ser que mi deslenguada favorita también es muy buena abogada porque el asunto ha quedado cerrado y Mencía absuelta. En cambio, lo de la finca va a otro ritmo mucho más lento. Como lo de Uxía, que tras casi un año todavía no ha habido juicio.

—Papá se ha alegrado mucho por ti —añado apresuradamente y la arruga de la frente se alivia—. Ya sabes lo enfadado que estaba porque tuvieras que enfrentarte a eso.

Ella asiente y pasamos a conversar sobre su trabajo como un tema más seguro sin dejar de caminar. Decir que mi padre ha estado enfadado no es del todo exacto. Además del cabreo ha existido decepción e incredulidad al descubrir que una persona que trabajó para él durante tantos años, con la que tuvo una relación personal además de laboral y en la que confió tanto haya podido comportarse de esta manera. Que haya intentado acabar con su legado para poder vengarse de sus hijos. Mi padre es una persona leal, franca y directa a la que en su momento le costó mucho aceptar que habíamos despedido a su encargado cuando él estaba en el hospital y sin posibilidad de intervenir. Se negaba a aceptar que alguien en quien había creído había sido capaz de meter mano en la caja y abusar de su cargo para que los otros hiciesen su trabajo.

Y aunque nunca dudó de nosotros o de nuestra decisión, descubrir ahora que Ramón ha conservado su llave de la Boullada durante seis años y que ha estado colándose a hurtadillas para manipular el caro sistema de riego y drenaje encargado por Uxía, destrozar parte de las instalaciones fijas y a saber qué más que nunca sabremos le ha supuesto un nuevo palo.

Mencía parlotea alegremente sobre lo contentos que están sus jefes, desde Enrique, su supervisor, hasta los superiores de este, con su trabajo «en el sur». Tampoco me extraña. Aunque al final lo del tema de las reclamaciones al seguro quedó en nada, en estos meses se ha encargado de cerrar nuevos proyectos, de atender consultorías y de supervisar la ejecución de los cerrados en primavera consiguiendo que las cifras de su departamento hayan crecido lo suficiente como para que Enrique se quede tranquilo.

Y a cambio, vive conmigo.

—Se me ha ocurrido una cosa —dice deteniéndose a unos metros de la esquina de su edificio, justo frente a una pequeña pizzería que le gusta bastante. El viento sopla con fuerza cubriéndole la cara con sus cabellos y me apuro a retirárselos pasándole un buen mechón tras la oreja.

—Ya me la imagino, ya —replico burlón tirando de su mano hacia el interior.

Nos sentamos pegados a la pared en una de las pequeñas mesas de madera con mantel de cuadros rojos y dejo que pida por los dos.

—He vuelto a hablar con los de la inmobiliaria —indica tras un rato con un punto de duda en la voz—, dicen que podrían conseguir un buen precio y que no tardarían en venderlo, pero... me cuesta decidirme.

Puede que en los últimos seis meses no haya pasado en su pequeño piso más de diez días, pero le cuesta desprenderse de él. Y la entiendo. Al poco de comenzar a vivir juntos me explicó lo importante que fue para ella comprar el piso. No por adquirir una propiedad, sino por tener por fin un lugar seguro al que solo ella podía entrar y nadie más. Y por eso una parte de ella se resiste a venderlo, aunque no para de protestar por pagar una hipoteca por algo que ni usa.

A mí lo que me gustaría es que se sintiese lo suficientemente cómoda conmigo y con nuestra nueva vida como para que dejase de sentir que necesita conservar un lugar seguro al que huir si algo sale mal. Me dan ganas de decirle que se atreva y dé el paso. Que se libre de esa hipoteca y firmemos una juntos. Ya hay una casita pequeña a la que le tengo echado el ojo, pero de la que todavía no le he hablado. En cambio, en contra de lo que me grita mi instinto, yo me limito a escucharla y a darle tiempo. En eso y en todo lo que tenga que ver con nuestra relación.

No soy una persona especialmente paciente. Ninguno de los Fandiño lo somos. Quizá Kevin un poco más que el resto, pero teniendo en cuenta que ha solucionado más de un conflicto a puñetazos, tampoco saldría su foto junto a la palabra en un diccionario.

—No tienes por qué hacerlo ahora —respondo cubriendo su dorso con mi manaza—, no hay ninguna prisa.

En todo lo que tiene que ver con Mencía he decidido que puedo serlo. Y más si la recompensa es compartir el resto de mi vida con ella. Como si se toma todo el tiempo del mundo. Por eso he decidido que sea ella la que marque el ritmo, para que llevemos uno con el que se sienta realmente cómoda. Sin agobios. Presión cero. Si conservar un piso en esta ciudad hace que se sienta un poco más segura, que así sea.

Sonríe arrugando los ojos y abre la boca para decir algo, pero veo que vuelve a dudar, así que le pregunto por el trabajo, la reunión y sus compañeros hasta que el camarero coloca en el centro una pizza con champiñones y algo verde que no identifico. Mencía se apresura a tomar una porción e hincarle el diente.

—¿Se te han pasado las ganas? —farfulla con la boca llena. Finjo que me cuesta entenderla, aunque tampoco sé a qué se refiere y traga apresuradamente señalando con la barbilla hacia la bandeja—. La pizza. Con las prisas que te diste para entrar y ahora...

Enarco las cejas con intención. Cada vez que hemos venido a A Coruña hemos comido en esta pizzería al menos una vez. Y en esta misma mesa. Tomo la porción más cercana y detengo el movimiento al lado de la boca.

—Mencía, por favor —replico examinando un champiñón de aspecto sospechoso—, ¿a qué te referirías sino con ese «se me ha ocurrido una cosa»?

No responde y al levantar la vista parece azorada. No lo entiendo. Me meto media porción en la boca sin sacarle el ojo de encima y sus mejillas se ponen como la grana, así que la apunto con la cabeza para que desembuche, pero la voz vuelve a temblar y me preocupo.

—No era... —da otro bocado y nos quedamos en silencio los dos. Deja la pizza sobre su plato y cuela los brazos bajo la mesa. Eso significa que está nerviosa— comida. Es otra cosa.

—¿Qué pasa? —pregunto sonando más seco de lo que pretendo cogiendo otra porción.

—Lo llevo pensando un par de semanas y luego tú dijiste aquello y... —intento ser paciente y no romper la masa de tanto apretarla—... que podíamos casarnos.

La porción cae bocabajo sobre mi plato y creo que se me ha desencajado la mandíbula por la sorpresa. ¿Qué entiende Mencía por ir despacio? Aunque me da igual, yo estoy más que preparado para cualquier velocidad que decida marcar. Por como mueve los hombros, adivino que está estirándose las mangas, ansiosa esperando por mi respuesta.

—No me refería a ya, ya.

Coloco la cara en las manos con los codos sobre el mantel. Como lo esté diciendo en serio no llega soltera a fin de año.

—¿Te me estás declarando, canija? —bromeo y sus mejillas se calientan hasta un precioso color grana que me da ganas de tocar.

—¿Yo? ¡No! Fuiste tú, la semana pasada, el que hablaste sobre el tema —se inclina bajando la voz hasta un susurro, aunque no hay ninguna mesa ocupada cerca—, en la casa de tu hermana justo antes de...

Desliza los dedos por el aire no queriendo terminar la frase, aunque tampoco hace falta. Sé perfectamente de lo que habla. El viernes pasado fuimos todos a comer a casa de Uxía. Mi chica llevaba un moño despeinado y, cuando me preguntó, le dije que con ese peinado sería una novia preciosa. Mi hermana pequeña estuvo aporreando la puerta del baño durante un buen rato mientras nos lo montábamos dentro. Solo con recordarlo siento un estremecimiento en el pantalón. Atrapo su mano al vuelo y la giro con un poco de rudeza para mordisquear su muñeca.

—Venga, acepto. Pero una vez acabada la recogida del kiwi.

Niega poniendo los ojos en blanco, pero su sonrisa me confirma que está encantada con mis palabras.

—No me refería a este año.

—Ya. Como si fuese capaz de seguir esperando.

24. MENCÍA

Tiro un par de veces del brazo y desisto al tercer ronquido para contemplarlo dormir medio embobada por las vistas. Su piel más clara que la mía, el fino vello castaño del pecho, el modo en que mueve los labios en sueños. Resulta que al final el primogénito de los Fandiño tenía razón: hacerlo funcionar no ha sido tan difícil. Más bien ha sido todo lo opuesto y, a la vez, el mayor viaje de mi vida. Una experiencia llena de risas, ruidos, broncas y una familia fuerte y con carácter que me ha integrado como a una más de manera natural, tanto para bien como para mal. Y, sobre todo, para genial.

Claro que ha habido altibajos y dificultades en estos casi dos años juntos, pero al final la vida es eso, como dice Brais. Eso y lo que decides hacer con ella. Y yo he decidido que la gente ya no es el problema. O al menos no toda la gente. Y que, como me retó una vez mi marido, pretendo vivir mi vida para mí y no para los demás porque es la única manera de ser feliz. A cambio, he descubierto que es más sencillo confiar y abrirse al resto del universo cuando no sientes que te juzgan con dureza en cada oportunidad, que cuando consigues algo hay celebraciones y que cuando no lo logras hay ánimo y comprensión y a veces un helado al terminar la cena.

Y Brais hace todo eso y mucho más día tras día.

Y el resto de los Fandiño también, aunque cada uno a su manera. Como por ejemplo Xian, que sigue siendo el más despegado y que no terminará la carrera jamás a este paso. El otro día se apresuró a agarrarme de bracero al ver que mi madre venía de frente con dos amigas por nuestra acera. Y cuando le susurré que no era necesario me apretó el codo con más fuerza antes de responder muy serio un contundente «claro que hace falta».

Me tumbo sobre la espalda y recorro el techo con la vista. Estamos en la antigua habitación de Brais, la misma que conocí de adolescente y en donde nos colábamos a escondidas para enrollarnos a la más mínima oportunidad. Solo que ahora ya no nos escondemos. Tras tanta insistencia de Eduardo conque uno de sus hijos mayores le cambiase el domicilio, Brais ha accedido, aunque la mitad de nuestras cosas continúan en nuestro antiguo piso. Ninguno de los cinco cree que Eduardo vaya a aguantar viviendo en el centro de Tomiño, lejos de esta casa y todos los recuerdos escondidos tras las paredes, pero a él se le ve muy decidido. Dice que no piensa volver hasta que un rayo «o quien sea» tire abajo la casa de sus vecinos y al parecer soy la única que creo que va en serio. El resto tampoco se podía creer que Brais finalmente haya aedido con lo del intercambio. En realidad, creo que yo tengo *la culpa*.

La mayoría de las discusiones que hemos tenido en este tiempo han sido por el mismo tema: él insiste en mudarse y yo me niego por sistema. En el último año ha propuesto al menos diez veces que nos mudemos a Vigo o a Tui o a donde yo prefiera. La mayoría de las veces ha sucedido tras uno de los encontronazos con mi madre. Y se ha vuelto particularmente insistente después de uno en el que iba sola y una de sus amigas se detuvo delante de la plaza de abastos con las terrazas y las tiendas a rebosar a vociferar su opinión de «mala hija» sobre mí para quien

la quisiese escuchar y en el que regresé a casa temblando como un flan.

Pero me he negado a irme.

Puede que los escasos encuentros tenidos desde que me mude a vivir con Brais hayan sido un poco tensos. Ella no deja de mirarme con desprecio y una mueca de desagrado por lo que tiene delante y yo no puedo evitar que el estómago baile hasta un rato después de cruzarnos, pero tampoco es para tanto. En todo caso, resulta soportable. No nos hemos cruzado ni una docena de veces y cada vez me cuesta un poco menos, como mi nueva terapeuta me aseguró que sucedería.

Brais ha amenazado un par de veces con plantarse en el Centro Cívico de Aselas para enfrentarse a «esas cuatro chaladas» y yo no quería seguir huyendo de mi pasado y arrastrarlo a él conmigo. Mudarnos a la casa familiar de los Fandiño ha sido un punto intermedio con el que ambos estamos de acuerdo. Hace meses que uso una de las salitas de abajo como despacho en donde atender a algunos de los clientes, así que tener el trabajo a una escalera de distancia me resulta cómodo y me gusta vivir en un sitio con tantos recuerdos felices. Algunos míos y la mayoría de mi nueva familia. Me dan esperanza de poder llenarla con más y mejores vivencias a lo largo del tiempo que estemos juntos.

Que espero que sea toda mi vida.

—¿Qué pasa, Mencía? —pregunta con la voz ronca y pastosa y los ojos entrecerrados.

—Que te quiero.

Una manaza me arrastra por la barriga hasta pegarme a su pecho y siento la deliciosa fricción de su barba contra la oreja y ese aroma tan familiar a madera, especias y algo más que me calienta por dentro.

—Y yo a ti, que te quiero más que a nada, pero duermes que en dos horas tenemos que ir a trabajar.

Sonrío aprovechando la oscuridad y cierro los ojos dejándome llevar por esta sensación dulce y cada vez mayor que a veces hace que me pregunte si los últimos dos años no se tratan de un sueño hasta quedarme dormida al compás de su respiración pesada.

Está claro que soy la mujer más afortunada del mundo.

NOTA DE LA AUTORA

No todos tenemos el mismo tipo de familia. No todo el mundo tiene la suerte de los Fandiño con contar con unos padres y hermanos comprensivos y preocupados por los suyos. Hay muchas realidades diferentes dentro de cada casa. A veces es complicado entender lo que nos pasa y cuesta tomar decisiones al respecto. A veces tomar una de esas decisiones se hace un mundo.

Este libro va dedicado a todas las personas que se sientan reflejadas en ello de algún modo. Y a mi marido, que ha sabido entender y apoyar sin juzgar.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace.